

LA HISTORIOGRAFIA

CHARLES-OLIVIER CARBONELL

BREVIARIOS

Fondo de Cultura Económica

LA HISTORIOGRAFÍA

por

CHARLES-OLIVIER CARBONELL

Traducción de
AURELIO GARZÓN DEL CAMINO



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición en francés, 1981
Primera edición en español, 1986

Título original:
L'historiographie

Colección *Que sais-je?*
ISBN 2-13-037111-6

Av. de la Universidad. 975; 03100 México, D. F.

ISBN 968-16-1390-2

Impreso en México

PREFACIO

ESTE libro viene bastante tarde y al mismo tiempo, demasiado pronto. Bastante tarde puesto que colma una laguna apenas creíble: no existe en Francia obra alguna consagrada a la historia de la historia desde Herodoto hasta nuestros días. Los esfuerzos de Henri-Irénée Marrou y de Pierre Chaunu han contribuido, sin embargo, a vencer la indiferencia a veces despectiva de que hacen alarde los historiadores franceses respecto de su propia disciplina. El autor de las presentes líneas que fue, en cierto modo, su discípulo, sabe que les es su insolvente deudor.

Tal como se presenta, este estudio puede parecer, sin embargo, prematuro. A pesar de su número y su calidad, los trabajos extranjeros son, en este campo, poco satisfactorios con frecuencia. Escritos desde un punto de vista literario, están llenos de esteticismo; escritos desde un punto de vista filosófico, teorizan sobre teorías; escritos, y esto suele ocurrir, desde un punto de vista histórico, son optimistamente elitistas y en su mayoría se consagran al progreso del conocimiento histórico, al desarrollo de la ciencia del pasado, a su expansión.

Sin duda conviene decir cuál es nuestro punto de vista. No es otro que el de un historiador de hoy día más curioso de las representaciones colectivas —por pequeñas que sean las comunidades que trasmiten estas representaciones— que de las obras maestras y de los genios. El objeto de esta breve síntesis es

presentar desde un punto de vista histórico —es decir colocándola constantemente en sus entornos— la diversidad de los modos de representación del pasado en el espacio y el tiempo. Así se encontrará con más frecuencia a Herodoto que a Platón, a Suetonio que a Cicerón, a Mabillon que a Rousseau, a Mommsen que a Dilthey, a Lucien Febvre que a Raymond Aron...

¿Qué es la historiografía? Nada más que la historia del discurso —un discurso escrito y que dice ser cierto— que los hombres han hecho sobre el pasado; sobre su pasado. Porque la historiografía es el mejor de los testimonios que podemos tener sobre las culturas desaparecidas, sobre la nuestra también, suponiendo que exista todavía y que la semi-amnesia de que parece adolecer no revele su muerte. Una sociedad no se descubre jamás tan bien como cuando proyecta tras de sí su propia imagen.

La historia de Clío es la nuestra. Así pueda este ensayo persuadir a quienes lo lean de que la dignidad de la historia "ciencia humana" no está ni en su estatuto científico ni en su objeto humano, sino en la índole felizmente demasiado humana del historiador.

I. PREHISTORIA. LA MEMORIA ANTES DE LA ESCRITURA

MUY numerosas fueron y numerosas siguen siendo las sociedades sin historiografía. No se conoce, sin embargo, ninguna, por toscos que fuesen su lenguaje, su organización, sus técnicas y sus modos de pensamiento, que no haya tenido un conocimiento de su pasado. Ningún grupo es amnésico. Acordarse, para él, es existir; perder la memoria, es desaparecer. ¿No superó el hombre a la animalidad cuando, con la ayuda de las palabras, pudo, a una memoria instintiva, programada parcamente para la ilusoria eternidad de la especie, añadir la memoria cultural, única capaz de exorcizar la muerte y de fundar la herencia de los saberes?

Sin la escritura sin embargo la memoria se mantiene pobre, confusa, frágil.

Pobre porque depende únicamente de las capacidades del cerebro y, tal que un depósito sagrado, no está confiada sino a algunos: *griots* de África occidental, *biru* de Ruanda, *haere-po* de Polinesia... Pobre sobre todo porque hay poco que conservar en unas sociedades paralizadas, aisladas con frecuencia, donde se estancan las técnicas y se perpetúan los géneros de vida. Tiempo cíclico del eterno retorno de las estaciones y tiempo inmutable de un mundo en equilibrio decretan el vacío de la historia. El accidente mismo toma difícilmente lugar en una duración amorfa que fluye quizá, pero

como un río sin corrientes, sin remolinos, sin riveras.

Confusa porque la memoria trasmite lo que está fuera del tiempo. La memoria no dice la evolución del grupo, sino sus orígenes. No enseña lo vivido, sino la fábula; no revela una dirección, sino un mensaje ontológico: ¿De dónde viene el hombre? ¿Qué es morir? ¿Qué lazos pueden tejerse con Dios? En cuanto a lo esencial, la memoria está movilizada para la transmisión impecable de los mitos fundadores. En los *Immémoriaux,* Victor Segalen ha descrito soberbiamente el objeto de estas rememoraciones:

> Aquella noche Terii el Recitador caminaba a lo largo de las paredes inviolables. La hora era propicia a repetir sin cesar, con el fin de no omitir palabra alguna, los hermosos lenguajes originales en los que se encierran la aparición de los mundos, el nacimiento de las estrellas, la confección de los vivos, el apetito sexual y los monstruosos trabajos de los dioses. Y es cometido propio de los paseantes de noche, de los *haere-po* de larga memoria, el de entregarse de altar en altar y de sacrificador en discípulo, las historias primeras que no deben morir.

Cuando la organización social se complica, y pasa de la familia o del clan al Estado monárquico jerarquizado, una memoria política se agrega a la memoria mítica, como un puente echado desde el rey vivo a los antepasados fabulosos. Entonces nace el tiempo de la historia, un tiempo en el que aparece la sucesión de hechos. A la muerte del rey de los mossi, dice Ki-Zerbo, en su *Historia del Africa negra,* "el jefe de los griots, *ben naba,* con los ojos entornados en su

prodigioso esfuerzo de memorización, que cubre su frente de sudor, recita pomposamente el nombre de los monarcas de la dinastía con sus lemas, sus 'nombres de fuerza' y sus hazañas".

Frágil, la memoria histórica lo es sin duda más aún que la mítica. Las vicisitudes políticas imponen a veces prudentes amnesias —¡primera forma del revisionismo histórico!— o acrobáticas fusiones de listas. El fallo puede ser también involuntario. Indudablemente se toman precauciones para conservar la pureza de las tradiciones: las recitaciones son públicas y solemnes, los depositarios pueden formar una especie de colegio (cuatro *biru* en Ruanda, el conjunto de los príncipes en el reino de los mossi, por ejemplo). A pesar de esto, el hilo puede romperse, la letanía salmodiada interrumpirse. Accidente cuyo aspecto trágico ha sabido expresar Segalen:

> He aquí que de pronto el recitador comenzó a balbucir... Se detuvo y, redoblando su atención, recomenzó el relato de prueba. Enumerábanse en él las series prodigiosas de antepasados de las que procedían los jefes, los Arii, divinos por la raza y por la estatura:
>
> Dormía el jefe Tavi del marae Tautira con la mujer Taurua y después con la mujer Tuiteri:
>
> De éstos nació Terutahia i Marama.
>
> Dormía Terutahia i Marama con la mujer Tetuau:
>
> De éstos nació...
>
> Gravitó un silencio con una leve angustia. ¿Qué presagiaba el olvido del nombre? ¡Es un mal signo cuando las palabras se niegan a los hombres a quienes los dioses han designado para ser guardianes de las palabras! Terii tuvo miedo...

La memoria se desgasta. Por eso, en cuanto se trata de hechos humanos, la profundidad de la mirada rara vez alcanza a los tres siglos. Tal es el caso de las tradiciones *merina* recogidas hacia 1870 por el P. Callet. Pero cuando Ibn Batuta "el viajero del Islam" visita, en 1352, las grandes ciudades del Mali, no puede enterarse allí de nada que sea anterior al año 1150 de nuestra era. En cuanto a los Fang del Gabón, si algunas de sus genealogías abarcan una decena de generaciones, ¡es porque llegan hasta Dios!

Igualmente cuando Herodoto interroga a los lidios, éstos le recitan la cadena continua de los veintidós reyes, hijos y descendientes de Heracles, de los que Candaulo fue el último heredero al final extremo del siglo VIII, o sea dos siglos y medio antes de la investigación. En la cuna de Clío, tiempo mítico y tiempo histórico se mezclan en las marchas inciertas en las que los dioses se cruzan con los hombres. Sin embargo, el instante ha llegado para la historia oral de hacerse historia escrita, historiografía. En el siglo en que los helenos adquieren el uso de la escritura, nacen los Juegos Olímpicos y con ellos la exacta y regular medida de la duración. En adelante, Cronos arbitrará el combate de Mitos y de Logos.

II. NACIMIENTO DE CLÍO

EN LA segunda mitad del siglo V a.C., en el pequeño mundo egeo donde se había desarrollado el arte de los poetas trágicos y donde se despertaba la especulación de los filósofos, nació la historia. Herodoto (*c.* 485-425), de quien se repite a porfía desde Cicerón, que es "el padre de la historia", fue contemporáneo de Eurípides y de Sócrates. Construíase el Partenón mientras él redactaba su *Averiguación*. Pero, si bien la poesía, el pensamiento y la escultura griegas llegan de golpe a la perfección, no ocurrió lo mismo con la historia, género híbrido.

HERODOTO: HISTORIAS E HISTORIA

Historiador de intención, Herodoto lo es con seguridad. Se lo advierte a sus lectores: quiero, dice, "impedir que caigan en el olvido las grandes hazañas realizadas por los griegos y los bárbaros" durante las Guerras Médicas (490-479). Para llevarlo a cabo emprende el relato de lo ocurrido en el imperio persa y en las ciudades griegas desde el comienzo del reinado de Ciro, en 549 a. c.

Pero la propia obra rebasa singularmente el proyecto anunciado; su génesis, es cierto, no es la que se esperaría de un estudio puramente histórico. La vida de Herodoto da cuenta de la estructura profundamente original de esta obra maestra inclasificable.

Gran viajero, consagra largos párrafos a localizar los ríos y los pueblos exóticos, a describir las costumbres extrañas. Expulsado por motivos políticos de su ciudad natal, Halicarnaso, este griego de Asia ha visitado la Mesopotamia y Egipto, ha llegado hasta el país de los escitas, ha pasado un tiempo en Atenas y en Delfos, antes de instalarse en Turio, colonia fundada por Pericles en Italia del Sur. Ha visto mucho; oído mucho; retenido mucho gracias a las notas que no cesaba de tomar. La *opsis* —observación— y la *acoe* —voz que corre— son las fuentes esenciales, pero no únicas de su *Averiguación*. De ahí el contenido a menudo más geográfico o etnográfico que histórico de la obra. Cuando nos conduce, al capricho de una fantasía que rebota siempre en el tiempo, hasta los confines del mundo helenizado, Herodoto cesa de considerar el pasado reciente que pretende estudiar; su mirada es la del periodista que presta testimonio de su época o la del mitógrafo hundiéndose en las brumas opacas de la leyenda. No quiere decir esto que se deje engañar por los relatos maravillosos en los que los hombres se encuentran con los dioses y los prodigios pueblan la historia. Pero tiende a transcribirlos por sí mismos: ¿no constituyen las más atractivas de las historias? ¿Y la historia no es, por esencia, historias? Por lo demás, la *Averiguación* no estaba destinada a una lectura personal, silenciosa, de un tirón; era una recopilación de lecturas que podían ser hechas en voz alta, en público, día tras día, trozo a trozo. Los viejos traductores no se equivocaron al titularlo *Historias*. Así, desde la infancia, Clío es la musa de los dos

rostros, la que inspira tanto a los investigadores como a los recitadores. Se puede, a la medida de la actual ciencia histórica, disputarle a Herodoto su título de historiador; no se le puede negar el de ser el antepasado inagotable a quien todos piden el secreto olvidado de la historia vagabunda.

TUCÍDIDES: LA HISTORIA COMO CIENCIA

Con la *Guerra del Peloponeso* de Tucídides (*c.* 460-395) nace a la vez el método y la inteligencia del historiador: la crítica de las fuentes y la investigación racional del encadenamiento causal. El espacio y el tiempo en los que se mueve la mente de Tucídides son más estrechos que aquellos entre los que vagabundeaba la curiosidad de un Herodoto; pero están cuidadosamente circunscritos, precisamente medidos. La publicación hacia 425 por Hellanicos de Mitilene (*c.* 479-395), un fecundo polígrafo de quien no ha llegado hasta nosotros obra alguna, de una *Cronología de las sacerdotisas de Argos* establecida con referencia a los juegos espartiatas, permite a Tucídides medir el pasado como quien mide un campo, vaciar la incierta duración en el molde naturalmente ritmado del tiempo cósmico. Este pasado, no era únicamente el tan próximo de la guerra del Peloponeso (431-404) de la cual fue sucesivamente actor y después espectador, él, estratega ateniense vencido en Tracia (424) y condenado al destierro hasta la vuelta de la paz; éstos son los antecedentes del conflicto, sus orígenes, cuyo estudio

confiere a lo que hubiera podido no ser otra cosa que una simple crónica una dimensión realmente histórica.

La estructura temporal de la *Guerra del Peloponeso* ofrece un aparente desorden cronológico, muy distinto, es cierto, de los caprichosos rebotes en el espacio-tiempo que constituyen el encanto de la *Averiguación*. Aquí únicamente ordena la inteligencia.

Tucídides trata primero... del futuro: esta guerra habrá de tener terribles consecuencias; después, brutalmente, se hunde en el pasado más remoto describiendo la evolución de la Grecia de la prehistoria hasta fines del siglo VI; nuevo salto en el tiempo con el estudio de las crisis de 435-432; vuelta hacia atrás: formación del imperio ateniense de 479 a 435; un salto más y comienza, por fin, el relato de la guerra que sigue Tucídides, año por año, hasta 408. Semejante plan se explica por la preocupación dominante del autor que es la investigación de las causas: causas inmediatas (crisis de 435-432), causas profundas (imperialismo ateniense), causas lejanas (perspectiva en la muy larga duración de un conflicto que aparece desde este momento como el ineluctable resultado de una evolución multisecular). Tal es la explicación histórica: atrevidamente regresiva, remontando sin cesar cada vez más arriba sus fuentes, como el torrente obstinado adherido a los flancos de la montaña.

Una montaña abandonada por los dioses, porque la historia tal como la concibe Tucídides es humana, nada más que humana. Esta historia anuncia, a

veintitrés siglos de distancia, la marcha positiva de los historiadores alemanes fundadores de la ciencia histórica tal como la concebimos en nuestros días. En cuanto a su método es, como su inteligencia, de una singular modernidad. Muy seguro en lo que concierne a la guerra misma, recurre a la *Averiguación,* como Herodoto; si bien hace con más frecuencia que éste un esfuerzo para percibir las contradicciones entre los testimonios y resolverlas. Pero en cuanto a lo que son los siglos pasados —lo que se llama en la época la arqueología—, innova genialmente. Empleando el método analógico, describe la Grecia arcaica con ayuda de los rasgos que poseen aún en el siglo V las ciudades menos evolucionadas; rechazando las fábulas poéticas, utiliza no obstante el lenguaje de Homero como un documento para establecer la ausencia de un sentimiento nacional heleno en la época de la guerra de Troya; observando los más antiguos monumentos arqueológicos, traza gracias a ellos una historia de la expansión urbana. No aventura un hecho que no se encuentre apoyado por una prueba o por varias.

Indudablemente la *Guerra del Peloponeso* abunda en discursos fabricados. Pero como lo observa su autor, si bien son ficticios en la letra, no lo son en absoluto en cuanto al espíritu. Si no son auténticos, son ciertos con esa certeza de la historia que no es jamás sino reconstrucción de lo que ya no es. "Más que un trozo grandilocuente es un tesoro imperecedero lo que se encontrará aquí." Este grito de orgullo de Tucídides expresa bien la clara conciencia que tenía de haber constituido, después

de la *Averiguación,* la historia en ciencia humana. De golpe, lo que no era otra cosa que relatos recargados de leyendas se convierte en los impecables discursos del *cronos* y del *logos* claramente enlazados. ¿Mutación milagrosa? Sería hacer una injuria a Tucídides esquivar con el recurso al "milagro griego" la explicación del nacimiento en el crepúsculo del siglo v de una ciencia del pasado humano.

El milagro explicado

La musa de la historia es griega. ¿Por qué? Hay quienes han explicado su nacimiento en términos políticos. Los unos mencionan la aparición, sobre las ruinas de la realeza y de la familia tradicionales, de nuevas formas de poderes buscando su necesaria legitimación en la elaboración de una historia edificante, en el sentido prístino del término. Los otros ven en el ejercicio, incluso imperfecto, de la democracia la condición suficiente de una toma de conciencia por el hombre convertido en ciudadano que es el agente de su propio devenir y a quien, por consiguiente, el conocimiento del pasado puede decirle no solamente quién es sino lo que debe hacer.

Lo que sabemos de las vidas y de las obras de Herodoto y de Tucídides no inclina mucho a dar crédito a este género de explicación. A hombres que rompen con la ciudad, al errabundo y al desterrado les hubiese costado trabajo servir un régimen cualquiera o sentirse, ellos, unos vencidos, dueños de sus

destinos. La notable objetividad de que dan pruebas respecto de cada uno de los adversarios que se enfrentan en las guerras que relatan acaba por desmentir la demasiado bella fórmula de F. Châtelet: "El hombre se ha hecho historiador porque se ha convertido en ciudadano."

Podría sostenerse inversamente que la curiosidad y la inteligencia retrospectivas del uno y del otro se han abierto porque habían ambos sobrepasado el particularismo de la ciudad, el egoísmo del ciudadano, y se sentían miembros de una comunidad sin cuerpo político, la Hélade, amenazada del exterior (guerras Médicas) y después del interior (guerra del Peloponeso). Porque se interrogaba acerca de las costumbres exóticas de los bárbaros, y en primer lugar sobre las de los persas que habían sumergido su Caria natal, es por lo que Herodoto interrogó al pasado; porque había advertido la analogía entre las ciudades arcaicas y las ciudades evolucionadas embarcadas en un mismo conflicto fratricida y suicida, es por lo que Tucídides pudo reconstruir las etapas de una historia común recorrida a velocidades distintas.

El espacio ofrece las imágenes de un tiempo desigualmente desarrollado por poco que aquel que lo recorre tenga conciencia de ser "el civilizado" y transcriba en términos de *antes* y de *después* lo que es visto respectivamente como inferior y superior. Si un drama agita y trastorna la civilización —agresión de un vecino formidable o enfrentamiento mortal de una guerra intestina—, aquel que ha viajado en el espacio-tiempo cuenta y explica lo que es por lo que fue.

Sin duda la tendencia del espíritu griego al antropomorfismo favoreció la emergencia de la historia. Una vez que los poetas y tras ellos los escultores hubieron humanizado a los dioses, la mitología se redujo a una recopilación de historias cuyo teatro era, ¡y hasta qué punto!, familiar a los griegos; el momento, un pasado indeterminado; y los protagonistas, unos personajes más cercanos al superhombre que al olímpico. La frontera entre leyenda y realidad, religioso y profano, se esfumó; se multiplicaron las genealogías, gracias a las cuales familias y ciudades se enraizaron en lo legendario. Cosa imposible en otras civilizaciones en las que los dioses supieron guardar sus distancias, una especie de historia vaga fue elaborada, lanzada como un puente entre el presente de los hombres y el pasado de los dioses. Cuando el hombre devenga la medida de toda cosa, las historias se convertirán en historia.

DIVERSIDAD DE UN GÉNERO MENOR (IV-II SIGLOS)

Con excepción de Jenofonte y de Polibio, conocemos mal a los historiadores griegos que, hasta el momento en que Grecia pasa a ser romana, aseguran la perennidad del género creado por Herodoto. La mayor parte de sus obras ha desaparecido; lo que ha llegado hasta nosotros se encuentra disperso en forma de citas, en los historiadores compiladores de los siglos siguientes.[1] Podemos, sin embargo, darnos

[1] Se las encuentra reunidas en *Die Fragmente der griechischen Historiker* de F. Jacoby.

cuenta de que la historia hace un papel bastante pobre en una época en que la filosofía, la poesía y la mayor parte de las ciencias brillan con un fulgor sin igual. En la Alejandría de los Ptolomeos, no hay un solo historiador de fama al lado de los Euclides, Arquímedes, Aristarco, Calímaco, Teócrito...

Obsesionados por el recuerdo de quienes los precedieron, algunos historiadores del siglo IV pretendieron continuar su obra, sin conseguir otra cosa que la de ser pálidos y verbosos imitadores. Así Jenofonte (*c.* 426-355), cuyas *Helénicas* tratan de proseguir la historia de Tucídides hasta 362; así Teopompo (*c.* 378-315), quien tras de haber condensado la *Averiguación* de Herodoto, compuso con el mismo título de *Helénicas*, otra continuación a la *Guerra del Peloponeso.*

La aventura oriental sigue siendo la fuente de inspiración de los cronistas. Jenofonte cuenta la *Anábasis* de los Diez Mil, la prodigiosa repatriación desde las puertas de Babilonia a las de Bizancio, de un cuerpo de mercenarios griegos marchando bajo su mando. Un sobrino de Aristóteles, Calístenes (*c.* 370-327) acompañó a Alejandro en sus campañas y fue encargado por el conquistador macedonio de escribir una relación de la expedición, a la que dio los títulos de *Helénica* y de *Pérsica.* Se trata de testimonios que llaman "históricos" por arcaísmo o impropiedad del lenguaje. Indiscutiblemente históricas, en cambio, son las obras, que parecen haberse multiplicado, cuyo tema es el pasado de una región del vasto mundo helenizado. En Atenas primero donde, a imitación de Helánico, el primero

de los "atidógrafos", Clidemo, Androcion y Fanademo escriben cada uno una *Atis —Historia del Atica—;* después en Sicilia donde, Antíoco de Siracusa, Filisto y Timeo se interesan por la historia de su isla o por la de la Gran Grecia; en los reinos helenísticos finalmente donde, en el paso de los siglos IV a III, el caldeo Beroso, compone en griego sus *Babiloniaca,* y un sacerdote de Heliópolis, Manetón, una historia de Egipto, aquel Egipto del que el primer rey macedonio, Ptolomeo I, redactaba, reuniendo sus recuerdos, una *Historia de Alejandro.* Así la helenización del mundo oriental llevó consigo la extensión del campo de la historia. ¿Era, con todo, un progreso?

De hecho, desde el amanecer del siglo IV, una triple tentación aparta a Clío del camino trazado por Tucídides.

Tentación retórica: bajo la influencia de Isócrates y después la de los sofistas, la historia tiende a confundirse con el arte oratorio, de una parte, porque los discursos y los trozos literarios efectistas ocupan en ella un lugar cada vez mayor, y de otra parte, porque el conocimiento del pasado no sirve a la inteligencia del presente sino a la argumentación cultural del orador. Las obras históricas más apreciadas son aquellas que contienen el mayor número de lugares comunes.

Tentación política: la historia comprometida sucede a la historia científica de la que la *Guerra del Peloponeso* sigue siendo el modelo inimitado. Los atidógrafos suministran en pruebas contradictorias los clanes que se enfrentan en el *Agora;* Jenofonte

idealiza al joven Ciro en su *Ciropedia;* Teopompo exalta a Filipo en su *Historia filípica;* Calístenes canta el genio de Alejandro...

Tentación ética: la historia deviene una recopilación de máximas deducidas de retratos y de anécdotas. Estamos lejos de las lecciones de ciencia política y de ciencia militar que creía dar, para siempre, Tucídides. En adelante las únicas lecciones de la historia son lecciones de moral cotidiana. La historia vuelve a ser lo que Herodoto la había hecho, historias.

Compréndese mejor la actitud desdeñosa de Aristóteles que, en un texto de la *Poética* (se trata de hecho de la tragedia), opone poesía a historia: "La poesía es más filosófica y de un género más noble que la historia, porque la poesía se eleva hasta lo general, mientras que la historia no es sino la ciencia de lo particular." Y, a fin de que el empleo de la palabra "ciencia" no dé motivo a ilusión en cuanto a la naturaleza de la historia precisa: "Lo general es que tal o cual tipo de hombre hará o dirá esto o aquello según toda verosimilitud o de toda necesidad. Lo particular es lo que ha hecho Alcibíades o lo que le ha sucedido."

¿Habrá por ello, comparando la *Guerra del Peloponeso* con las obras que la han seguido, que hablar de una declinación de la historia a partir del siglo IV? Responder positivamente a la pregunta sería olvidar que la historia es un género complejo que puede retrasar sobre un plano y progresar sobre otro. Dos historiadores ilustran esta doble evolución contradictoria. Éforo y Polibio.

Discípulo de Isócrates, autor de una recopilación de *Hechos maravillosos*, Éforo de Cimea (*c.* 363-300) es de esos historiadores para quienes la preocupación de lo bello y de lo bien dicho prevalece sobre lo verdadero y lo bien comprendido. Es, sin embargo, a él a quien debemos la primera "historia universal", treinta libros de *Historias* que se extienden desde la conquista del Peloponeso por los dorios hasta 340.

Polibio (208?-122?) estudia la expansión romana de 221 a 146 dentro de un marco ampliado hasta las dimensiones "mundiales" de la conquista. Él mismo dice sus pretensiones apodícticas (mostrar el encadenamiento de las causas) y pragmáticas (dar las reglas de la acción política y militar). Como Tucídides, hace de la historia una ciencia objetiva, que se apoya en fuentes criticadas. Pero, moralista, salpica su texto de juicios, distribuye el elogio y la censura; hombre comprometido —admira a Roma donde ha vivido largo tiempo—, limita sus curiosidades a la historia contemporánea, aquella sobre la que puede interrogar a los testigos. Su *Historia* es la última obra de la inteligencia histórica griega y la primera de la historiografía romana que se complace tanto en narrar las conquistas y las virtudes.

III. LA HISTORIA EN ROMA

¿Hubo un estilo romano de la historia? La pregunta puede parecer incongruente: ¿no se enorgullece la literatura latina de haber dado a Clío algunos de sus más celosos servidores? Sin embargo, a lo largo de toda su evolución, ¿no fue deudora la historiografía romana de Grecia, ya fuese porque tomara de ella los modelos, ya fuese porque llamara romanos a auténticos historiadores griegos, ya fuese porque en fin, al término de su historia en Occidente el discurso imperial sobre el pasado se refugiara en el Oriente helenizado? Por otra parte, ¿no sobrevivió la latinidad, durante un milenio, a la ruina de Roma y no es la historiografía medieval, en cierto modo, romana a la vez que latina? ¿No se puede aplicar a la historia de la historia la famosa teoría de la *translatio imperii (ad Francos, ad Teutonicos...)*, de acuerdo con la cual las grandes dinastías procedían sin discontinuidad alguna de los Césares Augustos.

Los comienzos griegos

Se está de acuerdo en reconocer que el nacimiento de la historia en Roma fue tardío, que la influencia griega tuvo en él una parte decisiva y que, en su expresión latina, derivó progresivamente de la poesía épica.

Los más antiguos rastros de una historiografía

romana, raras y breves citas o confusas alusiones en obras posteriores, no remontan más allá del final de la segunda guerra Púnica. Es hacia 200 a.c. cuando Fabius Pictor y después Cincius Alimentus dan a Roma sus primeros *Annales;* nómbranse así unos relatos que se despliegan dentro de un marco amplio pero rigurosamente cronológico. Nacimiento tardío si se piensa que Roma afirma, precisamente por esas dos obras, que cuenta con cinco siglos y medio de edad. Tal retraso se explica por una serie de factores convergentes:

— el carácter largo tiempo secreto de los únicos archivos oficiales, los *Comentarios de los Pontífices (Commentarii pontifici)* en los cuales los sacerdotes mezclaban con las actas de sus deliberaciones informaciones augurales (eclipses, inundaciones, aparición de monstruos...) que les permitían establecer el calendario de los días fastos y de los días nefastos;
—la pobreza de los informes que a partir de 300 a.C. solamente consintieron los pontífices exhibir a la puerta de su morada, la *Regia,* sobre un tablero de madera cubierto de yeso, el *album:* nombres de los cónsules, cotizaciones del trigo, y presagios;
— un sentimiento familiar persistente que, por una parte, retrasó la emergencia de un patriotismo capaz de inspirar una historia nacional, y por otra parte, suministró a los futuros historiadores fuentes discutibles —las inscripciones encomiásticas grabadas al lado de las *imagines* de los grandes antepasados— y modelos peligrosos: los

elogios fúnebres en los que el deseo de la bella retórica rivaliza con la preocupación de edificación moral;

— la mediocridad de la vida cultural en una sociedad más guerrera que especulativa, y la atracción, por un momento paralizante, de la civilización helénica que hizo tener en poca estimación la lengua latina por aquellos mismos que la hablaban.

También es griega la lengua en que se expresan F. Pictor y C. Alimentus. A historiadores de la Gran Grecia (Filisto, Timeo de Tauromenion) y de la Grecia continental (Éforo, Teopompo) le debe Roma haber entrado en la historiografía; en sus obras debieron de beber los primeros analistas romanos; a ellos, a Calias, sin duda se debe la invención de los orígenes troyanos de Roma. Así, la filiación historiográfica acompañó a la filiación mítica.

Este mito no podía dejar de inspirar a los poetas. Encontró su más antigua expresión latina en las epopeyas de Nevio (¿—a.C.) y de Ennio (239-169 a. C.), cuyas obras respectivas, el *Bellum Punicum* y los *Annales*, encomiaban la gesta romana *ab Urbe condita* ("desde la fundación de la Ciudad"). Correspondía a Catón el Antiguo (234-149 a.C.) dar, en el atardecer de su vida, la primera historia escrita en latín y en prosa: los *Origines*, título impropio bajo el cual se han reagrupado siete libros de los cuales únicamente los tres primeros se interesan por los tiempos más antiguos.

Tal fue la génesis de la historiografía romana. Era

al menos la interpretación comúnmente admitida hasta el momento en que Georges Dumézil propuso una nueva, tan discutida como sugestiva. De creer al celebre mitólogo, en Roma "la epopeya no precedió a la historia", sino que la sucedió. A partir del siglo IV, en el momento en que la Ciudad se convierte en la mayor potencia de Italia, el cuerpo sacerdotal parece haberle dado un pasado oficial. Unos sacerdotes, con la ayuda de mitos pertenecientes al patrimonio indoeuropeo y de cantos épicos autóctonos, elaboraron, dice, un relato continuo, plausible y de apariencia docta, donde los hechos estaban cuidadosamente localizados en el tiempo y el espacio, medidos los reinados, excluidos los dioses y lo maravilloso reducido a lo verosímil. Esta obra artificial y humanista, se habría enraizado en una conciencia nacional, que ella misma habría contribuido a que naciera, y habría inspirado más tarde a Nevio y a Ennio...[1]

La divergencia de las interpretaciones proviene aquí de la diferencia de los métodos. Los historiadores de la literatura latina trabajan sobre fuentes indiscutibles pero fragmentarias y emplean una marcha positiva, prudente; el padre de la "nueva mitología comparada" reconstituye un pasado sin rastros textuales a partir de esquemas y de principios considerados como hechos. Hay de un lado botánicos de la historiografía, del otro un paleontólogo; entre ellos el debate permanece abierto.

[1] Se encontrará el mejor desarrollo en G. Dumézil, *Mythe et épopée* [*Mito y epopeya*], París, 1968, pp. 268 a 283.

HISTORIAS E HISTORIADORES

Durante dos siglos la historia fue cultivada por algunos de los más grandes escritores romanos: Salustio, César, Tito Livio, Tácito, Suetonio... De ahí la impresión, extendida entre aquellos que han sido alimentados de latinidad, de que ésta fue profundamente historiadora; que Roma no sólo hizo la Historia sino que la escribió. Sin embargo, hay latinos que nos ponen en guardia; Cicerón y Quintiliano han empleado tantas palabras para designar y clasificar las obras que nosotros calificamos de históricas *—antiquitas, rerum gestarum monumenta, commentarii, historiae, vitae, annales, épitomé...—*, que está permitido interrogarse sobre la existencia misma de un género histórico en Roma.

En la época ciceroniana emerge, en ruptura con la corriente analística y la arqueología, una historia monográfica y contemporánea. César (101-44) escribe unos *Comentarios —C. Iulii Caesaris commentarii rerum gestarum—* en los cuales la posteridad ha distinguido una crónica militar *—militiae—*, el *De bello Gallico*, y una crónica civil *—domi—*, el *De bello civili*. Se entiende por *commentarius* una exposición precisa de hechos vividos cuyo rastro se quiere conservar. Concisión de los retratos, rareza de los discursos trasladados con frecuencia al estilo indirecto, tecnicismo del lenguaje: el memorialista no es más que un *narrator* a quien le tienen sin cuidado los adornos retóricos.

Salustio (87-35), el contemporáneo y el favorecido de César, es un *exornator*, un escritor. Como su

protector, se interesa por acontecimientos próximos y temas limitados, la *Guerra de Jugurta* y la *Conjuración de Catilina.* Pero lo que busca es que no caiga en el olvido, no los hechos que refiere, sino su nombre. Quiere la gloria literaria, a falta de la política. Compone, pues, unas *Historiae* (título de otra de sus obras casi enteramente desaparecida) donde el esfuerzo de estilo cuenta tanto, si no más, que el esfuerzo por la verdad. Con Salustio, sus discursos elocuentes, sus descripciones pintorescas, sus retratos cincelados, la historia entra en la literatura.

Con las biografías, la historia se convierte en una rama de la moral. El *De viris illustribus* de Cornelio Nepote (100?-25?) y la *Vida de Agrícola,* que Tácito publica en el 98 de nuestra era no tienen otro objeto que la edificación del lector a través de los *exempla.* Como los elogios fúnebres —*laudationes*— de los que proceden, las *Vitae* apenas si se preocupan por la exactitud de los hechos que refieren. Ocurre incluso que estos moralistas a quienes damos el nombre de historiadores porque toman sus ejemplos del pasado, atropellan la cronología, como por ejemplo Valerio Máximo, cuyos *Factorum dictorumque memorabilium libri IX,* compuestos en el reinado de Tiberio, forman una especie de enciclopedia de los vicios y de las virtudes; así también Plutarco (46?-120), cuyas *Vidas paralelas,* escritas en griego, hacen alternar, regularmente, por parejas análogas, la biografía de un héroe griego y la de un héroe romano.

Sin embargo, las *Vidas de los Doce Césares* de Suetonio (75?-150?) constituye, a pesar de su

indiscutible clasificación dentro del género biográfico, una obra amoralista; sin duda la única obra amoralista de la historiografía romana. El autor no manifiesta en ella jamás la intención de obtener lecciones, éticas o filosóficas, de los hechos y de los comportamientos que refiere con tanta minucia en la composición como indiferencia en el tono. La obra, ciertamente, es excepcional, incluso por su método. Suetonio emplea en ella de manera crítica fuentes primarias: inscripciones, archivos imperiales, *Acta Senatus, Acta diurna* —diario de Roma—, recopilaciones de prodigios, documentos genealógicos privados, libelos... No es, pues, a él a quien hay que preguntar cómo se escribe la historia en Roma. Es a los grandes analistas que fueron Tito Livio (64?-12?) y Tácito (55?-130?), a los *Ab Urbe condita libri* del primero, cuyos 142 libros abarcaban la historia romana desde 752 a 9 a.C., a los *Annales* y a las *Historias* del segundo que continúan aquéllos, desde el reinado de Tiberio hasta el de Vespasiano.

RETÓRICA, ÉTICA Y POLÍTICA

Cicerón, quien, a pesar de su deseo, no tuvo la ocasión de ser historiador, lo dice *(De oratore, De legibus)* y Quintiliano lo repite: la historia es un género literario, una rama de la elocuencia. El historiador debe agradar, cautivar y conmover a sus lectores y a sus oyentes—porque las lecturas públicas eran frecuentes. La *historia* emplea, por lo tanto, un método. No es en absoluto un método crítico: si hay que distinguir lo verdadero de lo falso, los antiguos con-

fían en la probidad del historiador; es un método retórico. Pintar cuadros y episodios pintorescos o conmovedores, asegurar la continuidad del relato —lo que autoriza la invención—, multiplicar los bellos discursos —lo que obliga a recomponer los originales— condensar para mejor dramatizar —lo que exige ciertas libertades con la cronología—, asegurar el *crescendo* o el *descrecendo* rítmico de los periodos y de las frases, tales son algunas de las reglas, de las recetas, a las que se someten de grado Tito Livio, Tácito y sus continuadores. A ellas seguirá obedeciendo a fines del siglo IV aquel Amiano Marcelino (330-390?) cuyos *Rerum Gestarum Libri* prolongan los *Annales* de Tácito.

Por el hecho de que la lengua evoluciona y el gusto cambia, es periódicamente necesario contar lo que fue ya escrito pero que rápidamente adolece de arcaísmo. Escritura, la historia es pues, también reescritura; sobre todo cuando es analítica. Tito Livio saquea a Valerio Antias, a Licinio Macer, a Elio Tubero; Tácito hace lo mismo con Veleyo Patérculo, Aufidio Basus y Plinio el Viejo. Uno y otro yuxtaponen sus plagios o los fundamentan dándoles una expresión nueva. ¿Divergen sus fuentes? Así lo observan pasivamente sin tratar de saber cuál es la más válida. Sólo cuando estudian el pasado reciente, a falta de precedentes, recurren a los documentos de primera mano.

Opus oratorium maxime, la obra histórica es también la de un moralista. A Cicerón que, en la *Pro Archia,* le pide suministrar modelos de conducta, los biógrafos no son los únicos en hacerle eco. Tito

Livio canta las *mores antiqui*, las cualidades de la vieja raza, el heroísmo de Horacio Cocles, la fidelidad conyugal de Lucrecia, la prudencia de Quinto Fabio Máximo... Tácito asegura que "la tarea principal del analista es la de no callar las virtudes y la de descubrir la infamia". Entre los historiadores menores, menos hábiles como Floro, el extractador de Tito Livio, y Quinto Curcio, autor de una *Vida de Alejandro*, el relato se convierte en sermón, la explicación en sentencia. En todos ellos, el análisis social se reduce al estudio de costumbres. ¿No es, ciertamente, por razones morales por lo que escriben? Catón el incorruptible, Salustio el desilusionado, Tito Livio el inquieto, Tácito el indignado y, bastante más tarde, Amiano Marcelino, el soldado a quien irritan las intrigas y las crueldades de la corte, todos deploran la crisis moral de que son testigos, todos buscan en el pasado ya la esperanza de un gran cambio, ya los elementos de una requisitoria.

No es ésta la menor de las paradojas de la historiografía romana: su discurso pesimista sobre la decadencia de las costumbres es la base de un discurso orgulloso retrospectivo sobre la grandeza del "primer pueblo de la tierra" (Tito Livio), del "pueblo rey" (Floro). Lúcidos y patriotas, los historiadores romanos han escrito, a lo largo de seis siglos, una obra colectiva sobre la grandeza y la decadencia de Roma. Con excepción del galo Trogo Pompeyo, cuya *Historia universal* concede bastante espacio a los pueblos del Oriente, y del Quinto Curcio, dotado de un sentido agudo de exotismo, han

sido, por excelencia, los historiadores de la Ciudad. Si se alejan de ella es para llevarnos de nuevo como al lugar donde todo se anuda y se desata. Ya sean senadores y oficiales, gobernadores o abogados, ya describan en la época republicana la gesta de un pueblo elegido o el bajo Imperio, los hechos de algunos hombres más poderosos que grandes, no se hacen historiadores del "género humano" (Floro) sino porque éste ha sido conquistado por aquélla. Con César, Salustio y Tácito, Clío descubre la Galia, la Numidia y la Germania sobre las huellas de las legiones en marcha. Una historia así no podía dejar de ser épica, guerrera, patriotera. Y mortal.

El bautismo de Clío

Invasiones germánicas y cristianización conjugan sus efectos para cerrar el capítulo romano de la historiografía. Pero mientras que los bárbaros, pueblos sin memoria, destruyen una cultura, los cristianos, conducidos por la historia, quieren honrar a Clío bautizándola.

A diferencia de las demás grandes religiones, el judeo-cristianismo está en el tiempo de la historia. Cuando el Corán, increado, refleja en el caos orgánico de sus suras ese desprecio de lo cronológico que el Islam tiene como la confesión de una impotencia de los hombres frente a la eternidad, cuando los textos espirituales de la India consideran la temporalidad como la imperfección de las criaturas, la Escritura judeo-cristiana está fuerte y

constantemente historizada. Indudablemente, la *Biblia* es mucho más que un libro histórico; pero es también un libro histórico: historia de los orígenes del mundo y de un pueblo, historia de ese pueblo a lo largo de una duración y a través de un espacio bien medidos. Con la redacción, hacia el siglo VIII antes de nuestra era, de los primeros libros del *Antiguo Testamento,* nace, desprendiéndose de los viejos discursos sobre la creación y los antepasados, la historiografía. A esta historia sagrada agregan los cristianos la del Hombre, Hijo de Dios, y después, rápidamente, la de una institución, la Iglesia. Los *Evangelios* y los *Hechos de los Apóstoles* dicen que el cristianismo es una historia y la Encarnación, el Acontecimiento. H.-I. Marrou ha insistido sobre la precisión cronológica de Lucas al fechar los comienzos de la predicación de Juan Bautista:

> El decimoquinto año del reinado del emperador Tiberio, siendo gobernador de Judea Poncio Pilato, y Herodes tetrarca de Galilea... bajo el gran pontificado de Anás y Caifás...

Este interés por la historia lo manifestaban los cristianos de cuatro maneras:

—Por la redacción de su propia historia. Eusebio de Cesarea (265?-340) inaugura con una *Historia eclesiástica* un género hoy todavía floreciente.

—Por la sincronización de las cronologías bíblica y pagana. Desde comienzos del siglo III Julio Africano intenta la correlación. Un siglo más tarde, Eusebio, en sus *Cánones cronológicos,* que Rufo traducirá al latín con el título de *Chronica,* establece

una cronología universal desde Nino, rey de los asirios, en el reinado del cual hace nacer a Abrahán, hasta Pompeyo, es decir de 2123 hasta 61 a.c.

—Por una profundización del conocimiento del pasado hecho necesario por las disputas con los filósofos paganos (Celso, Porfirio...). Para responder a sus contradictores que hacían a los cristianos responsables de las desdichas de la época y en particular del saqueo de Roma por los visigodos en 410, el obispo de Hipona, Agustín, pide a Orosio que reúna una documentación para demostrar que las catástrofes habían afectado al mundo mucho antes del triunfo del cristianismo. Arrastrado por su celo, Orosio cantará en sus *Historias* la *felicitas* de los *tempora christiana* y, arrebatado por su entusiasmo, establecerá una cronología que se remonta a Adán —el cual fue creado 3184 años antes de que Nino subiera al trono.

—Por el recurso a una interpretación global de la historia. Se le debe a San Agustín la invención de la filosofía de la historia, en este caso una teología de la historia. Su *Ciudad de Dios* escrita en los años 420, define la historia como la realización del plan formado por Dios para la salvación de los hombres. Indudablemente, se dice en dicha obra que las "dos ciudades están entrelazadas la una con la otra e íntimamente mezcladas, a tal punto que es imposible separarlas hasta el día en que el Juicio las separe". Pero los intérpretes de la obra, Orosio el primero, leerán en ella la afirmación de un claro conflicto entre el imperio del bien y el del mal y creerán estar en posesión, gracias a la teología, "del

procedimiento infalible para adentrarse en la inteligencia de todos los hechos". Extraña oscuridad la que se atribuye a los tiempos venideros y que son los de la iluminación de la historia por la fe.

IV. LA HISTORIOGRAFÍA CHINA: LA MEMORIA INMOVILIZADA

MAL conocida, la historiografía china tradicional lo es seguramente, en Occidente al menos; difícilmente accesible y descifrable, desalienta por su volumen a los escasos obstinados. El catálogo de los libros dignos de ocupar un lugar en la biblioteca imperial, establecido de 1772 a 1781, encuentra 3642 obras históricas formando 36300 volúmenes y menciona 6734 menos dignos de interés. La producción, es cierto, se extiende, sin ruptura, sobre un espacio de dos milenios; veinte siglos separan los escritos de Sse-ma Ch'ien (145?-90?), el primero de los historiadores auténticos, de la última de las veinticuatro historias dinásticas oficiales. Un rasgo, sin embargo, tranquiliza al investigador: ningún fenómeno de aculturación ha turbado este largo monólogo historiográfico que se ha petrificado, desde hora muy temprana, en los moldes poco numerosos de los estereotipos.

NACIMIENTO

La tradición hace de Confucio (-551?-479?) el padre de la historia. Le atribuye los cinco *Wou King (Clásicos)* que constituyen la base de la cultura China.

Entre ellos, el *Chou King (Libro de documentos)*, que abarca la alta antigüedad de los tiempos legendarios —de 2357 a 1122 a.C., si se remite

la cronología que emplea al cómputo cristiano— y el *Tch 'Chouen Ts'ieou (Crónica de las Primaveras y de los Otoños),* que relata los hechos más notables de que fue teatro el reino de Lou, patria de Confucio, de 722 a 481 antes de nuestra era. Estas obras, de las que la crítica moderna duda que sean, en todo o en parte, de origen confuciano, atestigua, a pesar de sus mutilaciones y su opacidad los caminos seguidos por la historiografía arcaica. En China, como fuera de China, la historia brota de la leyenda y de la crónica.

Nace de los mitos como relato de los maravillosos nacimientos de soberanos imaginarios, exaltación de la edad de oro original, fábulas de las grandes invenciones y canto de sobrehumanas proezas. Pero, a diferencia de lo ocurrido en las otras cunas de Clío, esos tiempos legendarios están cuidadosamente medidos y cronológicamente situados. Muy pronto, la exigencia cronométrica aparece como una característica del espíritu chino del cual manifiesta la dimensión historiadora a la vez que traiciona sus límites: lo que importa no es lo verdadero, es lo situado, lo señalado, lo localizado en el espacio-tiempo.

Esta historia-ficción encuentra, hacia el siglo VIII a.C., una cronología más segura y una crónica mejor comprobada. La historia pasa a ser documental —débilmente— y analítica rigurosamente. ¡Oh paradoja! Son los hombres encargados de predecir el futuro, de ordenarlo en calendarios benéficos, de distinguir en ellos lo fasto de lo nefasto, son los augures los que dan a China su primera memoria

fiel. Al consignar los hechos de que eran testigos, suministran los materiales de los anales en los cuales, año por año, letrados desconocidos combinaron indicaciones augurales y documentos tomados de las cancillerías reales. Así fueron compilados de los siglos V al III, los *Anales* del país de Tsin, los del país de Wei —llamados también, a causa de su soporte, *Anales sobre bambú*—, y los del país de Lou, atribuidos a Confucio.

¿Se puede, desde ese momento, esbozando un paralelo con la Hélade, anunciar nacimientos mellizos en los extremos del Viejo Mundo? Sería hacer demasiado honor a los analistas chinos considerados semejantes a sus contemporáneos griegos.

En vísperas de nuestra era la historia en China es un género incierto, incompleto. El *Chu King* es en realidad un tratado de moral política que toma sus *exempla* de una utopía retrospectiva. En cuanto a los *Anales*, esqueletos de anotaciones inconexas, jamás se elevan a la inteligencia de los hechos que refieren.

Hay que esperar a la unificación de China, en 221 a.c., por Shi Huang-ti el "César chino", y después la destrucción del orden feudal por los emperadores Han (206 a.c.-220 d.c.), para que la historia se convierta en un género reconocido del que Ch'en Mo hará, a mediados del siglo III, una de las cuatro categorías mayores de clasificación bibliográficas al lado de los clásicos, de las obras literarias y de los escritos filosóficos.

La historia mandarinal

Contrariamente a Shi Huang-ti que había ordenado la destrucción de los libros confucianos y perseguidos a los intelectuales "legalistas", los primeros Han supieron atraerse los servicios de los letrados. Se creó el cargo del Archivista de la Corte, al cual siguió el de historiógrafo. Pronto apareció un Servicio de los historiógrafos, y se instauraron comisiones historiográficas con el fin de componer biografías imperiales e historias dinásticas. Así, los historiadores entraron en el seno de la burocracia celeste.

En China el historiador no cesó de ser un *funcionario del tiempo*. Agrimensor de la duración que recorre en todos los sentidos, puede, si el emperador lo exige ser a la vez, o sucesivamente, el que conoce la sucesión de los hechos pasados (cronologista), el que consigna el presente (cronista), el que interroga el futuro (augur, astrólogo), el que lo vuelve propicio (elaborador de calendario) y, como consecuencia, el que ayuda a la acción política (administrador, consejero). Los autores de las primeras *Shih-chi (Memorias históricas),* los verdaderos padres de la historia de China, Sse-ma Ch'an y su hijo Sse-ma Ch'ien, ilustran esta extraña e inestable situación. El primero fue Gran Astrólogo de la Corte; el segundo, después de haber sido gobernador del Szechuan, fue encargado de reformar el calendario, es decir de restablecer la armonía entre el Cielo y el Imperio. Ambos compusieron *Memorias históricas* que fueron consideradas durante veinte siglos como un modelo de historiografía.

De ahí el contenido heteróclito de las historias oficiales (*Tcheng Che*), donde, al lado de los viejos anales piadosamente transcritos, de las biografías imperiales (*Pen Ki*), de las genealogías, de las listas de dignatarios, de las tablas cronológicas, aparecen noticias (*Tche*) relativas al arte augural, a la astronomía, a los presagios, al cómputo. "Ciencia" del tiempo recobrado y del tiempo adivinado, la historia mandarinal es también "ciencia" de la administración. Las historias oficiales se enriquecen, pues, con otras monografías, consagradas a los caminos, a la hidrografía, a las insignias y a los uniformes, a la justicia, a las leyes, a la música, a los ritos, etc. Medio enciclopedia, medio vademécum del letrado funcionario, la obra histórica refleja, por su misma falta de ilación, la extensión de los poderes de una burocracia que detentaba el monopolio del saber y cuya cultura, por abierta que fuese, no dejaba de estar esencialmente apegada en exceso al pasado.

Mandarinal, la historiografía china es política. Por sus curiosidades: la vida y la obra de los emperadores y de los grandes ministros, las intrigas de corte, las rebeliones y su castigo, las expediciones militares...; por el molde cronológico en el que se vacía y se encierra: sujeción al troceado dinástico, hecho picadillo por la sucesión de los reinados; por su finalidad sobre todo. La Oficina de los historiadores está consagrada a la memoria del Estado. Cotidianamente, recoge el *Diario de la actividad y del reposo del emperador (Chi chu chu)* y los informes de los ministros. Frecuentemente hace su síntesis. Rara vez,

pero siempre de manera cortesana, escribe la biografía de un emperador vivo. Periódicamente, compone extensas historias dinásticas. La obra que nace así de una lenta sedimentación toma la forma de una compilación, fruto último de una escritura continua. Estas historias dinásticas son o bien la de una dinastía reinante —y entonces las vicisitudes de la vida política complican una redacción con frecuencia revisada y corregida—, o bien la de la más próxima de las dinastías desaparecidas. En este caso, el papel de los historiadores es legitimar la dinastía a la que sirven recurriendo a los principios fundamentales del pensamiento político chino, el del Mandato celeste y el de la continuidad. Porque, para los mandarines, el Mandato del Cielo no puede ser ni dividido, ni interrumpido: el Cielo no inviste nunca más que a un solo emperador, pero inviste siempre uno. Por eso, los historiógrafos tratan de probar, con hechos (catástrofes, desastres militares, etc.) que la precedente dinastía había perdido el Mandato y, con datos en su apoyo, ninguna laguna separa de ésta la nueva dinastía.

Espejo de comprensión para gobernar —tal es el título de la célebre crónica que Sse-ma Kuang (1019-1086) consagró a la historia general de China de 403 a.C. a 959 d.C.—,la historia no es "ciencia política" sino porque es "ciencia moral", es decir moral confucianista en acción. El historiador usa constantemente el *pao-pien* (elogio o censura); por eso la expresión *che pi,* que designa el hecho de glorificar la virtud y de reprobar el vicio, significa literalmente "pincel del historiador".

El método y el espíritu

La propensión a moralizar no es privativa de los historiadores de función. Está igualmente difundida entre los historiadores no oficiales cuyas obras muy diversas (biografías, monografías locales, relatos militares, manuales para estudiantes, colecciones de anécdotas, etcétera) proceden de un mismo método.

En China, el historiador es un compilador que abusa de la cita. Sin indicar su procedencia, copia sus fuentes con amor —escribir es un goce para el ojo y el espíritu—, con respeto —"Transmitir" fue la divisa de Confucio— y con piedad —discurrir sobre el pasado, es rendir culto a los antepasados, asegurar la supervivencia de los muertos. Puede ocurrir que un documento de archivos o un texto de un antiguo historiador sea demasiado largo. Se procede entonces no por contracción, sino por extracción selectiva de citas parciales. De edición en edición, la fuente original se convierte en una breve serie de notas secas, vaciadas de todo pintoresquismo. Si el historiador es el primero en referir ciertos hechos recientes, agrega una última capa a los estratos así utilizados; simple y sobriamente.

Porque el historiador está ausente de su obra. Impersonal, ésta no contiene ninguna discusión razonada de los puntos dudosos. Si el espíritu crítico se ha ejercido, es de manera invisible, por el rechazo de lo que se tiene por falso, por la transcripción de lo que se estima exacto.

El decorado también está borrado. El relato se desarrolla "liso". No hay ningún decorado. Los propios personajes son indicados sumariamente. Su

vida privada no se expone. Lo que se dice de ellos permanece a mitad del camino entre el epitafio y el curso público sacado de un expediente administrativo.

La explicación causal no es pues ni profunda ni extensa. El antes y el después, un psicologismo sumario y maniqueísta, el Cielo en fin, son los resortes de una historia sin coherencia. El historiador Wang Fu-chih (1619-1692) denunció esta historia hecha de una profusión de sucesos aislados y quiso desprender de ella las leyes fundamentales. Sigue siendo una excepción tardía.

Si durante dos mil años el historiógrafo chino no sobrepasó apenas el estadio del discurso cronológico, analítico, es porque el confucianismo había inmovilizado los espíritus en una actitud exageradamente reverente con respecto a las obras antiguas, el *Chu King* y los *Che Ki* por ejemplo. Es también porque los chinos no han tenido del tiempo la misma representación que los pueblos mediterráneos. Han ignorado la cronología continua donde, a partir de una fecha origen, se pueden medir las duraciones en los dos sentidos. Han empleado una cronología compartimentada en receptáculos cada vez más pequeños: periodo dinástico, reinado, *nien hao* (cuatro años y medio), año, estación, etcétera. Los chinos en efecto tienen del tiempo, como del espacio una visión concreta y analítica, hija de una escritura rebelde a la abstracción. Para el historiador las consecuencias de tal visión son nefastas: dificultad de localizar claramente en el pasado y, por lo tanto, encarnizamiento en hacerlo, imposibilidad

de establecer relaciones causales a través de las barreras cronométricas, rechazo de una perspectiva lineal en beneficio de ciclos repetitivos... Escribir la historia no es ni conocer verídicamente, ni comprender el pasado: es ponerlo en orden.

Así la civilización de la duración, de la tradición, de la memoria es, de todas las culturas que han cubierto el mundo, una de las menos aptas para la historia.

V. CRISTIANDAD E HISTORIA. LA LEYENDA DE LOS SIGLOS OSCUROS

¿FUE la Edad Media esa "gran noche" durante la cual la actividad histórica habría, como lo ha afirmado Ch.-V. Langlois, "vuelto a la infancia"? No faltan las pruebas de su decadencia.

¿DECADENCIA?

Inmediatamente después de las invasiones germánicas, la historia, como todas las formas de vida cultural, parece periclitar. La *Crónica* atribuida a Fredegario, que fue escrita hacia 660, cuenta tantos barbarismos y solecismos como palabras. Su fondo no vale más que la forma, si hemos de creer el juicio que da de ella Adolfo Bartoli: "Credulidad, confusión e ignorancia exceden en ella todo límite; nos encontramos en un mundo en el que el pensamiento ha caído tan bajo que mueve a compasión, un mundo en el que ya no existe el concepto de historia." Cien años antes, en el otro extremo del mundo cristiano, en aquel imperio de Oriente que, sin embargo, ha escapado a la catástrofe, un retórico sirio, Juan Malala, había compuesto otra historia universal, una *Cronografía*, no menos mediocre. Abandonando el griego clásico por un idioma popular desordenado, acumulaba los hechos más extraordinarios en una especie de enciclopedia de lo fantástico en la que pululaban errores históricos.

Semejante regresión no fue, sin embargo, ni general, ni duradera. En los dos extremos de ese siglo VII nocturno, que ilustra de bárbara manera el pseudo-Fredegario, brillan dos *Crónicas* que no carecen de cualidades, obras de hombres de cultura, Isidro, obispo de Sevilla, y Beda, un monje del Durham. Más tarde, vemos a los fundadores de imperios pedir a Clío lustre y legitimidad para sus frágiles construcciones: Eginardo (*c.* 775-844), superintendente de la corte de Carlomagno, escribe una *Vita et gesta Caroli Magni:* el poeta Ermoldo el Negro, de la abadía de Aniane, canta a su sucesor, Luis el Piadoso; el monje Widukind y el obispo Liudprando en la segunda mitad del siglo IX, glorifican la dinastía otoniana. Un nieto de Carlomagno, Nithard, se hace el historiador de las luchas que oponen a los herederos del Imperio carolingio. Alfredo el Grande (871-901), rey de Inglaterra, que tradujo él mismo al inglés la *Historia del Mundo* de Orosio, dio un impulso decisivo a la continuación de los *Anales reales (Anglo-saxon chronicle),* donde fueron recogidos todos los textos relativos a la historia de la Gran Bretaña desde los comienzos de la conquista romana. El emperador bizantino Constantino Porfirogeneta (911-959) no desdeñó, él tampoco, entregarse a trabajos históricos: biógrafo de uno de sus predecesores, Basilio el Macedonio reunió en una gigantesca recopilación las principales obras de los historiadores griegos y latinos. Cierto es que en Bizancio las condiciones eran más favorables que en el Occidente: la tradición cultural helenística se dejaba sentir allí de manera positiva en

tanto que en el resto de Europa, hasta el siglo XI, los renacimientos no eran sino efímeras resurgencias, en focos dispersos, de una latinidad degradada.

La historia no es, pues, un género abandonado durante la primera Edad Media. Tampoco es un género homogéneo, practicado de manera idéntica. Debe más su unidad a los historiadores que la practican que a las obras que la constituyen.

CLÉRIGOS HISTORIADORES E HISTORIAS RELIGIOSAS

Hast más allá del año mil, la gente de Iglesia ejerce en la cristiandad occidental un casi monopolio historiográfico. Dan a la historia un estilo esencialmente religioso; por su perspectiva, teológico; por su tema, eclesiástico; por su finalidad, ético.

Indudablemente los clérigos no ignoran cierta forma de historia política y militar; nacional primero, recién formados los reinos germánicos; dinástica después, con los renacimientos imperiales. Entre 550 y 750, Jordannes, obispo de Ravena; Gregorio, obispo de Tours; Isidoro, obispo de Sevilla, y dos monjes, Beda de Jarrow y Paulo el diácono de Monte Cassino, escriben respectiva y sucesivamente la historia de los ostrogodos, la de los francos, la de los visigodos, la de los anglosajones y la de los lombardos. Eginardo —abad del monasterio de Fontenelle—, Ermoldo de Aniane, Widukind —monje de Corvey— y el obispo de Cremona, Liudprando, reintroducen, en los siglos IX y X, la biografía cortesana. *Gesta regnum, facta regnum,*

gesta regalia..., la historia política y guerrera de los reyes y de los emperadores, constituye una parte importante de la actividad como historiadores de los clérigos. Sin embargo, incluso cuando están movidos por un sentimiento patriótico, como Isidoro y Paulo el diácono, o por un espíritu cortesano, monjes y obispos escriben como cristianos. Gregorio de Tours (539-593) compone su *Historia Francorum* con la intención principal de hacer la historia de cada sede episcopal de la que es titular; la *Historia Anglorum* de Beda el Venerable (673-735) es de hecho el relato de la evangelización de la Gran Bretaña. Una y otra son historias eclesiásticas.

Porque las historias eclesiásticas forman la parte esencial de la producción histórica de los clérigos. No historias generales de la Iglesia —se limitan a recopiar la de Eusebio, traducida al latín por Rufino a comienzos del siglo V, continuada por Sócrates,* Sozomeno y Teodoreto, y armonizada por Casiodoro hacia 570—, sino historias particulares: la de una sede episcopal, la de un monasterio, la de una comunidad. Dos circunstancias favorecen su aparición: la existencia de *Anales*, de una parte, y los conflictos de intereses suscitados por la riqueza de la Iglesia, de otra parte. Serie de menciones breves y deshilvanadas, los *Anales* consignaban, año tras año, los hechos que su oscuro redactor juzgaba memorables. Con el paso del tiempo, se convirtieron en una fuente para historiadores que disponían igualmente de cartas de donaciones y de privilegios más o menos bien archivados. Las historias eclesiásticas son

* Sócrates el Escolástico. [T.]

pues, a partir del siglo x, unas obras documentadas, así la *Historia de la Iglesia de Reims*, del canónigo Flodoardo (894-966), la *Historia del monasterio de Saint-Bertin*, del abate Folcuino (muerto en 990) y la *Crónica del monasterio de Farfa*, redactada a comienzos de los años 1200, en la cual el benedictino Gregorio de Catine no cita menos de 1 324 documentos oficiales.

Muy diferentes, pero no menos deslavazadas, son las cronografías universales, género muy apreciado a lo largo de toda la Edad Media. De la *Crónica* de Isidoro de Sevilla (636) a la de Antonino, arzobispo de Florencia (1470), no hay siglo que no haya visto surgir, en los lugares y bajo los nombres más diversos, esos vastos frescos puntillistas que, en seguimiento de los de Eusebio y de Orosio, describían la ruta por la que ha pasado la humanidad desde la Creación o, más raramente, desde el nacimiento de Cristo. Las de Beda (700), de Reginon de Prum (906), de Herman el Breve —o el Contrahecho—, un monje de la abadía de Reichenau de quien *Las seis edades del mundo* seguían explícitamente la división agustiniana en seis épocas adoptada por la mayoría de los cronógrafos, las del benedictino Sigebert de Gembloux (1113), del obispo Otto de Freisingen —que termina con el anuncio del final de los tiempos—, se han contado entre las más leídas y las más copiadas en Occidente; las de Cedrenus (1057), de Seylitzes (1079) y de Zonaras (1017), las más reputadas en el imperio bizantino. Todas vaciadas en la cronología "sagrada" *ab Adam* —desde Adán.

Por difundidas que estuviesen estas crónicas universales no tuvieron en modo alguno la formidable influencia de las *Vidas de santos* y de las colecciones de milagros. ¿Quién no conoce la *Leyenda dorada* en la cual el dominico Jacopo da Varazze [Jacobo de la Vorágine] (1230-1298) reunió, recomponiéndolas, más de 150 de esas vidas? El título de la obra, es cierto, el hecho también de que tal literatura sea designada por el término, vuelto despectivo entre los historiadores, de hagiografía, pueden hacer creer que aquí ya no se trata de historia. De hecho, el vigoroso esfuerzo crítico emprendido con el siglo XVII por los bolandistas y proseguido después ha demostrado cómo por la ampliación, la alteración, la confusión, la invención, incluso la superchería, los hagiógrafos de la Edad Media, menos probos que sus predecesores africanos de los siglos III y IV, sacrificaron el amor a la verdad al deseo de la edificación moral y espiritual. Sin embargo, no todo es fábula, ni mucho menos, en esta abundante producción. "Leyenda dorada" no significa "cuento fantástico" sino, más prosaicamente, la historia que hay que leer —en el refectorio del convento, por ejemplo— el día de la fiesta del santo, con el fin de embellecer el alma de los oyentes.

Género histórico, las *Vitae sanctorum* no son únicamente obras históricas. Por su índole compleja, plantean, de manera irritante, la cuestión del estatuto de la historia en la civilización cristiana.

UNA FALSA ANTINOMIA

A Marc Bloch, que caracteriza el espíritu medieval por una "vasta indiferencia en cuanto al tiempo", hace eco Philippe Ariès, que afirma: "El hombre de la Edad Media no considera jamás el pasado como muerto, y a esto se debe que logre tan mal planteárselo como objeto de conocimiento."

De hecho, parece que existe antinomia entre la sensibilidad y la cultura de la Edad Media cristiana, de una parte, y la práctica de la historia, de otra. La historiografía clerical da con frecuencia una impresión de impotencia. En su *scriptorium* el monje es en primer lugar un copista que quiere trasmitir y no innovar; compila, traduce, resume, imita, y en el mejor de los casos continúa las obras procedentes de la antigüedad. Eginardo calca su *Vida de Carlomagno* sobre la de Augusto tal como Suetonio la escribió siete siglos antes. Para componer una parte de sus *Anales*, Lampert, monje de Hersfeld, entra a saco en Tito Livio (*c.* 1070). La *Crónica* de Réginon de Prüm (906) reproduce y prosigue la de Beda (700), que reproducía y proseguía a su vez la de Isidoro (626), la cual estaba inspirada en la *Historia del Mundo* de Orosio (417). ¿Se puede calificar de histórico un método de creación continua en el que la copia supera siempre a la aportación personal, donde a la lenta sedimentación de los *Anales* se agrega la compilación? A este engendramiento lineal se opone el embrollo estructural de las *Vidas de santos* constituidas por rapiñas y fervores.

A esta pasividad... laboriosa, los clérigos historiadores agregan una especie de ininteligencia sistemática. Siendo la Providencia la causa de todo y manifestándose a menudo por intersignos misteriosos, ¿a qué explicar lo que se cuenta? "No pretendo esclarecer la voluntad divina", reconoce en su *Historia eclesiástica* el monje inglés Orderic Vital, "no quiero divulgar las causas ocultas de las cosas. Porque a petición de mis compañeros, escribo una simple historia en la que cuento los hechos año por año."

La historia, género menor, no es en el mejor de los casos sino la sirviente de la moral —las *Vidas de santos* son edificantes—, de la teología —las cronografías universales revelan el plan de Dios— o de las vanidades clericales: las historias eclesiásticas retrotraen hasta los tiempos apostólicos la fundación de sedes episcopales y hacen de los monasterios oasis de santidad.

Por eso, no se enseña la historia; ni aun en las universidades, en las que es la auxiliar de la gramática y de la exégesis. Por lo demás, no hay verdaderos historiadores en la Edad Media, sino teólogos, moralistas, filósofos, canonistas, predicadores, que hacen, al llegar la ocasión, obra histórica. Singular situación de la historia debida a una cultura cristiana que logra extirpar de la *Sacra Pagina* —que así es como se designa la teología— lo que fundamenta el cristianismo: la historicidad.

Sin embargo, la exclusión no es total. La Iglesia cristiana no puede pasar por alto la función cronologista que es la suya. Cada año establece el

calendario litúrgico al que la fecha móvil y crucial de la Pascua lo obliga a modificar constantemente. La autoridad del papa se enraiza en la serie de los soberanos pontífices, sucesores de San Pedro: el *Liber pontificalis*, colección de las biografías pontificias garantiza la continuidad de la institución; los *Libros episcopales*, establecidos también a partir de la alta Edad Media, desempeñan un papel similar respecto de las sedes episcopales.

Queda lo que P. Chaunu llama "la práctica social cotidiana", el conjunto de los recursos, jurídico, político, diplomático, a la historia para fundamentar reivindicaciones y pretensiones. Indudablemente, no se trata aquí de historiografía, de escritura de la historia. Pero esta relación estrecha y permanente con un pasado invocado, por lo tanto evocado, por lo tanto conocido, dice bien que en la Edad Media funcionaba una memoria colectiva informal. Como apunta P. Chaunu: "La Edad Media vive demasiado de la historia para que hable de ella."

La historia secularizada

A partir del siglo XII, la historiografía occidental cambia de caracteres; se seculariza doblemente, por estar a la vez en el siglo y ser de su siglo.

Con las Cruzadas el espacio se dilata; al más allá sobrenatural de los milagros y de los prodigios sucede el más allá de los horizontes familiares franqueados de pronto por lejanas expediciones militares dignas de ser referidas. Como en los tiempos de Herodoto y de Jenofonte, Clío surge del

Oriente recorrido y combatido. En la edad de los caballeros, la gloria de la proeza rivaliza con la de Dios, incluso si, por un tiempo, la Cruzada las confunde. Es al guerrero a quien corresponde humanizar la historia.

Constitúyense sólidos Estados, que administran hasta su propia memoria cuya gestión y fabricación confían a los archivistas y a los historiadores familiares del príncipe.

El latín y los eruditos pierden su monopolio; gentiles hombres y burgueses componen en lenguas vulgares obras cuyo carácter histórico se reconoce actualmente. Porque, mientras se desprende de la teología y sale de los *scriptoria* monásticos, la historia entra en la literatura. Por una singular paradoja, en el momento en que se reduce a crónica del tiempo vivido y renuncia, en mayor o menor medida, al intento de profunda perspectiva desde el alfa original, es cuando la historia adquiere un estatuto definido: distinta de la canción de gesta y de la poesía épica, se convierte en el relato en prosa de los hechos brillantes de que la historia da testimonio.

También ciertos géneros como los pequeños *Anales*, desparecen; otros, como las *Historias* eclesiásticas y las *Vidas* de santos, pierden el aliento. Sin embargo, las cronografías universales siguen siendo también apreciadas; en la primera mitad del siglo XII se las ve multiplicarse y difundirse (cronografías de Sigeberto de Gembloux, de Honorio de Autun, de Ekkehard de Aura y de Otto de Freisingen), y el siglo XIII, en sus extremos, fija el término de las cronografías de Robert d'Auxerre y de Guillaume de Nangis a

las que los continuadores darán vida hasta el alborear del siglo XVII. Los cambios se operan, en efecto, lentamente. Es a unos monjes, los de Saint-Dennis, a quienes los reyes de Francia confían la tarea de escribir una historia oficial del reino, la *Grande Chronique de France,* cuya primera redacción en lengua francesa data de 1274; un benedictino, Guibert de Nogent, es quien escribe en latín, la única *Historia de la primera cruzada;* el obispo de Tolemaida, Jacques de Vitry es quien, en su *Historia orientalis,* deja la primera descripción de Tierra Santa convertida de nuevo en cristiana.

Sin embargo, ya han aparecido nueva historia y nuevos historiadores. Las literaturas nacionales que se constituyen entran en la edad de los cronistas y de las crónicas. La palabra "crónica" designa entonces dos géneros muy distintos, el uno del otro, y el uno y el otro de la venerable crónica universal. Se trata ya sea de la relación de sucesos muy contemporáneos en los que ha intervenido el autor, o bien de una síntesis más o menos elaborada de los documentos relativos al pasar de los grandes Estados que se crean o se afirman

Militar, la crónica nace de la guerra santa. Es mediterránea. Un señor de la Champagne, Villehardouin (1150?-1213?), y un pobre caballero picardo, Robert de Clari, hacen el relato de la cuarta Cruzada y de la caída de Constantinopla; el senescal de Champagne, Joinville, compone en 1309 *Le livre des saintes paroles et bonnes actions de notre saint roi Louis* (El libro de las santas palabras y buenas acciones de nuestro santo rey Luis) gran parte del

cual está consagrado a la séptima Cruzada. Veinte años más tarde, un aventurero catalán, Ramón Muntaner, celebra en su *Crónica* las hazañas italianas, griegas, bizantinas y marroquíes de Jaime I de Aragón. La guerra de los Cien Años inspira a Juan el Hermoso y a Froissart (1328-1400). Los dos son hombres de Iglesia, pero son "nuevos clérigos" que sirven a uno o a varios señores y que fijan su testimonio con tanta ingenuidad como servilismo sobre la vida de corte y las batallas que asuelan el siglo.

La crónica se hace así política. Esta evolución se ha dibujado muy pronto en la Italia de las ciudades mercantiles, la *Nuova Cronica* del negociante florentino Giovanni Villani (1280?-1348) señala el nacimiento de una historiografía burguesa, social y sobre todo política. Cierto es que la primera parte de la obra es una cronografía universal *ab Adam;* pero la segunda está consagrada a la evolución de Florencia entre 1265 y 1348. En Luca *(Croniche* de Sercambi), en Florencia, se prosigue a lo largo de todo el siglo XIV este discurso, desacralizado, realista y, en cierto modo, nacional, sobre el próximo pasado, que anuncia el humanismo y el Renacimiento. Análoga por sus curiosidades pero diferente por sus fines es la historiografía oficial de los jóvenes Estados. Los duques de Borgoña mantienen historiadores —"indiciarios"—, tales como Georges Chastellain (1404-1475) y Olivier de La Marche (1426-1502), encargados de relatar sus grandes hechos. En Francia, en Castilla, en Portugal, en Inglaterra, las funciones de los historiógrafos son más complejas. Archivistas, compilan un *corpus* de

documentos relativos a las antigüedades del país; Alfonso X, que reinó de 1252 a 1284, hizo componer la *Crónica general de España* y en 1334 Alfonso IV de Portugal una *Cronica geral;* en Inglaterra y en Francia, donde las *Grandes crónicas* estaban ya reunidas, los historiógrafos les dieron una estructura más homogénea por una síntesis de diversas noticias que las componían.

Al consagrarse varias memorias, la Europa cristiana sella la muerte de la cristiandad. A la era de la fe sucede, en historia, la era de la razón, la del docto y la del Estado. Ocurre al parecer lo mismo en el mundo árabe, con la sola diferencia de que a la decadencia cultural del Islam sucedió no otra memoria, sino una amnesia.

VI. LA HISTORIOGRAFÍA ÁRABE

En estos siglos de fe en los que cristiandad e islamismo se enfrentan en nombre de una Revelación diferentemente recibida, la historia, ya sea árabe —o persa—, latina —o griega—, es ante todo religiosa. De una y otra parte de un Mediterráneo esterilizado, ofrece un mismo rostro; pero de expresiones a veces diversas, siempre cambiantes.

La fe historiadora

El enfoque del pasado, como el del presente, se realiza primeramente desde el ángulo de la eternidad y la mirada de la fe. Increado, el Corán no tiene necesidad alguna de comentarios históricos por parte de sus exegetas. Y, puesto que el Islam es abandono, las historias árabes confiesan públicamente la vanidad de todo intento de explicación racional. "Alabanza a Dios que produce las causas", confiesa Ibn At-Tiqtaqa (m. 1301?) al comienzo de su *Historia de las dinastías musulmanas,* "que decreta los acontecimientos, que ordena las series de los tiempos, que crea los nobles caracteres, que derrama abundantemente la inteligencia y que todo lo da".

La explicación histórica se limita, pues, a consideraciones psicológicas referentes a las virtudes —valentía, piedad, astucia...— y a los vicios —doblez, crueldad, iniquidad...— de los héroes

que pueblan un discurso esencialmente narrativo.

Religiosa, la historiografía árabe lo es también por sus orígenes. Después de la muerte del Profeta (*c.* 632 d. C.) y durante más de dos siglos, los más celosos de los fieles —a quienes se llamará los tradicionistas— se dedican a recoger las palabras de Mahoma, los *hadith* y a dar recopilaciones de ellas a los juristas y a los legisladores. Esto fue lo que hizo Bukari (m. 870), que no conservó en su *corpus* convertido en canónico, el *Sahib* —el Auténtico—, más que 7 275 de los 600 mil temas recopilados en el curso de una larga búsqueda entre Nishapur y Medina. Selección severa en una selva exuberante de tradiciones orales, fundada únicamente en la autoridad moral de quienes las transmitieron y cuyos nombres forman la indispensable cadena introductiva a cada frase autentificada. Así se forjó en unas almas místicas un método crítico.

Por la misma época parecen haber sido numerosos los autores de biografías del Profeta. La más antigua *Vida de Mahoma* —*Sira*— que ha llegado hasta nosotros es la de Ibn Isham (m. 834). Lo que la hace análoga a las obras hagiográficas cristianas que le son contemporáneas, no es únicamente su tema —el relato edificante de una vida excepcional—, ni su tono —un candor extremado en el elogio del protagonista—, sino también su estructura. Ibn Isham no se limita a trasmitir los relatos de sus predecesores, sin compararlos, comprobarlos y, si viene al caso, corregirlos; se sitúa él mismo al término de la serie ininterrumpida de los tra-

dicionistas los más antiguos de los cuales son necesariamente testigos de los hechos referidos.

> Así nació un método en el que el cuidado de la autenticidad de las fuentes y la credulidad perezosa combinan sus efectos contradictorios. Con el paso del tiempo, biógrafos de Mahoma y recopiladores de sus palabras aparecen como verdaderos historiadores curiosos de dar a conocer un pasado cada vez más remoto; pero en su discurso, se mantienen prisioneros de los límites estrechos que les impone una fe que transforma en argumento de certeza todo lo que se reputa testimonio original.

Incluso cuando se desprende en el siglo x, del estudio de las tradiciones proféticas, la historiografía árabe sigue siendo, en ciertas maneras, musulmana. Las historias universales que escribe Dinawari (m. 895), Ya'qubi (m. hacia 910), Tabari (m. 923) e Ibn Miskawaih (m. 1030) están vaciadas en el molde de una cronología bíblica. Son testimonio de la unidad de las culturas árabe, griega y latina —al término de un intenso movimiento de traducciones—, de su filiación con respecto a la cultura judeocristiana, así como de la influencia ejercida por los continuadores bizantinos de Orosio. En su *Crónica,* Tabari cruza con los hilos del Libro (Creación, Adán, Noé..., Jesús) los hilos de las historias de Persia y de Arabia. Cuando llega a tiempos menos remotos, abandona, como los cronógrafos cristianos, esta red, y concentra una curiosidad mejor informada sobre el espacio a que pertenece el *Dar el'islam* cuyo nacimiento y expansión estudia.

Se trata, ciertamente, de un género particular. En otros campos, la historia se vuelve profana.

La historia en la Edad Clásica

Del siglo x al xiii, aproximadamente, la historiografía árabe presenta rasgos originales que Macudi (m. 956) ha definido bien.

> La historia, escribe en sus *Praderas de oro*, trasmite las sentencias de los sabios, refiere sus virtudes y sus talentos, y enseña a los reyes los secretos del gobierno y de la guerra. Todo lo que encanta, todo lo que asombra, lo recoge. Cautiva el oído del docto y del ignorante. Es el ornato de las asambleas... Todas las inteligencias le conceden el primer lugar.

La historia, de hecho, ocupa "el primer lugar", aunque no sea sino por el número de cuantos se consagran a ella —Macudi hace referencia en su obra a 80 historiadores árabes, sus predecesores— y por su notoriedad: en su *Necrología de los hombres ilustres*, todos musulmanes, Ibn Kallikan (m. 1282) consagra a los historiadores un centenar de las 805 reseñas que componen su diccionario biográfico.

La historia "cuenta, hechiza, cautiva..." Es una diversión que debe mucho al arte del recitador, que se complace en multiplicar las anécdotas y los diálogos, y al del escritor al que tientan muy a menudo la prosa rimada, los juegos de palabras, la acrobacia gráfica y las ampulosidades ornamentales.

¿Quién adivinaría que *El roborativo de decaimiento* de Imad al-din (m. 1211) y *La esfera del deseo* de Ibn Said (m. 1274) tratan respectivamente de la historia de los seléucidas y la de los tulunidas?

La historia recoge "todo lo que asombra": la proeza, el cataclismo, lo fantástico. Si hemos de creer a Abd al Hakam y a Wassif Shah, la historia del Egipto antiguo se explica por el uso de los talismanes...

La historia, en fin "enseña". No porque sea una ciencia legislando en el pasado; sino porque, donadora de lecciones, es el mejor preceptor de los reyes y de sus servidores. De ahí el aspecto didáctico (diccionarios) y enciclopédico (compilaciones) de ciertas obras consideradas históricas que están compuestas, en la mayoría de los casos, para uso de los empleados de la administración.

Así, la historia oscila entre dos polos, y esto porque, de hecho, su género se mantiene vago, pues raros son los historiadores verdaderos. Unos son viajeros —y los árabes fueron grandes nómadas del conocimiento— que más que interesarse por el pasado, dan fe de su época. Así Al-Maqqadasi (m. hacia 1000) y Yaqut (m. 1229); otros son cortesanos de panegírico fácil, como Suli (m. 946), Otbi (m. 1036) e Imad al-din (m. 1211); otros en fin son polígrafos, como Ibn Miskawaih, filósofo, médico y alquimista, que escribió una obra universal titulada *Las experiencias de las naciones,* e Ibn Djauzi, él también autor de una historia universal, teólogo, astrólogo y médico.

Por diversos que sean los hombres y las obras, es,

sin embargo, posible admitir en éstas una doble unidad, de tema y de estructura.

Ya adopte la forma de monografía urbana, de genealogía, de historia tribal o dinástica, de biografía, la obra se interesa esencialmente por los hechos militares y políticos. Del *Libro de las conquistas* de Baladhuri (m.892), el relato profano más antiguo, hasta las obras maestras de Ibn Jaldún, no hay por doquier más que expediciones, asedios, batallas..., rebeliones, complots, desgracias..., ejecuciones, saqueos, matanzas. Al contar su propia historia, los historiadores árabes no podían ignorar el *djihad*, el *qhazi*, la *razzia*. Mucho antes que los cronistas cristianos de las Cruzadas, los árabes descubrieron las seducciones de la historia-batalla. En cuanto a la estructura de la obra, se mantiene durante mucho tiempo caracterizada por la discontinuidad. Se trata de una serie de notas, de anécdotas deshilvanadas, introducidas por los nombres de quienes las han referido o por vagos "se pretende", "se cuenta":

> Al-Hasan ben Alí me ha referido que Ahmad ben Sa'id ad-Dimachqui le había contado, según az-Zobair ben Bakkar, que lo sabía a su vez por su tío paterno, que la causa de la matanza de los Omeyas fue la siguiente: habiendo oído recitar un poema en el cual se hacía su panegírico, Abu-l' Abbas se dirigió a uno de los Omeyas diciéndoles: —Compara este elogio con los que os han sido dedicados —¡Vamos!, respondió el otro. Nadie, por Alá, ha hecho de ti alabanza comparable con la que compuso de nosotros el hijo de Qais ar-Roqqayt. —Tú que bebiste todos tus méritos en la leche de tu

madre, respondió Abu-l' Abbas, ¿crees poseer todavía el poder califal? ¡Que los ataquen! Los atacaron y los mataron a todos.

Así Abul-Faraj'Ali ben al-Hosain (nacido en 967) refiere el nacimiento del califato abasida, del que da otras dos versiones. Porque el historiador árabe, generalmente, no se preocupa ni por llenar las lagunas, ni por resolver las inevitables contradicciones entre sus fuentes. Yuxtapone en un orden cronológico riguroso episodios sin enlace. En su *Historia de los sultanes mamelucos de Egipto,* al-Maqrizi (1364-1442) refiere a continuación los preparativos militares del soberano de Siria, la prohibición de la venta de vino en Egipto, el nombramiento del patriarca copto, la muerte del emperador Federico de Hohenstaufen, una crisis de hambre en La Meca, la percepción de nuevos impuestos en Egipto, el incendio de Alepo, el nombramiento de una serie de funcionarios y el encarcelamiento de otros, etcétera.

Esta estructura no tiene únicamente su origen en una pereza del compilador; remite a una actitud filosófica ampliamente extendida entre los intelectuales musulmanes, el atomismo ocasionalista que maridaba el pensamiento de Epicuro, con la concepción musulmana de Dios, Voluntad pura y arbitraria. "Según este sistema, el mundo, constituido por un conjunto de átomos aislados, no perdura y no subsiste sino por la voluntad de Dios, único agente; no hay causas segundas, no hay encadenamiento causal ni ley

natural, sino tan sólo costumbres" (D. Sourdel, *L'Islam*). Más poeta, Louis Massignon decía del tiempo en el Islam que era una "vía láctea de momentos".

Del seno de esta corriente historiográfia, surge cuando se degrada en ejercicio de estilo y colecciones de historietas, un historiador de excepción, el tunecino Ibn Jaldún (1332-1406), cuya obra es más anuncio de Bodin y Vico que recuerdo de sus predecesores. En su *Historia de los bereberes* hace uso constantemente de un espíritu crítico con respecto a sus fuentes y desarrolla de un tirón un relato de una gran riqueza de información. Pero sobre todo en la primera parte —*Muqaddimah,* es decir Prefacio o Prolegómenos— de su *Introducción a la historia universal** se eleva, único en su época, hasta una auténtica filosofía de la historia asociando a la reflexión metodológica de una gran modernidad una explicación global de la historia de los imperios y reinos árabes.

Afirma su deseo de hacer una historia total:

> Has de saber que el verdadero objeto de la historia es instruir acerca del estado social del hombre, de la civilización, de las costumbres, de las manifestaciones del espíritu de cuerpo, de las diferencias de poder y de fuerza entre los hombres..., del trabajo, de las riquezas, de las ciencias y de las artes...

Funda un método para distinguir lo verdadero de lo falso. Para ello, enumera todos los tipos de errores

* Hay ed. esp. FCE, México, 1978.

y de embustes (por espíritu de partido, credulidad, presunción, espíritu cortesano, ignorancia...) y define el criterio de verdad, a saber el de Verosimilitud.

Cuatro siglos antes de Montesquieu y Gibbon, filosofa sobre las causas de la grandeza y de la decadencia de los imperios —aquí de los imperios y reinos árabes. La raíz de la primera es el espíritu de cuerpo (*asabiyya*) de la tribu que se trasmite a la dinastía; la razón de la segunda es la persistencia del espíritu y del género de vida beduinos, nómadas, que desarrollan el anarquismo, el parasitismo, el saqueo.

De hecho, Ibn Jaldún no pasa por las consideraciones teóricas. Apenas si sigue él mismo las reglas que ha dado, ni somete su relato a la coherencia lógica de una explicación general de los hechos. Acompaña la decadencia historiográfica del mundo árabe de un análisis lúcido e impotente. Su diagnóstico alumbra la noche pero no la disipa. Su método ignorado será, más tarde y progresivamente, el que empleará la historiografía de la Europa renaciente.

VII. EL TIEMPO Y LA HISTORIA DE LOS HUMANISTAS
(siglos XV – XVI)

En el corazón del siglo XV, tres acontecimientos sin vínculos aparentes anuncian una historiografía nueva. Hacia 1440, en Estrasburgo, Gutenberg pone a punto la prensa de caracteres móviles; por la misma época, en Roma, Lorenzo Valla demuestra la falsedad del acta conocida con el nombre de *Donación de Constantino;* en 1453, Bizancio sucumbe a los asaltos otomanos: se acelera entonces la diáspora de los copistas y de los gramáticos griegos a través de Europa. Nuevas técnicas de difusión, nuevo método de análisis, nuevas fuentes... Nueva curiosidad también, puesto que Renacimiento y Reforma fueron cada uno a su modo, peregrinación a las fuentes. Clío parece repudiar un milenio de tutela teológica y escolástica para encontrar de nuevo a la vez, su infancia pagana y entrar en la edad de la razón. Pero, porque único lugar donde se escribe entonces la historia, Europa se mantiene cristiana —tan cristiana que se desgarra en nombre de la autenticidad de su fe—, porque la vuelta a la antigüedad es el signo de la época; porque también la época es la de la Utopía, de los monstruos, de lo imaginario vuelto a poblar, del sincretismo, de la búsqueda ardiente del reflejo divino tanto en el alma como en la obra de arte, sería ingenuo y peligroso considerar la historiografía de

los humanistas, por lo demás muy diversos, desde el solo punto de vista del progreso. Arcaísmo y conformismo caracterizan a menudo una producción cuya modernidad no debe exagerarse.

Historia antigua y nueva historia

Los hombres del Renacimiento fueron "los embalsamadores del cadáver ilustre de la Antigüedad perdida y recobrada, pero recobrada como definitivamente perdida". La fórmula de Georges Gusdorf es bonita y exacta por añadidura.

La vuelta a lo antiguo, que hace tambalearse el saber y la fe, la expresión artística y la referencia cultural, funda una especie de "retro-historia". Fascinado, el humanista echa una mirada deslumbrada sobre los historiadores griegos y romanos. Entonces resurgen obras que se creían desaparecidas, las de Tácito por ejemplo, sepultadas en la abadía de Fulda en un manuscrito incompleto cuya impresión fue ordenada en 1515 por el papa León X. Entonces son ampliamente difundidas, gracias al efecto formidablemente multiplicador de las prensas, gracias también a las traducciones a lenguas vulgares, las obras históricas de la antigüedad que se mantenían confidenciales a pesar del esfuerzo de los *scriptoria*. Conocido es el éxito de las *Vidas Paralelas* de Plutarco, traducidas al francés por Amyot en 1559, de las que Montaigne dirá, veinte años más tarde, que son "el breviario de las damas". El mismo Montaigne que, en los *Ensayos*, confiesa:

"Plutarco es mi hombre", ignora soberbiamente todo cuanto fue escrito entre los siglos IV y el XIV y cita más a menudo —en el orden decreciente de frecuencia— a Tito Livio, César, Tácito y Jenofonte que a San Agustín o San Jerónimo.

Por haber sido el mundo greco-romano, según se cree, el del orden ideal de la cosas, importa conocerlo. De su conocimiento derivan nuevos modos de concebir el tiempo, el pasado y la historiografía.

—El tiempo ya no procede de Dios, ni está destinado a volver a Él; inmanente, indefinido, se humaniza. Para decir su sentido, el historiador sucede al teólogo.

—El pasado ya no se descifra a través del sueño de Daniel y las profecías del Águila de Patmos. Se acabaron las interpretaciones hasta ahora enseñadas, la interpretación moral de la irremediable decadencia así como la interpretación política de la *translatio imperii* gracias a la cual estaba asegurada la continuidad entre Imperio romano e Imperio cristiano. Los padres italianos de la nueva historia los sustituyen por la visión de una caída del Imperio romano (*inclinatio imperii*) y de una nueva edad de oro de la que son a la vez los testigos y los actores. Se dividen, ciertamente, en cuanto al momento en que Roma entró en decadencia —¿con César como lo sostiene Leonardo Bruni (1369-1444), o con el saco de la Ciudad, en 412, como lo intenta demostrar Flavio Biondo (1388-1463)? Pero lo esencial está al margen de esto, en el descubrimiento de rupturas, de un ritmo sincopado, de una periodización ternaria

compuesta de días y de noche: Antigüedad, Edad Media (la expresión se forjó en las universidades alemanas a comienzos del siglo XVII) y tiempos modernos cuyo alborear marca el Renacimiento. La pasión por el latín ciceroniano ilustra esta revolución cultural; el latín vivo de la Iglesia recibe el sello de infamia histórica: es "bárbaro", decadente; otra lengua latina lo reemplaza, la de la escritura y no ya la de la palabra, lengua perfecta por ser antigua, por estar muerta —recobrada pero "recobrada como perdida".

—La conciencia histórica se afina, pues conciencia como lo es de la muerte y de la imposible resurrección. El renacimiento historiográfico primero, los Grandes Descubrimientos a continuación, abren en el tiempo, y después en el espacio, el abismo más allá del cual permanece el Otro. A los filósofos humanistas corresponderá arrojar por encima de él el concepto de naturaleza humana, único capaz de exorcizar el exotismo.

—La historiografía manifiesta la contradicción que hace que el retorno a lo antiguo sea la vía de la modernidad. El historiador humanista imita a Tucídides o Plutarco, Tito Livio o Suetonio. Como ellos, emplea el estilo oratorio, elegante y efectista. Sigue los consejos retóricos de un Quintiliano, dramatiza, multiplica los discursos ficticios, los detalles pintorescos y novelescos, los lugares comunes morales o políticos. Copia con frecuencia pueril: no podemos dejar de sonreímos de aquel italiano que, llamado a la corte de Inglaterra para escribir una *Vida* del rey, se hizo llamar Tito Livio, o de aquel historiador francés, muy hombre de bien

por lo demás, J.-A. de Thou, que para escribir la *Historia de su tiempo —Historia mei temporis—* se resistió a emplear otras palabras que las que estaban en uso a comienzos de nuestra era y acumuló anacronismos y aproximaciones latinos con tanta habilidad que resultó ilegible.

De la erudición a la historia perfecta

No todo fue esterilizado por esta devoción a lo pretérito. La historiografía humanista no fue únicamente "orquestación de la nada", "pueril, interminable y torpe copia de la antigüedad" (Philippe Monnier); fue también, de diversos modos y en determinado momento, "un primer acto deslumbrador" (George Huppert).

La búsqueda de las obras de arte dio nacimiento a la arqueología. Se excava en Italia, en Roma sobre todo, pero también en Grecia, en la Francia meridional y hasta en Asia Menor. Indudablemente las excavaciones tienen más de busca de tesoros que de exploración desinteresada; la colección Farnesio procede del saqueo de las Termas de Caracalla (1540-1550). ¡Qué importa! Coleccionistas ávidos y estetas apasionados abren el camino a los verdaderos arqueólogos. En 1471, el papa Sixto IV lega a la ciudad de Roma sus colecciones de estatuas; así se forma, en el Capitolio, el primer museo de Antigüedades. Medio siglo después, León X aprueba el proyecto que le presenta Rafael: establecer el *corpus* gráfico de los tesoros más antiguos de su capital.

La obra, acabada por Ligorio —*Delle antichita di Roma* (1553)— llevará a través de Europa el conocimiento y la afición al arte antiguo.

La filología —latina, después griega, después hebraica— se constituye en ciencia auxiliar de la historia. El filólogo, en su sentido prístino, es un "enamorado del verbo"; pero pronto el esteta se hace historiador de la lengua —¿cuál es el buen latín?, ¿el arcaico?, ¿el decadente?—, y el historiador, erudito: ¿cuál es el manuscrito más antiguo?, ¿el menos defectuoso? Entonces nace el método filológico cuyo uso se desliza audazmente del texto literario a las Escrituras, de una parte, a los documentos públicos, de otra. Así hizo Lorenzo Valla (1407-1457), autor de un tratado sobre la *Elegancia de la lengua latina,* editor de Herodoto, de Tucídides, de Tito Livio, redactor de *Anotaciones al Nuevo Testamento* y padre de la famosa *Declamatio,* en la cual se demuestra que Constantino no es el autor del acta en la que hace donación al papado de una parte de su imperio.

Entonces se forjan los útiles de la erudición y se organizan los laboratorios de la historia. La numismática sale de la edad estética y mercantil cuando Guillaume Budé publica, en 1514, con el título *De asse —Sobre el as—* un estudio sobre la moneda romana de este nombre. La archivística nace en 1571 con el tratado que le consagra Jakob von Rammingen. *El De emendatione temporun* de J.- J. Escalígero suministra, en 1583, el método de establecimiento de las cronologías. En 1608 el canónigo español Chacón, llamado Ciacconius, funda la me-

trología con su *Du ponderis, mensuris el nunmis Graecorun et Romanorun*. Cinco años antes se había publicado el primer *corpus* epigráfico, el que Jean Guter, profesor de Heidelberg y conservador de la biblioteca Palatina, consagra a las inscripciones latinas del mundo romano. Se trata de uno de esos numerosos *tesoros* de los manuscritos, de las leyes, de las costumbres, de los *scriptores* (es decir cronistas) que reúnen con ardor y competencia los juristas alemanes, gracias a los cuales una masa creciente de fuentes se vuelve accesible a un número creciente de historiadores. Paralelamente, se organizan los archivos de Estado —en la ciudad española de Simancas es donde se lleva a cabo, a partir de 1567, la primera centralización de los depósitos—, y las bibliotecas públicas se multiplican, universitarias, siguiendo el modelo inglés del siglo XIV, o "nacionales" (Biblioteca Vaticana hacia 1450, Biblioteca *Imperial de Viena en 1526).*

Había surgido ya en el *Quattrocento* italiano una historia crítica, documental y positiva de algunas obras precursoras, la *Historia del pueblo florentino* (1444) de Bruni, las *Décadas sobre la decadencia del Imperio romano* de Biondo, publicada de 1439 a 1453, a modo de continuación de la *Historia de Florencia* (1525) de Maquiavelo y, obra póstuma de Guichardini, la *Historia de Italia* (1561). Bruni inaugura una historiografía política desligada de la teología, sin providencia ni milagros, interpretada a la única luz de los móviles humanos y de las causas naturales. Biondo, más erudito, pasa por el tamiz las fuentes relativas a la historia de la

"Edad Media", no conserva de ellas sino un pequeño número y se niega a usar de los subterfugios tradicionales para paliar sus silencios, como son los trozos de elocuencia y las descripciones de batallas. Prefiriendo la compilación a la retórica, se esconde a costa de largas citas, tras de los textos reconocidos como válidos de Pablo Diácono, Procopio y Ptolomeo de Luca. Maquiavelo renuncia a la división por años y reagrupa lógicamente los hechos en "libros" cuya articulación no le debe nada al calendario. Guichardini innova poniendo ampliamente a contribución los archivos públicos de las ciudades italianas.

Sería, sin embargo, un error creer que los progresos del método han sido acumulados, que se han difundido rápidamente y lejos. Biondo fue durante mucho tiempo una excepción entre los medievalistas: Maquiavelo abusó de los hermosos discursos y de los detalles novelescos; Guichardini volvió a la estructura analítica. Cinco años después de la muerte de Bruni, el arzobispo de Florencia, Pierozzi, acaba una *Crónica universal* (1519) donde la historia continúa siendo divinamente motivada y periodizada en seis épocas y cuatro monarquías. Continuada por Foresti en 1483, la obra obtuvo gran éxito en Alemania donde el género se perpetuó. *Corsi e ricorsi:* así va Clío.

Es cierto que aparecen el Francia, en la segunda mitad del siglo XVI, los teóricos de la historia "perfecta", "cabal", cuya modernidad asombra. En su *Methodus ad facilem historiarum cognitionem —Método para facilitar el conocimiento de la histo-*

ria—, Jean Bodin define, en 1566, la historia como ciencia humana:

—Humana: distingue claramente la historia propiamente dicha, *historia íntegra*, "narración exacta de los hechos pasados", "estudios de las gestas del hombre a través de las sociedades", de la historia natural y de la historia sagrada cuyo propósito es el conocimiento "de la acción y de las manifestaciones del Dios soberano" y que, a tal título, es de la competencia de los teólogos.

—Ciencia: Bodin extrae las leyes de la historia. Comprueba el determinismo climático, percibe la deriva sur-este-nor-oeste de las civilizaciones circunmediterráneas y apela a una visión realmente universal ya no europeo-centrista de la historia.

Más atrevido todavía, Lancelot de La Popeliniere afirma en su *Historia de las historias* (1599) que los conocimientos históricos son relativos y reflejan la cultura en la que han sido elaborados. Rechaza, por lo tanto, los historiadores antiguos —de curiosidad limitada— y los cronistas cristianos —de perspectiva falseada— para desear la constitución de una "historia cabal" que fuese "representación de todo", historia global, y comprensión del todo, filosofía de la historia. En tanto que Bodin anuncia a Montesquieu y Voltaire, La Popeliniere anuncia, confusamente, a Hegel y Lucien Febvre. Uno y otro no pasan de las intenciones.

Si descendemos de las crestas donde se mueven, en los dos extremos del Renacimiento, los maestros florentinos y los precursores franceses, encontramos

historiadores muy diferentes. ¿Humanistas? Quizá. Humanos, demasiado humanos, seguramente.

PASIONES NACIONALES Y SERVICIO DEL PRÍNCIPE

La época tuvo sus filólogos eruditos; también tuvo sus falsarios. Annius de Viterbo publicó en 1498 pretendidos fragmentos de Beroso. Manetón, Catón... que había forjado a su gusto. Ligorio fabricó millares de inscripciones piadosamente recogidas por los compiladores posteriores. Román de la Higuera (m. 1611) atestó la historia eclesiástica de España de invenciones complacientes. La afición a los plagios y la competencia entre editories no bastan para explicar el fenómeno. En él tuvieron su parte las pasiones políticas. Mientras mueren los mitos demasiado arcaicos, nacen otros que no tienen otro mérito que el de la novedad.

Como lo observa G. Gusdorf, "el advenimiento de la historiografía humanista va asociado a la conciencia cívica de los intelectuales que intervienen en la vida de la ciudad". No son los historiadores que, abandonando su gabinete, se hacen hombres de acción; son embajadores —Maquiavelo, Guichardini—, ministros —Thomas Moro, Francis Bacon en Inglaterra—, hombres de leyes, actores en Francia de un drama político y religioso— Jean Bodin cuyas relaciones con Enrique III y después con Enrique IV fueron borrascosas; F. Hotman que sirve a Catalina de Médicis antes de huir a Ginebra; E. Pasquier, abogado general del Tribunal de Cuentas, diputado

a los Estados Generales de Blois, partidario celoso de Enrique III y de Enrique IV... —que se hacen historiadores. Algunos trabajan sobre encargo, están pensionados y reciben el título de historiógrafo. El imprudente Valla fue el historiógrafo de Alfonso de Nápoles; Lorenzo el Magnífico hizo a Maquiavelo el de Florencia; en la corte de Francia no se cuentan menos de catorce historiógrafos que se hayan beneficiado de gratificaciones entre 1572 y 1621. El mecenazgo cesa aquí de ser desinteresado. Ya se trate de las repúblicas y de los principados italianos o de las monarquías centralizadas de España, de Francia y de Inglaterra, "la historia está históricamente vinculada a la construcción del Estado" (P. Chaunu). La excepción alemana confirma la regla: en ausencia de Estado, la historia se vacía siempre en el molde arcaico de las crónicas universales y el nacionalismo toma en él una tonalidad racial.

Este nacionalismo historiográfico se manifiesta de numerosas maneras, por la elección del tema, por el patrioterismo del discurso, por el ardor de polémicas internacionales. Se ha acabado el largo caminar de la historia sagrada; el estudio se trocea y se encoge. Biondo, compone una *Roma triumphans* donde repercute la exclamación de Petrarca: "¿Qué hay en toda la historia, como no sea la alabanza de Roma?", el milanés Tristan Cachi escribe una *Historia patriótica:* el español Juan de Mariana, una *Historia general de España:* el protegido del emperador Maximiliano, Conrad Celtes, descubridor del famoso mapa del Imperio romano llamado Tabla de Peutinger, una *Germania illustrata;* en

Francia se suceden el *De rebus gestis Francorum* de Paul-Emile, las *Investigaciones de Francia* de Pasquier, la *Franco-Gallia* de Hotman...

La búsqueda de las "antigüedades" nacionales pone de manifiesto las contradicciones de una historia erudita y fabuladora a la vez, al servicio del príncipe y subversiva. Envidiosos de los italianos, franceses y alemanes se buscan antepasados remotos a porfía. Etienne Pasquier descubre "nuestros antepasados los galos"; el reinado de Faramundo no constituye ya el primer capítulo de la historia de Francia —una historia que cesa de confundirse con la de la realeza, afirmación cuyas implicaciones republicanas no tardarán en aparecer. Pasquier se apoyó en la *De bello Gallico,* pero corrigiéndola patrióticamente: los defectos denunciados por César —insubordinación, ligereza— se convierten en cualidades: amor a la libertad, valentía. Otro mito original queda malparado, como es el origen troyano de los francos que transmitían las *Grandes crónicas de Francia.* Cuando en 1531, con documentos en su apoyo, el humanista alemán Beatus Rhenanus germaniza a los francos, los historiadores y los poetas franceses —Ronsard con su *Franciade*— se indignan. No fue sino en 1573, a consecuencia de la publicación de la *Franco-Gallia* de F. Hotman, cuando Héctor deja de ser el antepasado de Clodoveo. Esta ruptura con los mitos fundadores no se debe únicamente a los progresos del método; tiene sus razones políticas. Al romper sus lazos greco-romanos y al dejar de hacer del periodo franco —decididamente germánico— su origen, Francia adquiría,

desde tiempos remotos, una especificidad y una autonomía venerable que legitimaban las ambiciones de sus políticas italiana y alemana. Desarrollóse una corriente galófila a fines del siglo XVI, portadora de imágenes de paraíso perdido. Desconectada de sus mitologías, la historia de Francia cambiaba apresuradamente sus fuentes por las de un mito nuevo.

Como los historiadores franceses, los historiadores alemanes descubrieron sus antepasados gracias a un historiador romano —Tácito y su *Germania*—; pero, contrariamente a aquéllos, aceptaron las fábulas genealógicas; en este caso, por medio del pseudo-Beroso fabricado por Annius, la de Tuitschen, hijo mayor de Noé, antepasado de las tribus germanas. Juan Natuclerus *(Crónica de todas las edades)* y Aventinus *(Crónica bávara)* difundieron la idea de que los germanos eran los únicos aborígenes de Europa y que elegidos de Dios y de la Historia, estaban llamados al *imperium mundi*. El pangermanismo había encontrado, él también, sus mitos constitutivos.

Las pasiones nacionales se alimentan entonces de las pasiones religiosas con las que se confunden con frecuencia. La controversia religiosa tuvo igualmente efectos contradictorios sobre la evolución de la historiografía.

Reforma e historia

Deseosos de enlazar de nuevo con el cristianismo primitivo corrompido por la Iglesia romana y de

dejar a cada cual el cuidado de encontrar sus reglas de vida por el libre examen de las Escrituras, los reformados acompañan la corriente humanista de retorno al pasado y de relectura de los textos antiguos. La controversia se desliza rápidamente del plano teológico donde se encuentra bloqueada en estériles coloquios, al plano histórico. Cada cual escudriña en las bibliotecas, y acumula los documentos como otras tantas pruebas de su verdad. A los trece volúmenes de la *Historia eclesiástica* dirigida por Flavius Illyricus —a la cual su división en siglos y su lugar de edición hicieron dar el nombre de *Centurias de Magdeburgo*— responden los 38 tomos de los *Anales eclesiásticos*, cuyo primer ordenador fue el oratoriano César Baronius. Es la "guerra de los infolio". La historia se convierte en un tribunal ante el cual se cita al adversario.

De la controversia nace, pues, una nueva historia eclesiástica que ha perdido su carácter sagrado y se ha hecho profana, erudita y demostrativa. Nace también una historia de las herejías, del deseo de los reformados de encontrarse antepasados y de asegurar la continuidad, desde el final de la antigüedad, de una Iglesia invisible de Testigos de la verdad.

Enriquecimiento de la información, exploración de nuevos territorios, apertura de talleres colectivos, recurso a la historia, he aquí en cuanto a los progresos. Pero no faltan las sombras. Los historiadores protestantes tienen una visión maniqueísta del pasado: a la Iglesia primitiva y santa se opone una Iglesia "medieval" en la que todo no es sino "barbarie y horrible desorden" (Théodore de Beze).

Si los historiadores católicos se interesan por las herejías de otro tiempo, es para confundir mejor con ellas las del presente y condenarlas de manera análoga. La polémica historiográfica no es más probatoria que la disputa teológica. Se debe a la ingenuidad de la época la ilusión nueva de que la verdad de razón se impone a los hombre de razón, como si la razón historiadora pudiera alcanzar la verdad y el hombre la Razón.

VIII. LA HISTORIA DE LOS ERUDITOS, FILÓSOFOS Y LITERATOS
(siglos XVII – XVIII)

A LOS ojos de la historiografía, el *Grand Siècle* [equivalente al Siglo de Oro] y el Siglo de las Luces se ofrecen como continuos y discontinuos. Esto se debe a que no hay ya una historia, sino historias. De esta fragmentación surgen la aparente contradicción y el artificio de un estudio ordenado.

La historia humanista sigue con sus frases polémicas y moralizadoras, políticas y retóricas; la historia erudita surge, forja sus métodos, acumula sus tesoros documentales, secreta el aburrimiento de su *in folio* abrumadoramente exhaustivos; la filosofía colorea la historia: mecanicista, en el siglo XVII, la desprecia; adepta del progreso, en el siglo XVIII lo escribe con mayúsculas y hace triunfar el historicismo. Las diversidades nacionales complican el paisaje: ¿qué tienen de común, en la época del *Aufklarung,* los fecundos historiadores de Gotinga, universitarios modestos imbuidos de teologismo, los filósofos franceses, hombres de salones, enciclopedistas revoltosos, y los políticos británicos que practican la historia como un noble arte?

Así, mientras que la memoria de la humanidad se amplía, sus evocaciones se multiplican, ninguna de las cuales, sin embargo, merece que se la olvide.

CLÍO ABANDONADA

Un Maquiavelo, un Budé, un Bodin, un Melanchton no desdeñaban hacerse historiadores. El consejero del príncipe, el filólogo, el legista y el teólogo salían con ello beneficiados. En el *Gran Siecle* cambian los comportamientos: "El siglo XVII, observa P. Chaunu —el que corre de los años 1620-1630 a los años 1680-1690—, se aparta de la historia". ¿Por qué?

Podrían aducirse las desdichas de la época, medio siglo de turbulencias en Inglaterra, la guerra de los Treinta Años en Alemania. La vida, que fue la de un fugitivo, de lord Clarendon (1608-1674), el único historiador inglés de la época cuyo nombre ha llegado hasta nosotros y su obra —una *Historia de la rebelión y de las guerras civiles de Inglaterra*—, muy comprometida y más autobiográfica que histórica, dan algún fundamento a esta explicación. En Alemania hay que aguardar al fin extremo del siglo para ver triunfar a Leibniz (1646-1716) en sus empresas historiográficas: publicación de documentos y creación en Berlín, de una Academia de la cual espera que fomentará los talleres colectivos de investigación y de edición de las fuentes. Pero estas desdichas no afectan a los países católicos en los que, sin embargo, parece manifestarse un desdén idéntico por la historia.

¿Quizá haya que incriminar la práctica humanista de la historia que se presta a la ironía? En el siglo del método —Francis Bacon publica en 1620 su *Novum organum* del cual hace la primera parte de una ambiciosa *Gran Restauración de las Ciencias*, y Descartes, en 1637, el *Discurso del Método*— los historiadores

oscilan entre tres actitudes —no nos atrevemos a decir tres métodos— que no tienen nada de científico:

— la credulidad: no sólo las fábulas de la antigüedad son siempre admitidas, sino que ciertos mitos medievales, resucitan, tal el de Franción, hijo de Héctor, padre de los francos...;
— la duda pirrónica, la que había manifestado un Montaigne, escéptico pero ávido de cultura, suspendiendo su juicio —"¿Qué es lo que sé?—, y que no cree en los prodigios referidos por Tácito, pero que lo felicita por haberlos referido, ya que la misión de los historiadores es "que nos dan la historia más de acuerdo con lo que reciben que de acuerdo con lo que ellos estiman";
— el hipercriticismo, el del jesuita Papenbroeck, por ejemplo, quien, a fuerza de podar y de corregir las *Vidas de santos,* acaba dudando de la autenticidad de todas las cartas merovingias (Prefacio del tomo 11 de los *Acta sanctorum,* ed. V. Palmé, 1866, abril 2, publicado en 1675).

Ahora bien, el *Grand siecle* pertenece a quienes saben y piensan el mundo: los doctos y los filósofos. Los dos se confunden a veces todavía, pero nadie podría decir de los historiadores cuáles son los unos o los otros. La fama corresponde a Descartes, Huyghens, Kepler, Pascal, Gassendi, Boyle, Spinoza, Malebranche, Newton..., que han matado la física de las cualidades, descubierto la unidad del cosmos infinito, soñado en la matematización, reducido toda ciencia a la geometría y a la mecánica. Para quienes apasio-

na el saber no se trata ya de redescubrir el viejo mundo a golpes de pico y de diccionario, sino, con el ojo pegado al telescopio o al microscopio, de descubrir el mundo tal cual es, regido por leyes eternas. *"Deus sive Natura"*, dice Spinoza. La actitud del sabio desechando el contingente de sus curiosidades se asemeja paradójicamente, a la de un teólogo de la Contrarreforma, la de Bossuet que condena las *Variaciones de las Iglesias protestantes* no por su contenido sino por lo que son: variaciones, y que les opone una verdad católica universal en el espacio y en el tiempo.

No sólo el espíritu del siglo se aparta del estudio del pasado, sino que le importa poco. Confesando su deseo de escribir un tratado de erudición Descartes precisa a su corresponsal "como es natural contra la erudición." Pascal juzga la historia "incapaz de progreso" porque "no depende ni del razonamiento ni de la experiencia, sino únicamente del principio de autoridad". En *Búsqueda de la verdad* (1674), en la que trata de constituir una teodicea cartesiana, Malebranche considera los conocimientos históricos como "vanos e infructuosos". Y La Fontaine diría con gracia:

Si j'apprenais l'hébreu, les sciences, l'histoire
Tout cela c'est la mer a boire.*

Considerada inútil, la historia no se enseña, como no sea *ad usum delphini*. Indudablemente, se trata con frecuencia de la historia sagrada y de las antigüedades griegas y romanas, pero como ilustra-

* Si yo aprendiese el hebreo, las ciencias, la historia, es cosa de mucho empeño. [T.]

ciones en los cursos de teología, de lenguas y de literaturas antiguas. Traduciendo a Salustio y a Tito Livio es como se aprende a conocer, de manera desordenada, la historia de Roma. Indiferente a trozos enteros del pasado —el de China como el de la cristiandad en la época medieval—, la cultura clásica, aunque impregnada de historia, es profundamente ahistórica.

Un rasgo, aparentemente menor, confirma este desdén frente al conocimiento del pasado. Antes de pasar a ser, a partir de 1730 aproximadamente, el templo de Clío, la Academia de inscripciones —creada en 1663 por Colbert con el nombre de Academia de Inscripciones y de Medallas—, tenía por misión redactar las inscripciones que grabar sobre los monumentos erigidos y las medallas grabadas en honor del monarca, así como de "buscar en la fábula" motivos de cartones para los tapiceros de las manufacturas reales.

Es por lo demás una singular conciencia de la época la de los grandes talentos de aquel tiempo —de algunos al menos—. Conciencia constituida por un conocimiento y un sentimiento: conocimiento cada vez más preciso del tiempo físico, mensurable, indefinido, irreversible, y sentimiento de la eterna identidad del Ser tan inmutable como lo eran las leyes de la naturaleza. Si existe una naturaleza humana, la misma hoy que en otro tiempo o mañana, la historia deja de tener sentido y Fontenelle puede escribir: "Cualquiera que gozara de gran talento, al considerar simplemente la naturaleza humana adivinaría toda la historia".

¿Adivinar? No es seguramente en absoluto la palabra que emplean, para aplicarla al pasado, quienes coleccionan sus rastros y crean los medios de su conocimiento objetivo.

De la erudición al método

En *Apología para la historia,* Marc Bloch no oculta su admiración por el siglo XVII, "ese siglo XVII del que no siempre se sitúa la verdadera grandeza donde se debería, y especialmente hacia su segunda mitad". ¿Su verdadera grandeza? Bloch la encuentra en la publicación del *De re diplomatica* de Mabillon, en 1681, "una gran fecha de la historia de la inteligencia humana". El fundador de los *Anales* no exagera. Es entonces cuando nace el método histórico, el que permite separar lo verdadero de lo falso, confundir a los crédulos y a los escépticos, dotar la historia de un estatuto científico. Es además necesario que los trabajos de la erudición procuren al historiador los materiales accesibles y suficientemente ricos. Progreso de la erudición y nacimiento del método hacen que los siglos historiográficos XVII y XVIII sean siglos felices. Progresos de la erudición:

—los instrumentos de investigación se perfeccionan: J.-A. Fabricius *(Bibliotecas latina,* 1697, y *griega,* 1705) y el P. Lelong *(Biblioteca histórica de Francia,* 1719) fundan la bibliografía retrospectiva. Los catálogos de bibliotecas se multiplican; el primer *Catálogo general de la Biblioteca de Francia* aparece en 1622;

—las ciencias auxiliares se crean: la heráldica (1660: *Verdadera ciencia de los escudos de armas* de Palliot; 1671: *Verdadero arte del blasón* del P. Menestrier), la diplomática, donde adquieren una seguridad mayor, como la cronología, a la cual el *Arte de verificar las fechas* de los benedictinos de Saint-Maur suministra en 1750 bases más sólidas;
—las publicaciones de fuentes se hacen más abundantes y más diversas: una vez que el doctor lionés Jacob Spon hubo ampliado la búsqueda de los documentos epigráficos *(Viaje de Italia, de Dalmacia, de Grecia y del Levante,* 1678), el archivero del ducado de Módena, L.-A. Muratori da, en seis *in-folio,* un magistral *Novus thesaurus veterum inscriptionum* (1739).

Las publicaciones de texto, enormes, se orientan en tres direcciones: fuentes historiográficas, historia de la Iglesia y papeles de Estado.

La colección de los *Byzantinae historie scriptores,* lanzada por el P. Labbé (S.J.) en 1648, habría de contar 47 volúmenes *in-folio* al finalizarse en 1711. Por todos los confines de la Europa erudita se constituyen recopilaciones de historiadores nacionales o regionales: Leibniz inicia el movimiento en Alemania con las de Brunswick (1707); Pez para Austria, Mencke para Sajonia, Von Oefele para Austria siguen el ejemplo. El infatigable Muratori da de 1723 a 1738 los 27 *in-folio* de sus *Rerum italicarum scriptores.* En Francia son los benedictinos de Saint-Maur, Dom Bouquet y Dom Brial quienes publican, en 13 volúmenes, un *Recueil des histo-*

riens des Gaules et de France que había de interrumpir la Revolución. R. Twysden, W. Fulman y Th. Gale hacen lo mismo con los cronistas ingleses.

Hechos de los mártires, Colección de cartas de los papas, Colección de los concilios, cuadros descriptivos y documentales de la Iglesia dentro de sus marcos nacionales (*Gallia christiana,* 1656, de los hermanos Sainte-Marthe, *Italia sacra* de Ughelli, recopilación de Spelman sobre los concilios de Inglaterra, *España sagrada* de Florez)... ¿Quién no se fatigaría con la simple enumeración de los títulos de todos estos *códices, colecciones* y otros *thesauri* reunidos por tantos infatigables eruditos? Al menos, no olvidemos las célebres *Acta sanctorum* que, a partir de 1643, prueban la capacidad del *aggiornamento* metodológico de los clérigos.

A Leibniz, el talento más universal y más innovador de su época, es a quien se debe la primera publicación de documentos de derecho público, es decir relativos a las relaciones entre Estados, el *Codex juris gentium diplomaticus* (1693). Sobre este modelo, el poeta inglés Rymer, convertido en historiógrafo real, da en 1704 el primero de los veinte tomos en que están reunidos "Todas las ligas, tratados [...] concertados por los reyes de Inglaterra". En cambio, es por los documentos oficiales de política interior por los que se interesa la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, editora de las *Ordonnances des rois de France* (14 volúmenes publicados entre 1723 y 1790).

Así, prodigiosa mutación de las condiciones del oficio de historiador, en menos de siglo y medio, los yacimientos de memoria de Europa han sido multi-

plicados por 20 o 30. Claro que había que explotarlos, lo cual no era siempre fácil: demasiado desorden en los "ramilletes", "espigueo" y otras "misceláneas" confeccionados al azar y al capricho del investigador —el florentino Lami titula uno de ellos *Deliciae eruditorum;* demasiados errores en colecciones reunidas con demasiada precipitación por polígrafos solitarios—, se piensa en Muratori. Sin embargo, existen los medios de paliar estos defectos. Sus nombres son organización y método.

Organización colectiva de los talleres, en las comunidades religiosas sobre todo, las de los jesuitas agrupados en la Casa Profesa de Amberes en torno de Jean Bolland (1596-1665) y las de los benedictinos de la congregación de Saint-Maur, en su abadía de Saint-Germain-des-Pres. Los bolandistas concentran sus esfuerzos sobre los *Acta Sanctorum,* los mauristas sobre la historia eclesiástica y las historias de las provincias de Francia: *Historia de Languedoc* de Dom Vaissette y Dom Devic, 1730-1745, *Historia de Borgoña, Historia de Bretaña.* Los benedictinos de Melk (Austria) aportan su contribución a este formidable redescubrimiento de la Edad Media. En cuanto a las academias, tan activas en el Siglo de las Luces en el dominio científico, su contribución historiográfica, salvo en París y en Munich, es mediocre.

Correspondía a hombres de Iglesia —de una Iglesia católica postridentina que no se esperaba fuera tan modernista en esta esfera— fundar las reglas de la crítica textual y dotar a los historiadores del arma absoluta del conocimiento científico.

Enfrentado con la difícil edición de los *Acta sanctorum,* el P. Daniel van Papenbroeck interrogó los diplomas intitulados en nombre de los soberanos merovingios y carolingios; al término de un largo análisis comparativo dedujo que los papiros merovingios no merecían crédito. Publicó sus conclusiones explosivas en una disertación, "Sobre el discernimiento de lo verdadero y lo falso en los viejos pergaminos", que puso como prefacio del tomo de los *Acta santorum* que apareció en 1675. Tales afirmaciones no quedaron sin eco entre los benedictinos que conservaban en Saint-Denis la mayor parte de los documentos incriminados. Uno de aquellos, Dom Jean Mabillon, respondió seis años después con el *De re diplomatica.* Empleando un método exhaustivo (examen de doscientos documentos), analítico (peritaje de la tinta, de la escritura, de la lengua, de las fórmulas, etcétera) y comparativo, demostró la autenticidad de los documentos rechazados por Papenbroeck. El bolandista se inclinó ante el maurista. Había nacido un método histórico: la crítica textual.

Aplicada a los textos sagrados, iba, apenas nacida, a provocar una crisis cuyos efectos se harían sentir durante dos siglos y aún más. Cuando el oratoriano Richard Simon publicó, en 1678, su *Historia crítica del Antiguo Testamento,* empleaba la palabra "crítica" en su sentido no despectivo. No lo entendieron así los maestros el pensamiento de la época. Sin embargo, cuando Simon demostraba que el Pentateuco no era obra de Moisés únicamente, que no todo en la Biblia era de inspiración

divina y que era "imposible" encontrar enteramente la religión de la Escritura", obraba como buen católico convencido, en oposición a los protestantes, de que las Sagradas Escrituras deben ser interpretadas por la Iglesia. Pero, asustados al ver la fe sometida a la crítica, sus superiores lo expulsaron del Oratorio. Desde entonces, la jerarquía romana se crispa en una actitud defensiva que inhibe toda investigación, no solamente en exégesis bíblica sino hasta en historia eclesiástica.

Un poco más tarde, Louis de Beaufort emprende un asalto análogo al de R. Simon contra otras fuentes "consagradas", pero profanas éstas: los historiadores romanos de la antigüedad. En su *Disertación sobre la incertidumbre de los cinco primeros siglos de la historia romana,* afirma —de manera exageradamente crítica— que los primeros libros de Tito Livio son unas fábulas. Abría el camino a la reescritura de los orígenes de Roma por los historiadores alemanes de comienzo del siglo XIX.

LA HISTORIA A RIESGO DE LA FILOSOFÍA

Historiador, famoso, de la *Decadencia y caída del Imperio romano* (1776), E. Gibbon emite el deseo de que, "puesto que los filósofos no siempre eran historiadores, al menos los historiadores fuesen filósofos". Quizá respondía con un asomo de malicia al juicio arrogante de d'Alembert, un filósofo, para quien "la ciencia de la historia, cuando no está iluminada por la filosofía, es el último de los conocimientos humanos".

De hecho, las relaciones que mantienen la historia y la filosofía son el signo del Siglo de las Luces. Relaciones tan íntimas que a veces las dos palabras llegan a ser sinónimas; considerando el mismo tema, los "progresos del espíritu humano", Turgot en 1750 y Condorcet en 1794 titulan sus estudios, el primero: *Cuadro filosófico de los progresos...*, el segundo: *Esbozo de un cuadro histórico de los progresos*. Menos íntimas, las relaciones son entonces complejas y ambiguas.

Numerosos filósofos se hicieron historiadores, como el escocés David Hume, quien, después de haber tratado de ser "el Newton de la psicología" escribió una *Historia de Inglaterra* que le granjeó una fama europea. Inversamente, hubo historiadores que se hicieron filósofos; tal fue el caso de Montesquieu que, después de sus *Consideraciones sobre las causas de la grandeza y de la decadencia de los romanos* (1734), publicó el *Espíritu de las Leyes* (1748). Voltaire fue alternativamente filósofo e historiador —un historiador "en la onda"—, con una *Historia de Carlos XII*, compuesta como una novela de capa y espada, un historiador precursor, de nuevas curiosidades, en el *Siglo de Luis XIV* (1751) y el *Ensayo sobre las costumbres* (1756). Filósofo de la Historia —él fue quien forjó en 1765 el neologismo "filosofía de la Historia"—, Voltaire es también un filósofo sobre la historia. Sin duda, conviene precisar lo que significan este paso de la mayúscula a la minúscula y este cambio de preposición, y trazar las fronteras entre los modos diversos en que historia y filosofía se han encontrado y a veces confundido.

—La historia filosófica es la que practican, por ejemplo, Montesquieu y Gibbon. Enfrentados con un vasto asunto, tratan de explicarlo y de jerarquizar sus causas, extrayendo de las causas particulares la causa general. Para Montesquieu, "el aspecto principal que motiva todos los accidentes", es la inmensidad misma del Imperio que lo vuelve ingobernable; para Gibbon, es el cristianismo, que lo corroe y lo desnaturaliza. "Yo he descrito el triunfo de la barbarie y de la religión", proclama, provocativo, este agnóstico.

—La filosofía sobre la historia, es una reflexión sobre el objeto de la historiografía (tales las *Nuevas consideraciones* de Voltaire y la *Idea de una historia universal desde el punto de vista cosmopolita* de Kant), sobre su utilidad y sobre la manera de escribirla. El siglo XVIII está lleno de estos tratados desde el amanecer —Langlet-Dufresnoy, *Método para estudiar la historia* (1713)—hasta el crepúsculo— Volney, *Lecciones de historia* (1795).

—La historia de la filosofía deviene, desde la *Historia critica philosophiae* de Jacob Brücker, publicada en 1742, un género a la vez mixto y autónomo. Refleja el triunfo del historicismo, mirada de la mente que sitúa sistemáticamente su objeto en el pasado y no llega a su inteligencia sino por medio del estudio de su evolución.

—La filosofía de la Historia se interroga de manera global sobre la marcha de las sociedades humanas. ¿Dan vueltas en redondo como unas civilizaciones sucesivas que nacen, se desarrollan y mueren tras de haber recorrido las mismas estapas (Vico, *Ciencia*

nueva, 1725)? ¿Siguen una vía rectilínea y ascendente como lo afirma Condorcet en su *Esbozo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano* (1794)? ¿Habrá que pensar con Hume que la Historia es el lugar en que la inmutable naturaleza de los hombres cruza el polvo de los hechos contingentes de tal manera que no es para quien le pide lecciones otra cosa que una recopilación de analogías? ¿O con Christian Wolff, el vulgarizador de Leibniz, que hay correspondencia entre teología e Historia, pero no interferencia? ¿O con Rousseau, que la Historia es un discurso sobre la degradación de un hombre desnaturalizado?

Se pasa así, insensiblemente, de una historia evocada —de un pasado conocido al que el filósofo se refiere con frecuencia de manera precisa a una Historia invocada— a un pasado vago, especie de "en-sí" desértico donde la acrobacia conceptual reemplaza las razones por la razón.

Más precisa es, aguas arriba, la frontera que separa la historia prefilosófica de la historiografía de las Luces; se sitúa en la década de 1680. En 1681 aparecieron simultáneamente la última gran crónica de la cristiandad, el *Discurso sobre la historia universal* de Bossuet, último y soberbio avatar de la *Crónica* de Eusebio, donde estaba probado que por encima de las consecuencias de sus gestos libres, los hombres servían el plan de Dios, y la *De re diplomatica* de Mabillon que fundaba el método en la historia. En 1667, Fontenelle publicaba su *Historia de los oráculos* como el primer capítulo de una historia de la razón; profeta de la inteligibi-

lidad de la Historia, anunciaba a Voltaire, Turgot, D'Alembert, Adam Ferguson, Henry Home, Lessing, Kant y Hegel. Hegel y su progenitura inmensa.

Teología, ciencia, filosofía: en el viraje de los años 1680, Clío repudia la primera; pero, renunciando a la laboriosa y dura autonomía que promete la segunda, sucumbe, por un tiempo, a los hechizos de la tercera.

No todo es, sin embargo, perverso en las tentaciones de las Luces. Al contacto de los filósofos, los historiadores aguzan su espíritu crítico; contra sus predecesores sobre todo "en todas las naciones la historia está desfigurada por la fábula hasta que al fin viene la filosofía a iluminar a los hombres", observa Voltaire, que pide no seguir admitiendo la historia sino revisada y corregida por los principios del sentido común razonable; porque, naturalmente, la crítica entre los filósofos no es cuestión de métodos sino de razón. Es verdadero lo que es verosímil.

Más positivos son el ahondamiento y la ampliación del campo histórico que Voltaire reclamaba con más talento que ninguno otro.

> Después de haber leído 3 mi o 4 mil descripciones de batallas y el contenido de algunos centenares de tratados, me ha parecido que apenas si quedaba instruido en el fondo. No me enteraba sino de los hechos... ¿Ha sido España más rica antes de la conquista del Nuevo Mundo que hoy? ¿En cuánto más estaba poblada en tiempos de Carlos V que bajo Felipe IV? [...] He aquí uno de los objetos de la curiosidad de cualquiera que desde leer la historia como ciudadano y

como filósofo. Estará muy lejos de limitarse a este conocimiento; buscará por qué una nación ha sido poderosa o débil en el mar; cómo y hasta qué punto se ha enriquecido [...] Los cambios en las costumbres y en las leyes constituirán en fin para él su interés principal. Se sabría así la historia de los hombres en lugar de saber una escasa parte de la historia de los reyes y de las cortes (*Nuevas consideraciones sobre la historia*, 1744).

Singular modernidad de un proyecto que sólo será desigualmente cumplido por su autor en el *Siglo de Luis XIV*, "el primer libro de historia moderna" (Fueter), y en el *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*. Historia cultural e historia universal son conquistas del siglo XVIII. Como siempre, el discurso sobre el tiempo sigue la relación del hombre con el espacio: a la desaparición de compartimientos del mundo sucede la desaparición de los compartimientos de la historia. El exotismo histórico es inseparable del exotismo geográfico. China y las Américas están de moda; Voltaire se burla de "esos pobres diablos que entran en París a sueldo de un librero y entregan por encargo una historia del Japón, del Canadá, de las islas Canarias".

Por lo demás, las primeras historias universales nacen en los cuatro confines de la Europa de las Luces simultáneamente: de 1736 a 1775, los ingleses Guthrie y Gray componen su vasta *Universal History* en 38 volúmenes, a partir de 1774, los historiadores de la Universidad de Gotinga, Heyne, Scholezer y Gatterer, una

Allgemeine Weltgeschichte, en 1741, Voltaire comienza la redacción del *Essai.*

A la ampliación de las curiosidades corresponde una mayor exigencia de inteligencia. A la historia narrativa se opone una historia explicativa, la historia filosófica de un Montesquieu o de un Gibbon escrutando los mecanismos de un determinismo que satisface su racionalismo e inquieta su amor a la libertad.

Porque la filosofía pervierte la historiografía que cree dilatar. El espíritu crítico es, ¡ay!, "de" crítica y el universalismo un abuso de confianza. Si la historia universal es la del progreso del espíritu humano, quiere decir que es la de los propios filósofos —elitismo, genealogismo, vanidad: he aquí que vuelven los demonios que decían exorcizados.

Si la verosimilitud es el método que separa lo verdadero de lo falso, entonces es la verosimilitud del siglo XVIII la que se erige en absoluto, y la comprensión del pasado se torna incomprensión. Si la Idea funda la Historia, entonces la historia no funda las ideas.

Conocida es la frase de Rousseau, filósofo de la Historia, preguntándose por el origen de la desigualdad y comenzando por estas palabras, soberbias pero inquietantes: "Dejemos de lado todos los hechos." Menos conocidas son las de Krause, filósofo alemán contemporáneo de Hegel: "Yo sé cómo debería ser el mundo; no vale, pues, la pena aprender a conocerlo tal como realmente es." Para Clío el riesgo de filosofar es el de morir.

LA HISTORIA GOZADA

Arrastrada hacia abajo o, más bien, mejor asegurada sobre sus bases, gracias a los eruditos, elevada al cielo de la inteligibilidad por los filósofos, Clío no ha abandonado por eso este intermedio en el que se complace en distraer al hombre de bien y en instruir a los príncipes.

Los siglos XVII y XVIII sienten la afición a la historia. Las obras históricas representan aproximadamente la sexta parte de la producción de la edición francesa: 16% en 1643-1644, 15% en vísperas de la Revolución. En Alemania su número se eleva a 20% en los años 1769-1771. Para P. Chaunu, "la necesidad de lectura de historia es una exigencia que ha explotado entre fines del siglo XVI y comienzos del XVII como un hecho de cultura totalmente autónomo de la institución escolar, un hecho de cultura poderoso como una ola de fondo, espontánea" *(Le sursis)* [El plazo]. Una afición intensa a la historia, por lo tanto; pero, ¿a qué historia?

Cuatro esferas atraen la curiosidad: la historia inmediata —memorias y diarios, que hoy colocamos bajo la rúbrica de las fuentes, dan a las literaturas nacionales algunas de sus obras maestras (pero el cardenal de Retz y el duque de Saint-Simon practican con ello un género cultivado ardientemente desde el siglo XIV); la historia de los Estados por medio de la de sus príncipes; la historia de Roma, no obstante el rápido descenso de la redacción en lengua latina de las obras históricas (el porcentaje de éstas, escritas en latín pasa, en Fran-

cia, de 25% hacia 1600 a menos de 10% en 1680); la historia exótica, la de los pueblos lejanos del Extremo Oriente y de América como la de los orígenes de los Estados europeos.

El público reclama de esta historia que sea entretenida, novelesca, por lo tanto, y, ¿por qué no?, novelada. Es la historia "a la Pompadour" (Camille Jullian) donde, como en la *Historia de Francia* del abate Velly, "los reyes francos son transformados en soberbios señores, viviendo de amor y de batallas, contemporáneos del mariscal de Sajonia". Ni erudita, ni filosófica, una historia así es literaria. Combina la inspiración caballeresca de la Edad Media en sus postrimerías y del Renacimiento —proezas del héroe, choque de las pasiones— con las recetas de la retórica romana: dramatización del relato, arengas, reflexiones morales...

Porque la historia tiene otras funciones que la de entretener. Instruye sobre el hombre, y en ciertos casos instruye al hombre. La práctica vulgarizadora del anacronismo dimana de esta misión moralizadora de que está investida Clío: "Estudiar al hombre", escribe Langley Dufresnoy en su *Método para estudiar la historia* (1713) en el que únicamente el título evoca las exigencias científicas de un Bodin, "es estudiar los motivos, las opiniones, las pasiones de los hombres, para descubrir todos los motivos, las vueltas y los rodeos... En una palabra, es aprender a conocerse a sí mismo". La complejidad, las contradicciones se hallan en el hombre eterno, en su naturaleza invariable, y no en el tiempo portador de sociedades humanas cuyo plural remite al singular esencial: el hombre.

Si, como dice Bossuet, la historia es "la prudente consejera de los príncipes", es por razones diferentes que atañen no ya a la piscología sino a la ciencia política. Bossuet compone el *Discurso sobre la historia universal* para uso del delfín, su discípulo, un siglo más tarde, Mably dedicará el ensayo que ha titulado *Del estudio de la historia* al príncipe de Parma. El obispo teólogo y el abate filósofo aparecen a la vez como los últimos supervivientes de una larga tradición y los profetas de otra historia. El primero pide a San Agustín y a Orosio, el segundo a Cicerón, las claves del descifrado. Pero, al mismo tiempo, ambos afirman la necesidad de estudiar la historia por sí misma y de reservar su enseñanza a los mejores.

Anuncia así la revolución historiográfica de la que Inglaterra, tímidamente, y Alemania, intensa mente, son los teatros en el siglo XVIII, cuando el nacimiento de una historiografía universitaria introduce, al lado de una erudición metódica, de una filosofía sistemática y de una vulgarización retórica, una historia docta, la de los profesores.

IX. EL SIGLO DE LA HISTORIA

EN EL prefacio que escribió en 1834 a *Diez años de estudios históricos,* Augustin Thierry hablaba de grandes esperanzas:

> Desde el año 1823, un soplo de revolución comienza a dejarse sentir y a reavivar simultáneamente todas las ramas de la literatura... Yo tuve la dicha de ver lo que más deseaba, ocupar los trabajos históricos un alto lugar en el favor popular y a los escritores de primer orden consagrarse preferentemente a ellos... Tal concurso de esfuerzos y de talentos dio lugar a la opinión ya muy difundida de que la historia sería el sello del siglo, como la filosofía había impreso el suyo en el XVIII.

Del deseo, la posteridad hizo una afirmación, en presente —"Nuestro siglo es el siglo de la historia", escribe Gabriel Monod en 1876 en el primer número de la *Revue Histórique—,* después en pretérito.

¿De la historia o de las historias? Sin duda, para abordar un siglo tan fecundo como tumultuoso, en el que nacieron y zozobraron tantas esperanzas, es preciso, mejor que a Thierry, referirse a Guizot, menos locuaz quizá, pero más pertinente: "Hay, decía en una carta a Barante, cien maneras de escribir la historia."

ROMANTICISMO E HISTORIA

La época del romanticismo, en Europa, es la de las restauraciones y de las revoluciones, entre dos fronteras muy precisas: 1815, cuando en Viena triunfan las primeras, y 1848, cuando surgen, en la primavera de los pueblos, las segundas. Es también la época de la poesía —hasta los prosistas son poetas, como Michelet—, del fervor, del exotismo. Es, pues, la época de una historiografía, y en primer lugar de un entusiasmo por el pasado. Moda inmensa de los relatos populares y de las leyendas: en 1812, mientras Ingres pinta en Ossian, los hermanos Grimm publican las *Antiguas poesías alemanas;* se redescubren las *sagas* escandinavas, el *romancero* español, los *Nibelungos,* las poesías de los trovadores, las canciones de gesta. Esta moda, totalmente literaria, ejerce su influencia sobre la historia erudita. Cuando Niebuhr (1776-1831) echa las bases de una historia a la vez erudita y creada, en su *Historia romana* (1811-1832), hace de los relatos de Tito Livio —a quien critica— el receptáculo de cantos populares indígenas y nacionales... Éxito enorme de las novelas y de los dramas históricos, de los *Mártires* de Chateaubriand (1810), de las novelas de Walter Scott —*Ivanhoe,* 1820; *Quentin Durward,* 1823—, de las obras de Hugo. "Todo adopta hoy la forma de la historia: polémica, teatro, novela, poesía", observa en 1831 Chateaubriand.

Moda de las imitaciones arquitectónicas, del gótico recobrado sobre todo. Aquí, una ventana ojival, allá un reloj estilo trovador, más lejos un

chaleco "de piqué, de fondo blanco, adornado con dibujos góticos de capillitas y de matacanes".

Las pasiones políticas se alimentan con los recuerdos contradictorios surgidos de un pasado prefabricado. Vencedores, los tradicionalistas no piensan más que en restaurar. No sólo el trono y los privilegios, sino los monumentos y las "grandes horas" de la monarquía. A los gobiernos de la restauración y a Luis XVIII debe Francia la inscripción en el presupuesto del Estado de un crédito anual para la conservación de los monumentos antiguos (1819) y la Ecole des Chartes* fundada en 1821. En cuanto a la *intelligentsia* revolucionaria, si es nacional, se fija como fin devolver la memoria a las minorías sometidas cuyo sueño, despertado un momento por los principios del 89, se rompió en Viena. Así, el checo Palacky (1798-1876) escribe una dilatada *Historia de la Bohemia*, y el poeta polaco Adam Mickiewicz (1799-1855) una *Historia popular de Polonia*. Si es liberal, recoge del pasado advertencias y modelos. Thiers y Mignet, que publican uno y otro una *Historia de la Revolución francesa* con un año de intervalo (1823 y 1824), ponen en guardia a los ultra-realistas demostrándoles que las revoluciones nacen y se exageran por culpa de quienes se oponen a las libertades esenciales; Guizot, dos años antes de que las Tres Gloriosas lo convirtieran en hombre de Estado, decía a sus oyentes: "Los burgueses de aquellas época (se trata del siglo XIV,) señores, llevaban siempre la cota de

* Escuela de archiveros paleógrafos. [T].

malla sobre el pecho y la pica en la mano" (*Historia de la civilización en Europa*).

Sin duda conviene no confundir la historiografía en la época romántica, muy diversa, y la historiografía romántica que ofrece cierta unidad de rasgos:

—Una curiosidad mayor por la Edad Media: los románticos recogen el viejo grito que lanzaba Lessing en la cuna del *Sturm und Drang*, ese prerromanticismo alemán de las postrimerías del siglo XVIII: "Noche de la Edad Media, ¡de acuerdo! ¡Pero noche resplandeciente de estrellas!" La vida caballeresca, las Cruzadas, la Inglaterra de los sajones y de los normandos, los Hohenstaufen, las comunas italianas, los árabes, lo cátaros, la Suiza de Guillermo Tell son objeto de una simpatía universal. Pero los románticos recobraron la Edad Media de la misma manera que los primeros humanistas habían vuelto a encontrar la Antigüedad: es cierto que volvieron a encontrarla, pero como definitivamente perdida.

—El sentido del exotismo, la búsqueda de los contrastes y de los efectos de arcaísmo y de alejamiento —por ejemplo, la germanización de los nombres merovingios en los *Relatos* de Augustin Thierry: Sigeberto, Hiperiko, Chlodowig...— caracterizan la visión romántica del pasado.

—Un método también, y en ocasiones más poético que erudito, se desprende, y deja su lugar a la intuición, a la imaginación, cuando no al trance alucinador: el que acomete a Michelet en las secciones reservadas de los archivos nacionales las cuales tienen el encargo de vigilar, pero a las que despierta:

> En el silencio aparente de estas galerías, un movimiento, un murmullo que no era de muerte. Estos papeles no son papeles, sino vidas de hombres, de provincias, de pueblos... Todos vivían y hablaban, me rodeaban cual un ejército de cien lenguas... Esta danza galvánica a que se entregaban en torno mío, he tratado de reproducirla en este libro.

Caso límite, indudablemente, del genio que sobrepasa su época por la exageración. El estilo de Michelet, sin embargo, nos revela lo que fueron algunos de los procedimientos de la retórica historiadora de los románticos: el empleo de la metáfora que trasmuta por el efecto mágico del verbo la analogía en demostración, la sustitución por la imagen de la idea, el antropomorfismo portador de una filosofía de la Historia evolucionista...

Sería, sin embargo, mutilar gravemente la historiografía de un periodo abundante limitarla a los escritores únicamente y a los estilos celebrados por la crítica únicamente también. En la primera mitad del siglo XIX se diversifican las prácticas, los géneros y los públicos de la historia. Hacia mediados del siglo coexisten en Francia las historiografías del Instituto —la de la Academia francesa, clásica y filosófica, la de la Academia de Inscripciones, erudita y documental—, la historiografía de las sociedades doctas, que oscila entre la monografía y el discurso, las historiografías universitarias —la cartista docta ya, la de la Sorbona todavía retórica—, la historiografía de los literatos, pintoresca y anecdótica, a las que se añaden, destinadas a hacer la fortuna de las editoriales, la historiografía didáctica y la

vulgarización histórica (la palabra vulgarización aparece por primera vez en 1852 bajo la pluma de Théophile Gautier.) No habremos de estudiar aquí sino algunas de las características generales de esta actividad multiforme, las que atañen al estatuto científico de la historia: a las tentaciones originales, a las ilusiones finales, pero también, indiferente o casi a éstas o aquéllas, a la erudición infatigable.

LA TENTACIÓN DEL FILOSOFISMO Y DEL CIENTIFICISMO

Poeta, profesor y archivista, Michelet es también filósofo; traduce la *Scienza Nuova* de Vico en 1827 y, cuatro años después, publica una *Introducción a la historia universal* que indica el sentido de la Historia. El mismo año distribuye Chateaubriand a los historiadores de su época en tres escuelas: la narrativa, la fatalista y la filosófica. Tentados por la filosofía, lo han estado los historiadores del siglo XIX, por lo menos hasta el horizonte del 70; ¡pero de maneras tan diversas! Tan diversas como los sentidos de la palabra "filosofía" aplicada a la historia.

Filosofía es con frecuencia, en la época romántica, sinónimo de ciencia. "¿Cuál es el espíritu que prevalece hoy en el orden intelectual cualquiera que sea su objeto? Un espíritu de rigor... el espíritu científico, el método filósofico." Esta observación, con la cual comienza Guizot la primera lección de su *Historia de la civilización en Francia* (1830), dice con bastante claridad que el autor llama historia filosó-

fica a una historia compuesta a la manera de los historiadores del siglo XVIII, de un Montesquieu o de un Gibbon; una historia que descubre la explicación de un vasto problema. Así hacen Niebuhr y el primer Fustel de Coulanges, el de la *Ciudad antigua* (1864). Niebuhr encuentra en las virtudes de una sociedad campesina —la frugalidad, el sentido del esfuerzo y el patriotismo— las razones de la grandeza de Roma, y en su transformación económica y moral las de su decadencia. F. de Coulanges considera la religión como la clave de la evolución de las ciudades antiguas:

> Hemos hecho la historia de una creencia. Se establece, y la sociedad humana se constituye. Se modifica, y la sociedad atraviesa una serie de revoluciones. Desaparece, y la sociedad cambia de aspecto. Tal ha sido la ley de los tiempos antiguos.

Así termina la *Ciudad antigua*.

Cuando Augustin Thierry busca e, indudablemente encuentra en la lucha de razas, en el desquite de los descendientes de los pueblos conquistados, sajones y galos, sobre los descendientes de los pueblos conquistados, normandos y francos, la explicación de la historia de Inglaterra y de la de Francia, o cuando Carlyle (1795-1881) canta los raros genios que hacen la Historia, el uno y el otro no son más filósofos que Niebuhr y F. de Coulanges; ni menos tampoco.

Mas ambiciosos y más reductores, más cientificistas, por lo tanto, son quienes descubren la causa permanente y, en profundidad, única de la Historia.

Se impone la mayúscula puesto que esta "historia" no se limita al pasado conocido únicamente, sino al pasado en su totalidad. Marx y la lucha de clases, definidos en sus relaciones con la producción; Gobineau y las razas, la superior vector del progreso, las inferiores portadoras genéticas de la decadencia (*Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas,* 1853); Taine y la triple determinación del hombre por la raza, el momento y el medio (*Historia de la literatura inglesa,* 1864); Karl Ritter (*La geografía en sus relaciones con la naturaleza y la historia,* 1817), H.-T. Buckle (*Historia de la civilización de Inglaterra,* 1857) y J.-P. de Oliveira Martins (*Historia de la civilización ibérica*), campeones del determinismo geográfico y profetas de un Ratzel declarando, en el crepúsculo del siglo: "El medio hace al hombre". Éstos dicen LA causa.

Así ocurre, y, en ocasiones —pero raras— son los mismos los que dicen EL sentido, LA ruta, EL fin. Todos afirman el fin dichoso de la Historia: reinado del espíritu (Hegel), triunfo de la Libertad (Michelet), fin de la alienación (Marx), Apoteosis de la Evolución (Quinet)... Algunos enumeran las etapas: Comte y sus tres edades (la teológica, la metafísica y la positiva), Marx y sus cinco fases... ¿Dónde pasa aquí la frontera entre ciencia y filosofía, saber y fe? La traducción de Vico por Michelet es reveladora de la confusión del lenguaje: los *Principi de scienza nuova* se convierten en *Principes de la philosophie de l'histoire.*

Vemos lo que ganan los historiadores con ese engendramiento de la Historia por la historia y la

filosofía: la prodigiosa extensión de su imperio. Todo se pone a existir en y por el movimiento cuyo pasado es la dimensión privilegiada por ser la única cognoscible. Toda reflexión debe, por lo tanto, alimentarse del pasado: nada de filosofía, sino una historia de la filosofía y una filosofía de la historia (Hegel), nada de ciencia del derecho, sino una historia del derecho (Savigny), nada de estética, sino una historia de la estética (Schlegel)...

¿Pero se puede hacer pan cuando no se cuenta con harina? Los historiadores se inquietan. Todo esto es aventurado, prematuro. Fustel de Coulanges, a quien la derrota y una dura polémica con Mommsen han hecho volver a lo establecido, zanja: "Hay una historia de la filosofía, pero no hay filosofía de la historia."

En la *Revue Historique* que lanza en 1876, Gabriel Monod modera los ardores y multiplica los consejos de paciencia y humildad:

> Sólo cuando nuestro derecho consuetudinario y nuestras compilaciones jurídicas hayan sido publicadas se podrá escribir una historia del derecho francés.
>
> "Pasará todavía mucho tiempo antes de que se puedan emprender trabajos de conjunto sobre el siglo XVI...
>
> "El autor se ha dado demasiada prisa en publicar una historia de la emigración cuando tantos documentos de archivo, siguen inexplorados..."

En el siglo XIX, Clío cosecha y ensila.

Los progresos de la erudición

A lo largo de todo el siglo se prosigue y se amplía la investigación documental que habían interrumpido las guerras de la Revolución y del Imperio. En 1815, Boeckh propone a la Academia de Berlín la publicación de una colección de todas las inscripciones de la Antigüedad clásica. En 1816, Alexander de Laborde comienza la publicación en fascículos de los *Monumentos de Francia clasificados cronológicamente.* Dos rasgos, sin embargo, modifican las condiciones de la investigación erudita: el predominio adquirido por Alemania, de una parte, y el papel dominante desempeñado por el Estado, de otra.

Recién terminada la guerra franco-alemana con la derrota de Francia, un publicista francés, Joseph Reinach, observaba, amargo:

> La influencia de Alemania es general, se ejerce en todas las ciencias del razonamiento y las ciencias de la observación, historia y filosofía, gramática y lingüística, paleografía y crítica de textos, lexicografía y arqueología, jurisprudencia y exégesis... Sin duda contábamos ya con una Academia de Inscripciones y Bellas Letras, con diccionarios, repertorios, mapas; pero los nuevos métodos, precisos y rigurosos, el arte de las pacientes y seguras reconstituciones, los lentos análisis que hacen que brote la verdad histórica de una estela funeraria o de un trozo de ánfora, vienen de Alemania.

Valida de la organización de sus universidades, las primeras que en Europa enseñaron la historia; de sus academias que en su mayoría tomaban en serio la

advertencia de Federico II a "sus académicos": "Die Akademie ist nicht zur Parade da" (La Academia no está aquí para la ostentación); de una ausencia de centralización cultural y de la existencia de numerosas metrópolis intelectuales: Gotinga, Heidelberg, Bonn, Jena, Berlín, Leipzig, Munich...; del adelanto que ha adquirido en la exégesis bíblica —cuya audacia acostumbra a la mente al manejo iconoclasta de la crítica— y en gramática comparada —realmente fundada por Bopp en 1816 y convertida rápidamente en una rama esencial de la filología—; valida de la voluntad (¿de saber?, ¿de poder?) de sus príncipes, la "sabia Alemania" (Renan) recoge, reúne, publica o expone, perfecciona las ciencias auxiliares y las enseña a quienes, en sus seminarios, practican la peregrinación a las fuentes.

Si Alemania suele ser la iniciadora y siempre el modelo, la Europa erudita entera está acometida de fiebre documental. Mientras la Academia de Berlín confía a Boeckh la publicación de todas las inscripciones de la Grecia antigua —misión terminada en 1859— y a Mommsen la enorme del *Corpus inscriptionum Latinarum* cuyo tomo I aparece en 1862, la Academia de Ciencias de Viena lanza el *Corpus* de los escritores eclesiásticos (40 volúmenes en 1900) y la Academia de la Historia de Madrid un *Memorial histórico español* (43 volúmenes a fines del siglo XIX) que rivaliza con la *Colección de documentos inéditos* (112 volúmenes de 1842 a 1895), debida a la generosidad del marqués de Fuensanta del Valle. En Inglaterra, la serie de los *Calendars of State Papers* —un *Calendar* es un inventario donde

los documentos analizados y a veces copiosamente citados por resúmenes, son presentados en el orden cronológico—, inaugurada en 1856 excede los 150 volúmenes medio siglo después. En Francia, se crea en 1834 el Comité de Trabajos Históricos, que se convierte en el maestro de obras del más amplio taller historiográfico que jamás se haya abierto: se trata de publicar todos los *Documentos inéditos de la historia de Francia* susceptibles de interesar a los historiadores; al alborear el siglo xx la colección tenía 240 in cuarto y hoy su número excede de 400. Dos hechos, en apariencia nimios, revelarán la loca ambición y el ardor de la empresa. Encargado por el Comité de hacer el inventario analítico de todos los manuscritos de la Biblioteca Real, un conservador apunta:

> Aproximadamente 20 mil volúmenes de 50 documentos por volumen o sea un millón de documentos. Un millón de boletines, a 25 boletines por día y por empleado: 250 mil días. Si 12 personas: 20 900 días que divididos por 300, número de días de trabajo, dan 70 años.

Bajo el impulso del Comité, las sociedades doctas de provincia comenzaron a colaborar. En 1850, una sola había publicado documentos relativos a la historia local; en 1860 eran siete; en 1870, cuarenta y tres.

Dentro de este inmenso esfuerzo, el papel del Estado no cesa de aumentar. Clío goza del encanto del Estado providencia antes de sucumbir —¿consentidora?— a la autoridad del Estado patrón. Indudablemente, existen aún aventureros del

intelecto solitarios: un J.-F. Champollion, que, expulsado de la Universidad por la reacción ultrarealista, descifra, en 1822, los jeroglíficos; un Schliemann, mecenas egoísta y terco, que, contra todos, encuentra el emplazamiento de Troya... ¿Pero no se debe su celebridad, en parte, a que sus condiciones de trabajo fueran excepcionales?

—El Estado ayuda a los investigadores con subvenciones anuales: 2 mil thalers concedidos por el rey de Prusia para la publicación del *C. I. Latinarum;* 120 mil francos votados por los diputados para la impresión de los *Documentos inéditos sobre la historia de Francia.*

—El Estado mantiene historiadores funcionarios. No ya literatos pensionados a caprichos del Príncipe para entonar sus alabanzas, sino profesionales de la historiografía, seguros de la estabilidad del empleo: profesores de Universidad (a comienzo del siglo XIX se contaban en Alemania una docena de cátedras de historia; en Francia, ninguna. A fines del siglo su número se eleva, respectivamente, a 175 y 71), archivistas conservadores de bibliotecas y museos. Ellos son los que forman los batallones de *élite* del ejército de los eruditos.

—El Estado dirige también la investigación y, por intermedio de institutos, se hace él mismo historiador. Podría afirmarse que Guizot hombre de Estado desempeñó un papel más importante en la historiografía que Guizot historiador. Ministro de Instrucción Pública —porque en este siglo de la historia, numerosos historiadores fueron ministros—, crea el Comité de Trabajos Históricos respecto del cual escribe.

> Al gobierno únicamente corresponde, en mi opinión, poder llevar a cabo este gran trabajo. Sólo el gobierno posee los recursos de todo género que exige esta vasta empresa.

Crea también la comisión de monumentos históricos y el cuerpo de inspectores de monumentos históricos. Ministro de Negocios Extranjeros, funda en 1846 la Escuela francesa de Atenas. El historiador de la civilización daba aquí la mano al diplomático enfrentado con la difícil cuestión de Oriente.

En cuanto a la creación, en 1873, de la Escuela francesa de Roma, es ejemplo del aumento de las tensiones internacionales y de las intervenciones gubernamentales en el campo historiográfico. Viene en respuesta a la nacionalización —por un decreto firmado en Versalles el 2 de marzo de 1871 por el emperador de la nueva Alemania, Guillermo I— de un instituto internacional, cada vez más germanizado, es cierto, que habían fundado en 1829 con el nombre de "Instituto de correspondencia arqueológica de Roma", el filólogo danés Kellermann, el "anticuario" italiano Borghesi y, junto con otros sabios de nacionalidades diversas, el príncipe heredero de Prusia.

Así se manifiesta, a través de un episodio que no es en modo alguno aislado, cómo toma la historia a su cargo el Estado. Protector del patrimonio, poseedor de los depósitos de documentos, cada vez más dispensador de la enseñanza —fija sus programas, retribuye un número creciente de maestros—, mecenas, protector, fuera de las fronteras, de sus nacionales, para los cuales conquista algunos privilegios de extra-

territorialidad científica en algunas concesiones arrancadas sobre las rutas imperiales, el Estado es omnipresente, omnipotente. ¿Cómo el discurso de los historiadores podía no ser, desde entonces un discurso sobre el Estado?

La historia erudita

En este contexto más propicio a las pasiones que a la objetividad nació la historia erudita, precisamente en el país donde el problema de la nación y la cuestión del Estado se planteaba con más fuerza, Alemania.

Leopold von Ranke (1795-1886) se considera con alguna razón como su fundador. Profesor de la Universidad de Berlín, es el primero de esos grandes historiadores universitarios alemanes —Droysen, Curtius. Mommsen, Von Sybel, Von Treitschke, Lamprecht...— que habrían de ser considerados como maestros y modelos. De una producción abundante y variada —*Los papas romanos* [...] *en los siglos XVI y XVII*(1834), *Historia de Alemania en la época de la Reforma* (1839), historias de Prusia, de Francia, de Inglaterra...—, hay que considerar el método que asocia erudición y escritura, que narra y explica, que no juzga ni filosofa, que saca su sustancia de las fuentes primarias rebuscadas en archivos y bibliotecas. Ranke escribe obras sólidas, es decir precisas, detalladas, voluminosas, pero igualmente bien asentadas tipográficamente sobre referencias infrapaginales que remiten a los documentos. No decir nada que no sea comprobable, he

aquí lo que funda la historia como una ciencia positiva.

El objeto del historiador no es ni deducir leyes ni enunciar la causa general; es más simplemente —y esto es más difícil— mostrar "cómo se ha producido esto exactamente" *("wie es eigentlich gewesen")*. Por los años en que Comte creaba el positivismo, Hegel el historicismo idealista absoluto, y Marx el materialismo histórico, Ranke afirmaba la única virtud del hecho, la única inteligibilidad de la relación causal en el tiempo corto, el suficiente placer de conocer. Anunciaba que el oficio de historiador, al mismo tiempo que devenía profesión, se daba las reglas de su ejercicio.

El método

Dos siglos después de que Mabillon había compuesto su prólogo, los historiadores universitarios alemanes y después franceses, dan a sus pares y a sus discípulos el *Discurso sobre el Método,* gracias al cual puede ser fundada, en fin, la historia perfecta. En 1867 J.-G. Droysen publica su *Grundriss der Historik* (Jena); en 1889 aparece en Leipzig el *Lehrbuch der historischen Methode* de E. Bernheim; en 1898 se publica "el" Langlois y Seignobos, famosa *Introducción a los estudios históricos,* en la que H.-I. Marrou veía "el perfecto manual de la historia positivista". ¿Qué quiere decir esto?

Langlois y Seignobos distinguen cuatro etapas en el trabajo del historiador. Se trata en primer lugar de reunir los documentos; una técnica particular, la

heurística, lo informará sobre los medios de lograrlo. A continuación hay que tratar los documentos por una serie de operaciones críticas (críticas de autenticidad, de restitución, de procedencia, de interpretación y de credibilidad). Tras de lo cual viene el despejo de los hechos: de los documentos ya indiscutibles, el historiador extrae los hechos por simple observación. Una vez despejados los hechos particulares, no queda sino organizarlos en un "cuerpo de ciencia" por la "construcción histórica", término preferible al de síntesis, contaminado por un culpable subjetivismo. El historiador establece relaciones entre los hechos bajo la forma de un relato impersonal que evita el detestable estilo de los románticos que trataban de dar al lector la impresión de lo "vivido".

Leamos, para salir de la esfera teórica, las primeras páginas de la *Monarquía franca* de Fustel de Coulanges (1888). Primeras líneas del capítulo primero:

> Cuando queremos conocer una sociedad antigua debemos en primer lugar hacernos esta pregunta: ¿Contamos con los medios de conocerla? La historia es una ciencia: no imagina; ve únicamente; y para que pueda ver con precisión, necesita documentos seguros... Es necesario, pues, preguntarnos si la Galia de los siglos sexto y séptimo nos ha dejado testimonios suficientes de lo que fue para que podamos hacernos de ella una idea exacta (p. 1).

Una vez enumerada la lista de las fuentes, Fustel de Coulanges prosigue (p. 29):

> Leyes, cartas, fórmulas, crónicas e historias, es preciso haber leído todas estas categorías de documentos sin haber omitido una sola... Es preciso haberlo estudiado todo con una atención igual; porque el historiador debe hallarse en situación de decir con toda seguridad, no sólo qué cosas están en los textos, sino también qué cosas no están, y es sobre todo esta segunda obligación la que lo fuerza a haberlo estudiado todo. Encontraremos varias opiniones modernas que no se apoyan en los documentos; deberemos estar en situación de afirmar que no son conformes a ningún texto, y por esta razón no nos creemos con el derecho de seguirlas.

Y, más adelante, a propósito de las "ideas preconcebidas, el mal más corriente de nuestra época", opone el método subjetivo y el suyo, "la historia científica" (pp. 32 y 33):

> Introducir las propias ideas personales en el estudio de los textos, es el método subjetivo. Se cree mirar un objeto y es la propia idea la que miramos. Se cree observar un hecho, y este hecho toma inmediatamente el color y el sentido que la mente quiere que tenga... Muchos piensan que es útil y bueno para el historiador tener preferencias, 'ideas capitales', concepciones superiores. Esto, dicen, da a la obra más vida y más encanto; es la sal que corrige la insipidez de los hechos. Pensar así es equivocarse mucho en cuanto a la naturaleza de la historia. La historia no es un arte, es ciencia pura. No consiste en contar de manera agradable o en disertar con profundidad. Consiste como todas las ciencias en comprobar los hechos, en analizarlos, en compararlos, en señalar entre ellos un lazo. Puede ocurrir, sin duda, que cierta filosofía se desprenda de esta historia científica; pero es preciso que

> se desprenda de ella naturalmente, por sí misma, casi al margen de la voluntad del historiador... La única habilidad del historiador consiste en obtener de los documentos todo lo que contienen y en no añadir nada de lo que no contienen. El mejor de los historiadores es aquel que se mantiene más cerca de los textos, quien los interpreta con mayor exactitud; quien no escribe e incluso no piensa sino según ellos.

Texto revelador de los principios —¿de las ilusiones?— sobre los cuales se asienta un discurso sobre el método escrito para la eternidad.

La creencia en la locuacidad de las fuentes primarias y en la existencia de hechos históricos contenidos en los documentos como una momia en su sarcófago, fundamenta la buena conciencia científica de Fustel de Coulanges y de todos cuantos, y son numerosos, como él, dicen ser los mejores discípulos de Clío en este fin de siglo. Denunciando el subjetivismo teórico o filosófico de sus predecesores y encorsetando en ellos todo lo que de aquéllos pudiera venir, conceden con esto el privilegio al documento escrito respecto de todos los demás rastros del pasado. El texto solo habla "por sí mismo"; responde "claramente" a las "claras" preguntas que le hace, en un lenguaje "claro", ese gran lego, hombre de bien que es el historiador erudito. Por eso conviene preferir entre todos los textos los que proceden de verdaderas instituciones: ya clasificados y limpiados, son infinitamente más pulcros y por ende más honradamente reveladores que los textos de origen privado, esencialmente subjetivos.

De ahí los rasgos dominantes de la historiografía universitaria francesa de fines del siglo XIX y de comienzos del XX:

— publicación de textos en que la redacción del historiador se limita a algunas páginas de presentación y un derroche de notas infrapaginales;
— confección de monografías destinadas a agotar los documentos relativos a un individuo (biografías), a un hecho o a un lugar estrechamente delimitado;
— monotonía y exigüidad del territorio recorrido por los historiadores que se limita a las esferas de las historias institucional, política, diplomática y militar.

"Historia-batallas", "historia de sucesos", "historia historizante", no faltan los calificativos para juzgarla despectivamente.

Desilusiones

Antes de que se elevaran contra tal tipo de historia las críticas de los sociólogos, de los economistas y de los filósofos, la historia positiva atravesaba una crisis interna. Dos de sus ilusiones más caras se vinieron abajo: la del agotamiento de las fuentes y la de la objetividad del historiador.

La vanidad de las pretensiones exhaustivas de los colectores de textos estalla. "Los volúmenes del *Corpus* están incompletos antes de publicarse, se queja un académico berlinés; todos acaban por *Additamenta* añadidos durante la impresión." "Se

sabe ahora, comenta Ch.-V. Langlois en su *Manual de bibliografía histórica* (1904), que las obras de este género no están jamás terminadas." Hacia 1890, el Public Record Office decide dejar de publicar en los *Calendars of State Papers* trozos de los documentos enumerados y abreviar lo más posible su análisis. En Francia, la colección de los *Documentos inéditos* pierde aliento: la media de volúmenes publicados anualmente pasa de 6 a 1 entre 1835-1839 y 1875-1879. Mejor aún, o peor, algunos historiadores, y no de los menos importantes, se inquietan al ver "degradarse la historia en erudición" (G. Monod). En 1880, la *Revue historique* lanza un grito de alarma: "A fuerza de acumular así los trabajos preparatorios sobre la historia de una época, se hace la tarea casi imposible para el escritor que quisiera obrar con probidad y que, sin embargo, retrocede asustado ante el cúmulo prodigioso de materiales que se ve obligado a recorrer." ¡Singular y rápido cambio de actitud!

En cuanto al mito del historiador objetivo, ¿cómo se resistiría a la realidad de las pasiones nacionales que desgarran el mundo de los historiadores con tanta mayor violencia cuanto que interviene la razón? Pase todavía que Michelet diga que Francia es "la que explicará el Verbo del mundo social" *(Introducción a la historia universal)* y Gioberti que Roma es el faro de los tiempos venideros; no eran sino fiebres románticas. Pero que en 1819, la "Gesellschaft für ältere deutsche Geschichtskunde", fundada por el barón de Stein, ministro de Prusia, con el fin de publicar las fuentes de la historia

alemana, adoptara como divisa "Sanctus amor patriae dat animun", es algo que revelaba un espíritu más bien combativo. Tal fue el de la "escuela prusiana" (Droysen, Mommsen, Treitschke, von Sybel) que se hizo el agente activo de la unidad alemana y después del pangermanismo. La guerra franco-alemana dio ocasión a una polémica encendida entre Mommsen y Fustel de Coulanges respecto del destino de Alsacia y de los derechos históricos. Reciente aún el Caso Dreyfus, los historiadores universitarios franceses se enfrentaron violentamente con ocasión del "alboroto de Fustel" donde la conmemoración del nacimiento del historiador dio lugar a una doble lectura de su obra por las izquierdas y la extrema derecha.

Siglo de la historia, el XIX es quizá más todavía el de los historiadores en el siglo. No es a los militantes marxistas que, hacia 1900, entran en la historiografía a quienes se pueda pedir un mentís.

X. LA HISTORIOGRAFÍA MARXISTA

¡SINGULAR fortuna la de una explicación de la Historia que en menos de un siglo se extiende por el mundo y gobierna la mitad de él! Semejante éxito no facilita su estudio. Porque para un marxista escribir la historia y hacerla son inseparables, el historiador de la historia se sustrae difícilmente a la tentación de la adhesión o de la exclusión; porque la historiografía marxista es un sistema de análisis de lo real en toda su complejidad y de la Historia en todo su desenvolvimiento, su método no puede ni ser simple ni sustraerse a la Historia. Es, pues, en plural como hay que hablar de historiografías marxistas; un plural pulverulento en el que marxistas —ortodoxos y heréticos—, marxizantes y marxizados ofrecen prácticas diversas de las que sería demasiado cómodo creer que la suma de sus analogías expresaría EL método.

Así, pues, a los padres fundadores es a quienes preguntaremos primeramente lo que es o, más bien, lo que fue, hace cien años y más, la historiografía marxista

MARX, ENGELS Y LA HISTORIA

Si es difícil definir claramente la práctica marxista de la historia, se debe sin duda a que Karl Marx (1818-1883) y Friedrich Engels (1820-1895) no fueron realmente historiadores. Fueron, o bien filósofos de

la Historia —en el *Manifiesto del partido comunista* (1818), por ejemplo—, o bien teóricos de la historia —Marx en la *Crítica de la economía política* (1859) y Engels en el *Anti-Dühring* (1878)—, o bien unos periodistas escribiendo "en caliente" sobre la actualidad —Marx, *Las luchas de clases en Francia, 1848-1850,* obra publicada en la *Neue Reinische Zeitung*, y *El 18 brumario de Luis Bonaparte,* publicado meses después del golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851. Por otra parte, algunas de sus abstracciones revistieron formas cambiantes, como la ley de periodización de la Historia diferentemente redactada en 1846 *(La ideología alemana)* que en 1884 *(El origen de la familia, de la propiedd privada y del Estado).*

Es posible, con todo, dejando a los exegetas y a los discípulos el cuidado de matizar, afirmar que Marx y Engels fundaron con el materialismo histórico, dialéctico y científico, un método de análisis de lo real y una filosofía de la Historia. Engels lo dijo sobre la tumba todavía abierta de su amigo: "Del mismo modo que Darwin descubrió la ley de la evolución en la naturaleza orgánica, Marx ha descubierto la ley de la evolución en la historia humana."

La exposición más clara del materialismo histórico por el propio Marx es sin duda la que constituye la introducción a *La crítica de la economía política:*

En la producción social de su existencia, los hombres entran en relaciones determinadas necesarias, indepen-

dientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a un grado de desarrollo determinado de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base concreta sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política y a la cual corresponden unas formas de conciencia sociales determinadas. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, política e intelectual en general... En determinado estadio de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, lo que no es sino su expresión jurídica, con las relaciones de propiedad en el seno de las cuales se habían motivado hasta entonces... En ese momento se abre una época de revolución social. El cambio en la base económica altera más o menos rápidamente toda la enorme superestructura... Una formación social no desaparece jamás antes de que se hayan desarrollado todas las fuerzas productivas que es lo bastante amplia para contener...

El *Manifiesto* expone, desde las primeras líneas, el esquema de evolución de la Historia: la lucha de clases como motor, el paso por fases progresistas, como ruta:

La historia de toda sociedad hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases.

Hombre libre y esclavo, patricio y plebeyo, barón y siervo, prohombre de cofradía y compañero —en una palabra, opresores y oprimidos en perpetua oposición, han llevado una lucha ininterrumpida...

Correspondía a Engels exponer las leyes de mecánica enunciadas por Hegel y conservadas por la lógica marxista no obstante su ruptura con el idealismo hegeliano: la lucha de los contrarios que afirma que la evolución y el cambio se operan por la negación, según un encadenamiento medido por etapas antagonistas: afirmación, negación, negación de la negación; la ley llamada "de lo cuantitativo y de lo cualitativo", que hace salir la mutación cualitativa de una evolución mensurable.

Formuladas hace más de un siglo, estas reglas de inteligencia historiadora son aplicadas con rigores y según estilos tan diversos que una historia sumaria de las historiografías marxistas no puede ser otra cosa que una caricatura de caricaturas.

HISTORIOGRAFÍAS MARXISTAS

En el final extremo del siglo XIX y a comienzos del XX el marxismo ejerció una influencia limitada a algunos grandes nombres de militantes, con frecuencia más tentados por la filosofía o la economía que por la historia, Kautsky en Alemania, Volpe en Italia, Jean Jaures en Francia —¡un Jean Jaures que puso la *Historia socialista de la Revolución francesa* (1901-1904) bajo la triple invocación de Marx, de Michelet y de Plutarco!

De 1930 a 1960, durante un periodo que corresponde en líneas generales a la fase staliniana de la historia de la URSS, la historiografía marxista vivió su edad dogmática. Es la época de "la esclerosis ideológica" (Guy Bois), de las "descripciones

ontológicas de la realidad" (Trujanovski), del "infantilismo" (Gramsci). El paradigma está dado por el opúsculo de Stalin. *Materialismo dialéctico y materialismo histórico,* cuya influencia fue considerable y cuyo editor de la producción francesa decía, en 1937: "Esta obra ha sido traducida tres siglos después de la publicación del *Discurso del Método:* son dos momentos de un mismo esfuerzo, dos obras de la misma talla." En ella se afirmaban:

— la unicidad y la linearidad de la ley de desarrollo: "La Historia conoce cinco tipos fundamentales de relaciones de producción: la comuna primitiva, la esclavitud, el régimen feudal, el régimen capitalista y el régimen socialista";
— el juego permanente y determinante de la causalidad ascendente, de la infraestructura económica a las estructuras sociales, de las estructuras sociales a las superestructuras: "La superestructura es el reflejo de la infraestructura";
— la irreversibilidad absoluta de la Historia, su progreso incesante y "a saltos";
— el determinismo de una evolución siempre *sic et simpliciter* regida por leyes científicas. "ley de desarrollo", "ley de empobrecimiento", "leyes de la insurrección".

La desestalinización, la extensión del socialismo de referencia marxista a países de civilización agraria, los análisis de Gramsci (*Materialismo storico*) —afirmando que la superestructura lleva una existencia relativamente autónoma, que la

economía no obedece a leyes, sino a tendencias, que el materialismo mecanicista es un infantilismo primitivo—, la coexistencia pacífica también que abre los países "socialistas" a las influencias "burguesas", y por lo tanto a las seducciones de la Nueva historia, todos estos factores llevan consigo una flexibilización y una complejización de la metodología histórica marxista.

Los debates teóricos sobre las fases prosiguen, pero para afirmar la "plurilinearidad" de las evoluciones, definir, según el modo asiático de producción, una "vía africana" y sobre todo hacer de la distinción por Marx de una serie de épocas progresivas "un esquema provisional y siempre revisable" (A. Pelletier y J.-J. Goblot), una abstracción hipotética. La determinación económica se mantiene, pero únicamente "en última instancia". De actor principal, la economía tiende a devenir, sobre la escena historiográfica, ya que no un decorado, al menos una especie de *Deux ex machina* interviniendo en el prólogo.

Las condiciones políticas explican sin duda el regreso violento y potente de la historia de los hechos; ¿pero acaso había desaparecido? El Estado solicita de los historiadores legitimar nuevas fronteras o recientes independencias, rehabilitar los héroes del pasado, resucitar los grandes momentos militares y diplomáticos del país. La historia-batalla ocupa un amplio lugar tanto en la investigación como en la enseñanza.

Pero esta manera "retro" de escribir la historia no debe perjudicar lo que fue y sigue siendo la aportación original de la historiografía marxista.

La historiografía marxista como historia nueva

Dogmático o flexible, el enfoque marxista del pasado se realiza con nuevas miradas.

El historiador marxista concede una atención privilegiada a los fenómenos sociales, a su aspecto conflictual, a la suerte de los más desfavorecidos sobre todo. En Europa se interesa por el movimiento obrero, por la condición obrera, por las huelgas, por las revoluciones; en Asia, siguiendo al historiador chino Kuo Mo-jó, por las guerras campesinas. No es casual que haya sido un historiador soviético, Boris Porchnev, quien lanzara en Francia el estudio de las insurrecciones campesinas bajo el antiguo régimen.

Una atención no menos intensa se presta a la historia económica, a la producción, a sus técnicas, a sus crisis. Los historiadores marxistas, en este aspecto, se contaron entre los pioneros. A Jaures, por ejemplo, es a quien se debe la primera perspectiva económica de la Revolución francesa. La afición muy viva manifestada por la historiografía marxista respecto de la historia económica, no se debe únicamente a una lectura materialista de lo real; tiene su origen en la inexistencia misma de una historia económica a comienzos de este siglo, y en la obligación en que se han encontrado los historiadores marxistas de escribirla como una condición previa a una historia no ya de las cosas sino de los hombres. Es, sin embargo, posible que algunos y, quizá muchos de ellos confundieran economismo de necesidad y economismo de sistema.

Se debe a la historiografía marxista el descubri-

miento y la exploración de un territorio, y el de la cultura material definida como todo lo que se refiere a la producción— excepto la producción: "medios de producción de trabajos, objetos manufacturados, fuerzas productivas y productos materiales utilizados por los hombres" (A. Gieyzstor). Lenin creó en 1919 la Academia de Historia de la Cultura material de la RSFSR. Polonia posee un Instituto de Historia de la Cultura material de fama internacional.

"Estructura", "coyuntura", "duración"...; no pocos de los conceptos fundamentales de la Nueva historia pertenecen al lenguaje de los historiadores marxistas. Indudablemente, dialéctica obliga, éstos rechazan la invariancia de que tanto gustan los estructuralistas; pero advierten en lo real de las estructuras con lentas evoluciones y momentos culminantes, coyunturas de crisis, en las que, al término de una maduración, las relaciones se invierten... Marc Bloch, E. Labrousse, F. Braudel, en Francia, Vogel —el padre de la *New Economic History* en los Estados Unidos— han sido compañeros de viaje del materialismo histórico. ¿Fortuna o infortunio para éste? Con el empleo sin precauciones de un dial-mat demasiado flexible, se pasa de un dogmatismo mecanicista a un ecumenismo metodológico que no es seguro que ayude a clarificar la situación en que se encuentra hoy la historia.

¿Será quizá la situación de los historiadores lo que sigue siendo el criterio más eficaz para distinguir a los historiadores marxistas de los historiadores no marxistas, por lo menos a través del mundo? En los

países "socialistas", la historia desempeña una función esencial: indica el camino, edifica al hombre, conforta a la nación, sirve al Estado. ¿Clío sierva o Clío ama? La cuestión no es nueva. Responder a ella es elegir.

XI. HOY LA NUEVA HISTORIA

"Afirmémoslo sin vacilar, la historia ciencia humana federadora de nuestro tiempo nació entre 1929 y principios de los años 1930" (P. Chaunu); "La 'historia nueva' parece ser esencialmente una historia francesa" (J. Le Goff). Puede parecer paradójico abordar de modo cronológico y dentro de un marco nacional el estudio de la aparición de la Nueva historia; ¿no nos enseña éste que la historia profunda, la de los cambios duraderos, se burla de la cronología fina y de las fronteras políticas? La tendencia de los historiadores franceses a datar su nacimiento de la creación, en 1929, de la revista *Annales* por Lucien Febvre y Marc Bloch, puede considerarse como el último y patriotero avatar del *topos* de una Francia madre de los renacimientos.

Nacimientos

Sería ilegítimo excluir de la corriente que transforma ante nuestros ojos la escritura de la historia, sus fuentes remotas y múltiples, y sus afluentes de confluencias tardías.

Pioneros, el belga Henri Pirenne, de quien los fundadores de los *Annales* han hecho a la vez su maestro y su colaborador; el holandés Huizinga cuyo *Otoño de la Edad Media* funda, en 1919, la historia de las mentalidades; el polaco Znaniecki, creador en Poznan en 1921 del grupo de "Historia

vivida" que emprende la recopilación de los relatos autobiográficos populares; antes que ellos, los maestros alemanes, Wiebe que "inventa" la historia de los precios, los fundadores en 1903 de la *Vierteljahr Schrift für Sozial und Wirtschaftgeschichte*...

Sería injusto olvidar la aportación soviética en la exploración de la cultura material y sobre todo la prodigiosa actividad norteamericana en historia económica —desde Simon Kuznets hasta la *New Economic History*—, en historia oral (la *Oral history* se practica desde 1952 en Columbia), en arqueología donde se habla, allende el Atlántico, de una *New Archeology*...

Sería en fin lamentable ocultar la más extensiva de las transformaciones actuales de la historiografía, la que ve a los jóvenes estados procedentes de la descolonización acceder a la independencia cultural adquiriendo los medios de poner fin a su amnesia.

No es, sin embargo, erróneo considerar la Escuela de los *Annales* como el foco de la historia nueva. De una parte, porque, gracias a la revista, y después gracias a un centro de investigación (la VI sección de la Escuela práctica de Altos Estudios creada en 1947-1948), Lucien Febvre y sus discípulos dispusieron de una tribuna y de un laboratorio enteramente adictos a la innovación, medios que faltaban, en la época, a sus émulos extranjeros. De otra parte, porque mientras la actividad historiográfica fue esterilizada o descarriada por el totalitarismo en unos países de Europa tradicionalmente fecundos e imaginativos. Por eso no faltan buenas razones para que el más

erudito y el más abierto de los historiadores de la historia, Arnaldo Momigliano, declarara en 1961: "La Escuela de los *Annales* se halla en vías de ocupar el lugar que tenía no ha mucho en Europa la Escuela alemana."

Conviene además dar aquí a la palabra "escuela" su sentido más extenso. No son pocos los nuevos historiadores, incluso franceses, que no han publicado nada en la revista *Annales;* no dejan de ser por ello nuevos historiadores, es decir practicantes de una historiografía en ruptura con las que la preceden y acompañan. Y, para cerrar este preámbulo como se ha comenzado, con una paradoja, advirtamos que así dotada de un estado civil, la Nueva historia cuenta con medio siglo de existencia; es decir que tiene ya su historia.

PARA UN MUNDO NUEVO, UNA NUEVA HISTORIA

Si hay un capítulo de historia de la historia al que puede aplicarse el aforismo de Croce, "toda historia es historia contemporánea", es precisamente aquel que tiene la historia nueva como tema.

Indudablemente, las causas endógenas, puramente historiográficas, deben ser tenidas en cuenta. Para empezar, la Nueva historia se instala oponiéndose. L. Febvre denuncia "a quienes hacen la historia como sus ancianas abuelas, a punto de aguja", sus "prudencias temblorosas", su "culto del hecho intelectualmente perezoso". Los redactores de los *Annales* rechazan la historia de sucesos, biográfica, historizante, la erudición monográfica, el corporati-

vismo celoso y fácilmente imperialista de los historiadores del *establishment* universitario, su fe ingenua en el método milagroso gracias al cual el hecho brota del texto. Repiten por su cuenta las críticas de los filósofos —de un Henri Berr, por ejemplo, que hace en 1900 de la *Revue de Synthese Historique*, el lugar precursor de la interdisciplinaridad —de los sociólogos y de los economistas— la controversia que opone a partir de 1903 Simiand a Seignobos da la medida de la profundidad del foso que separa a los que, en los hechos humanos, no consideran sino los particulares, de quienes sólo quieren considerar los regulares—, los polemistas de primera fila entre los cuales figuran Charles Péguy y sus dos armas, la *These* (1912) y *Clío*.

Los padres de los *Annales* se asocian a la ofensiva antihistórica, pero a su modo, respondiendo por un rebasamiento historiográfico. Siguen así una marcha paralela a la de los historiadores marxistas. El hecho de que hasta la guerra los *Annales* se hayan llamado *Annales d'histoire économique et sociales* expresa bastante bien la analogía de las curiosidades, ya que no la de los métodos.

Sin embargo, más que a la historia del género, es a la del mundo a la que hay que apelar para comprender el nacimiento y la evolución de la historia nueva.

Un mundo donde, en el horizonte de los años 1920, lo económico invade el campo de lo político, donde la construcción del socialismo pasa por la electrificación, la estatización y la planificación; la paz por el reembolso de las deudas, el pago de las

reparaciones, la confiscación de "prendas productivas"; la supervivencia de las democracias por la difícil terapia de las epidemias monetarias, de los déficit de balances o de presupuestos, de la Gran Depresión. Keynes, Poincaré, Hoover y pronto F.D. Roosevelt y el Dr. Schacht tienen un punto común: proponen y hacen políticas económicas.

Un mundo donde las masas son interpeladas por la Historia e invitadas a hacerla: revoluciones sociales, manifestaciones sociales, organizaciones sociales política social... ¿Cómo podría la Nueva historia dejar de ser, en primer lugar, económica y social?

Un mundo en el que se inicia la triple decadencia de Europa. Decadencia cultural que lleva consigo el reconocimiento de la diversidad y de la igualdad en dignidad de las civilizaciones —y los *Annales* devienen, en 1946, por prolongación del título y sustitución por el plural de un singular demasiado reductor, *Annales, Economies, Sociétés, Civilisations.* Decadencia demográfica en la que al despoblamiento de los unos corresponde el sobrepoblamiento de los otros: un territorio nuevo se ofrece a la inquietud de quienes, para comprender el presente, interrogan el pasado. Decadencia política: a la descolonización responde un tercer-mundismo historiográfico que, por las nuevas vías de la etno-historia retorna a la eterna búsqueda historiadora, la de las raíces, de la identidad y del orgullo.

Así se extiende desde hace medio siglo el imperio de Clío. La verdadera revolución, sin embargo, está en otra parte. Turbadora, afecta la inteligencia, el conocimiento y el instrumento.

La inteligencia de las cosas: los físicos hablan de la relatividad, de espacio-tiempo, de incertidumbre; los cibernetistas, de causalidad circular, de retroacciones; los mitógrafos aventuran la palabra "invariabilidad" y contribuyen a la fortuna del estructuralismo. Todo no es sino —¿no es la *Naturaleza de la naturaleza* (Edgar Morin)?— complejidad, sistema, interacciones, rizo, retorno.

Los conocimientos sobre el hombre: sociología, etnología, antropología, psicoanálisis, etología, van llegando sucesivamente a la edad adulta. La demografía adquiere un estatuto científico. La biología se hace englobante.

Los instrumentos: la lingüística, ¡oh, paradoja!, se transforma en técnica de enumeración de los signos a la hora en que, se nos dice, la imagen y el sonido se toman el desquite contra Gutenberg. La memoria infalible, por inhumana, de la computadora almacena con una admirable glotonería y trata con una prodigiosa rapidez todo lo que el hombre le dice, en lenguaje pobre, de él y del universo. "El historiador de mañana será programador o dejará de serlo." (E. Le Roy-Ladurie). Capítulo último: Clío y la máquina. Antes de él, en la cuna de la Nueva historia, un progresivo desarrollo de las curiosidades que nada parece debe interrumpir, ya que la Nueva historia es, ante todo, una historia siempre nueva.

Nuevos temas

La extensión del campo historiográfico procede por etapas. En los años treinta el historiador anexiona la

economía y la sociología. Se constituyen una historia económica concebida más como la de los precios y de las monedas, la de los intercambios, la de los ritmos, de los ciclos (*trebd* secular, ciclo de Kondratieff, fases A y B...) que como la de la producción, de sus modos y de sus medios, terreno privilegiado de los historiadores marxizantes, y una historia social que no se limita a la historia de las clases y de sus relaciones conflictivas, sino que se extiende a la de los grupos y de sus encuentros multiformes: la célula familiar, las comunidades rurales y urbanas, los "círculos de sociabilidad" (academias, salones, cafés, sociedades deportivas), las minorías, los marginados, los encerrados también. Viene después la geo-historia que puede ser estudio de un fenómeno natural (historia del clima), que es sobre todo interrogación sobre la dialéctica del espacio y del tiempo, e investigación del área donde, mejor que en el interior de los "deslindes artificiales" (F. Braudel), vive una sociedad en equilibrio dinámico con el medio que ella misma transforma. Después emerge a partir de los años 50 una historia demográfica, al principio cuantitativa, hoy más cualitativa; se ha pasado de una historia de la mortalidad a una historia de la muerte, de una historia de la natalidad a una historia de los comportamientos sexuales, de los partos, de la madre, del niño... Se ha llegado así "a lo más secreto y a lo más profundo del hombre" (Ph. Aries), a las mentalidades, es decir —y se alarga la lista que remite al hombre inagotable— a los sentimientos y pasiones colectivas (el amor, el miedo), a las repre-

sentaciones, a los sueños, a los mitos, esos sistemas de cifrado social que permiten al grupo humano sumido en una misma cultura aprehenderse a sí mismo, comprender el mundo y actuar sobre él. Paralelamente se ha elaborado una historia del cuerpo, de la enfermedad, del consumo de los gestos...

Así, lo cotidiano, cesando de ser una decoración para "gran historia", "grandes hechos" y "grandes hombres", es el objeto privilegiado del conocimiento histórico. La palabra "cultura" no evoca ya una *élite* o una obra maestra, sino una producción, una difusión, una recepción. Los historiadores de la cultura material "trasladan la curiosidad de los lugares célebres a los lugares cotidianos, de la ciudad y del palacio al pueblo y la casa, del objeto de arte al instrumento". (J. Le Goff). Así se prolonga el cuestionario. Un cuestionario que había lanzado, impaciente y soberbiamente, hace medio siglo, Lucien Febvre en una reseña famosa de la *Historia de Rusia* de Seignobos (¡el del método!) y Miliukov:

> Abro la *Historia de Rusia:* zares grotescos escapados de *Ubu Roi;* tragedias de palacio; ministros concusionarios; burócratas-papagayos; ukases y prikases a discresión. Pero la vida intensa, original y profunda de ese país; la vida de la selva y de la estepa, el flujo y el reflujo de las poblaciones en movimiento, la gran marea, por encima del Ural corre hasta el Extremo Oriente siberiano; y la vida pujante de los ríos, los pescadores, los barqueros, el tránsito; y la práctica agrícola de los campesinos, sus instrumentos, su técnica, la rotación de los cultivos, el pastoreo, la

explotación forestal y el lugar del bosque en la vida rusa; la fortuna rural de la nobleza y su modo de vida; el nacimiento de las ciudades, su origen, su desarrollo, sus instituciones, sus características; las grandes ferias; la constitución de lo que nosotros llamamos una burguesía —¿pero es que hubo alguna vez una burguesía en Rusia?—, la toma de conciencia de toda esta gente de una Rusia que evoca en ellos, ¿qué representaciones precisas y de qué orden?, ¿étnico?, ¿territorial?, ¿político?, el papel de la fe ortodoxa en la vida colectiva rusa y, si tal es el caso (de no serlo, dígase), en la formación individual de las conciencias; las cuestiones lingüísticas; las oposiciones regionales y sus principios ¿y qué más, todavía? Sobre todo esto que se plantea ante mí en forma de preguntas, sobre todo esto que para mí es la historia misma de Rusia: casi menos que nada, en estas 1 400 páginas (*Revue de Synthese*, VII, 1934).

Porque el nuevo proceso del historiador, del interrogatorio inicial a la conclusión abierta, es ante todo esto: el objeto bombardeado por una curiosidad sin cesar despierta y colocado en una relación nueva con el espacio-tiempo.

Nuevo procedimiento

"Todo problema a pie de obra", se inquietaba, se regocijaba quizá L. Febvre, "no cesa de complicarse, de aumentar en superficie y en grosor". "Problema": el historiador al comienzo de su trabajo, muestra más pasión en interrogar a su tema que en seguir el antiguo método de recolección y de establecimiento

de los textos. Esta problemática de partida no debe confundirse con la hipótesis inseparable de toda investigación científica. No se trata de una orientación *a priori* que anticipe el resultado sino de un enriquecimiento, de una complejización del tema. ¿Se estudia la Revolución francesa de 1789? El historiador se interroga: ¿la o las? ¿Revolución o accidente? ¿Francesa o atlántica? ¿Nacida en el 89 o en la década del 70? Cada ciencia auxiliar aporta consigo su lote de preguntas suplementarias. El recurso a la computadora necesita, de primera intención, la elaboración de un cuestionario que permita suministrar materiales en código en función de los problemas. Las relaciones del historiador con la computadora son las del interrogador con el que contesta. Como lo observa P. Nora, "toda la era positivista creyó que la existencia de las fuentes y la posibilidad de su examen exhaustivo dictaban la problemática histórica cuando la verdad es lo contrario; es la problemática la que hace nacer las fuentes prácticamente inagotables".

"Aumentar en superficie": el alargamiento en el tiempo remite al despliegue en el espacio. El Mediterráneo de F. Braudel es "el mayor Mediterráneo" que abarca el Sáhara, Europa y hasta el Atlántico. Montaillou se sitúa en "el área ibérica de las civilizaciones pirenaicas..." Para iluminar el espacio tirrénico en la época de Felipe II, F. Braudel nos remite a los etruscos, a Cartago y a la época actual; esta época actual de la que parte P. Chaunu estudiando *La muerte en París* en la época moderna, una muerte que no existe para el hombre sino a

través de una conciencia "emergida del homínido hace aproximadamente de 30 mil a 40 mil años..." Así nomadiza la Nueva historia, con sus fronteras sin cesar en retroceso en un espacio y un tiempo que le parecen constantemente demasiado limitados.

"En grosor" también. El grosor del tiempo en primer lugar, ya que para los nuevos historiadores la configuración del tiempo es profundamente distinta de la que le atribuían sus predecesores. El tiempo no es ni uno, ni filiforme; es múltiple y denso. Existe un tiempo corto, el del suceso, de la biografía, de la política, de la guerra, que miden el año, el mes, el día, la hora; el tiempo más lento, el tiempo social, en el que el cambio no se opera sino al ritmo de las generaciones o de los siglos; la larga duración en el interior de la cual se sitúan las civilizaciones; casi inmóvil en fin hay "una historia de los hombres en sus relaciones estrechas con la tierra". Hecho, coyuntura, estructura... de lo fugitivo a lo inmóvil nada es de descuidar de cuanto vive en un tiempo "a mil velocidades, a mil lentitudes" (F. Braudel); pero sin duda lo más nuevo y también lo más importante se sitúa en las profundidades inexploradas.

Grosor de lo real a continuación, cuya riqueza y complejidad expone el análisis braudeliano del tiempo. La multiplicidad de los enfoques rompe el objeto; el proceso de las explicaciones reconstituye su unidad, la observación desmenuza, la inteligencia suelda de nuevo. Una historia del consumo no puede ignorar ni los contrastes entre ciudades y campos, opulentos y miserables, viejos y jóvenes, ni los calendarios religiosos, ni los ritos culinarios, ni las

hambres y sus causas, ni la producción y los intercambios. En el juego de interacciones sin fin, rebotando de un nivel en otro, la lógica historiadora es totalizante, globalizante. Ya no se trata de aprehender el sentido de las cosas por una especie de genealogía de las causas; ya no se trata de privilegiar una causa —siempre la misma— "en última instancia". El historiador descubre un enmarañamiento causal. Lo que le importa es mostrar a la vez la solidaridad de elementos insertos en el mismo contexto (interacciones) y la fuerza de los condicionamientos físicos y psíquicos procedentes de muy lejos (estructuras). La Nueva historia es, también, una nueva inteligencia...

La inflación documental

El historiador es a la vez cómplice y víctima de una prodigiosa inflación documental.

Cómplice en la medida en que inventa nuevos documentos. Dejando de considerar el texto como la fuente casi única de su información, afirma que la historia se hace con todos los tipos de fuentes: una sombra sobre el suelo, descubierta por fotografía aérea, que muestra una hábitat prehistórico o la marcha del *limes* romano; los relatos autobiográficos de los obreros polacos o ingleses revelan una historia ignorada; el dibujo de los caminos sobre un mapa que cuenta las etapas de la valorización de unas tierras; un filme que nos dice cuál fue el lugar decisivo de las mujeres en la revolución de febrero en

Petrogrado... En cuanto a los rastros escritos, los más modestos son los más valiosos para el historiador de lo cotidiano: los *graffiti* de Pompeya valen más que las descripciones de batalla en el *De bello Gallico.*

Víctima y cómplice a la vez cuando se trata de fuentes tradicionales. La multiplicación de los trabajos arqueológicos y la obligación en que se encuentran tanto las administraciones como las empresas de depositar sus documentos antiguos en organismos públicos inundan museos y servicios de archivos de una oleada de guijarros, de restos de vasijas de barro, de impresos, de fotografía, de cintas de magnetófono. Cada década del siglo XX acumulan más informaciones que los seis milenios que nos separan de la invención de la escritura habían reunido y trasmitido. Ya pasaron los tiempos del archivista colector y del conservador coleccionador.

El archivista, actualmente, debe eliminar y el conservador amontonar sus nuevas adquisiciones en recintos bien cerrados. ¡Y si todavía no se tratara sino de los documentos más recientemente aportados! Pero el nuevo historiador añade a su curiosidad el conjunto de las fuentes ya utilizadas que, según él, reclaman nuevas miradas. La mitografía, la lingüística, la psicohistoria se apoderan de Tito Livio y extraen de sus *Anales* una reescritura de los orígenes de Roma.

¿Cómo en la era de la masa documental, podría el historiador pretenderse exhaustivo y seguir usando métodos artesanales? Ha sonado para Clío la hora de confundirse con su hermana Urania.

La matematización

La fortuna actual de las matemáticas en historia se debe a la convergencia de varios factores.

—El viejo deseo cientifista despertado a fines del siglo XVI y proclamado en el XIX por historiadores para quienes no existe más ciencia verdadera que la del número.

La necesidad experimentada por los teóricos de ciencias humanas fuertemente matematizadas —la economía y la demografía— de dar a sus estudios un segundo plano histórico. Así nacieron, a partir de 1930, una historia de los precios (Simiand, Hauser, Labrousse en Francia; Beveridge en Inglaterra; Posthumus en los Países Bajos), a partir de 1950 una historia del crecimiento económico lanzada por Kuznets en los Estados Unidos y una historia demográfica donde, en Francia, especialistas (Sauvy, Henry) e historiadores (Goubert, Chaunu) caminan juntos.

—El recurso a técnicas de análisis que emplean las matemáticas: estudio lexicométrico y semántico de los discursos y, en arqueología, exámenes físico-químicos complicados para el fechado (carbono 14, potasio-argón) y para el conocimiento de los componentes (análisis por activación neutrónica, bombardeo iónico...)

—Constitución de bancos de datos y tratamiento de la información por computadoras que recurren al análisis factorial, al análisis de las proximidades y otra clasificación automática cuyo conjunto forma una rama específica de las matemáticas.

—La inflación documental en fin, portadora de exigencias a las que únicamente los prácticos de "pesada global" permiten responder.

El elemento mayor de esta historia matematizada en cada etapa, o casi, de su elaboración, es lo que P. Chaunu ha llamado "historia seriada" y definida como una historia que se interesa por "el elemento repetido, y por consiguiente integrable en una serie homogénea susceptible de someterse después a procedimientos matemáticos clásicos de análisis". La historia seriada ha nacido allí donde existían documentos estadísticos elaborados o fácilmente elaborados. De donde su doble limitación original: limitación temática a la economía y a la demografía, y limitación cronológica a la era estadística (que comienza en la Europa atlántica entre fines del siglo XVIII y mediados del XIX y a la era protoestadística más antigua de dos a cuatro siglos. A mediados de los años 60 sucedieron a las computadoras de la primera y de la segunda generación, que utilizaban el estorboso procedimiento de la tarjeta perforada y procesaban datos *éclatées*, otras computadoras llamadas de tercera generación que utilizaban cinta magnética disco y eran capaces de procesar una información lógica. A partir de entonces la informática podía conquistar todos los campos del pasado e incluso, por el análisis del discurso, limitarse al estudio del texto único. A los documentos fiscales, a los censos, a los inventarios, suceden como fuentes los testamentos, los retablos, los restos de alfarería, las inscripciones funerarias, las miniaturas de los manuscritos, los catálogos de bibliotecas, la obra de

San Agustín... El estudio exhaustivo, cuantificado, de los comportamientos, de las sensibilidades, de las culturas, pasó a ser posible, postrer florón de la Nueva historia.

A partir de entonces, el método elaborado en el siglo último está sometido a revisión.

¿NUEVA CRÍTICA O MUERTE DE LA CRÍTICA?

Por el hecho mismo de su masa, los documentos no pueden ya someterse a una crítica individual. ¿Será posible poner en duda el funcionamiento de una talla en un centro de reclutamiento cuando se estudia la evolución de la talla de los reclutas, de todos los reclutas, de 1819 a 1826? ¿Será posible sospechar en cuanto a la veracidad de un testamento cuando se examinan 50 mil? Como lo reconoce P. Le Roy-Ladurie, "El *corpus* es tan enorme que desafía a la tradicional prueba por la crítica histórica".

El historiador "cuantitativista" se encuentra, pues, reducido a tres actitudes: la de la credulidad moderada —confiar en los notarios, en el fisco, en las oficinas de reclutamiento...—, la del abandono a una ética de los grandes números —los documentos erróneos, que se suponen raros, encontrarán su inexactitud anulada por medias proporcionales establecidas sobre 99% de datos sanos—, y la de la confianza en la computadora encargada de descubrir las aberraciones.

En cuanto a la crítica de verosimilitud, esta conquista del siglo XVIII racionalista, está consi-

derada como peligrosamente mutilante. Lo que importa es conocer del pasado sus ilusiones, sus quimeras, sus fábulas, para reconstruir su imaginería colectiva. Así los mitos se convierten en fuentes preciosas para la historiografía. Más aún, contribuyen a su nacimiento si, como lo ha demostrado G. Dumézil, los episodios referidos por Tito Livio sobre los siglos oscuros de Roma, lejos de ser hechos integrados en la leyenda, son mitos procedentes de lejos y hábilmente historizados.

En cambio, si bien el método histórico pierde su singularidad, los historiadores actuales disponen de un gran número de métodos que han hecho sus pruebas en el análisis del presente. Ya no hay Método, pero hay demasiados métodos; tal es quizá la curiosa situación deparada a la historia por el recurso a las ciencias humanas. ¿Pero son estos métodos aplicables por simple traslación hacia atrás? ¿Pueden trasponerse los modelos en el tiempo? Conocida es la audacia de ciertas retroproyecciones, la de la escuela demográfica de Cambridge que, a partir del primer censo válido de la población inglesa (1871) y de algunos hitos parciales reconstituye la historia demográfica británica hasta 1550: la de Vogel y de la *New Economic History* que se entretienen —porque no pasa de ser un juego— en sustituir una evolución conocida, como es la de la economía norteamericana desde la construcción de los ferrocarriles, por ejemplo, por un escenario científicamente imaginado, en fabricar una no-historia.

No se debe a la casualidad el que, a la hora en que

las antiguas ficciones se convierten en objeto de estudios para algunos, otros, y no de los menos matemáticos, creen la historia-ficción.

¿Entonces, qué? ¿Muerte de la historia? ¿Senilidad? ¿O eterna juventud de Clío?

CONCLUSIÓN

HAN pasado veinticuatro siglos desde que el hombre se hizo historiador. ¿Quién pensaría en negar que, desde entonces, Clío ha recorrido un largo camino? Desde Herodoto y Sima Quian el discurso ha ganado en autenticidad, en densidad, en alcance, en variedad. Desde el tiempo corto del memorialista —preocupado por transmitir a la posteridad los altos hechos de que fue testigo y con frecuencia actor— a la larga memoria del prehistoriador haciendo retroceder sin cesar la emergencia de Adán, la mirada del historiador ha adquirido una profundidad de campo casi infinita. Y la imagen ha ganado en nitidez; las brumas legendarias se han disipado o, recuperadas, se han convertido en objeto de historia. Al vagabundeo de Herodoto por los cuatro confines de un pequeño mundo rodeado de monstruos y de héroes, a la explicación razonable de Tucídides disecando el drama de la Hélade, sucede una historia que ordena la duración —*Ab urbe condita, ab Adam...*— y conquista, cultura tras cultura, el mundo uno. Largo tiempo bajo la tutela de la retórica, de la moral, de la teología, de la filosofía, Clío adquiere, difícilmente, su autonomía. A los historiadores al estilo de Salustio, Plutarco, Bossuet y Condorcet, sucede, se agrega más bien, una historia estilo Ranke, que no es sino historiadora. Dotada de un método —El método—, rico en yacimientos localizados de memoria y fácilmente

explotables, servida por una corporación de maestros, reina Clío. La historia, en el siglo XIX, es la Ciencia Nueva que los anhelos de Vico esperaban.

Situación efímera. Hija de su tiempo, la historiografía experimenta los efectos de los trastornos culturales políticos, económicos y técnicos que agitan el mundo. Dos nuevas vías se abren a los historiadores. De un lado, una práctica marxista que vuelve a poner la historia bajo la tutela de la filosofía, de la moral y de la retórica —la Historia que hacer, el Hombre que construir, el Discurso que reproducir. Del otro, prácticas múltiples renovadas, métodos copiados, territorios anexados, preguntas que rebotan, un discurso jamás acabado sobre temas sin límites. Entre el encierro en la Verdad y el vagabundeo por medio de lo inagotable y lo relativo, ¿habrá Clío de elegir?

Existe una crisis, que los historiadores marxistas tratan de conjurar con una flexibilización de su método, y que los nuevos historiadores creen paliar con un redescubrimiento del hecho, del texto, del hombre singular. Esta crisis no afecta, es cierto, más que a las prácticas científicas de la historia. Porque, si bien desde hace cuatro siglos aproximadamente cambia la historiografía, no por eso deja de seguir siendo lo que fue. "Hay cien maneras de escribir la historia", decía Guizot. Hoy hay una que entusiasma al público y que lleva en su esencia la muerte de la historiografía: la historia filmada. Otra, la historia oral, que atestigua un deseo profundo de encontrar sus raíces en un espacio y en una duración estrechamente limitadas. Otra más, la historia

contada del "Érase una vez", que triunfa por doquier. Entre el hermetismo de las curvas y la jerga ideológica, queda sitio —un sitio cada vez mayor— para el relato bien construido, para el placer de leer.

¿No es esto lo que quería decir el escultor griego que ha dejado ese busto extraño en el que se oponen dos rostros, el de Herodoto y el de Tucídides? Indudablemente desde hace veinticuatro siglos, Clío ha enriquecido prodigiosamente sus miradas y su memoria. A través de sus fortunas y de sus infortunios, su existencia es testimonio de los tiempos que ha vivido y de la necesidad de historia que el hombre lleva en sí, y que lo lleva a él.

BIBLIOGRAFÍA SUMARIA

GENERALIDADES

En francés, puestas en perspectivas rápidas pero sugestivas en:

MARROU (H.-I.), "Qu'est que l'histoire?" en *L'histoire et ses methodes,* bajo la dir. de Ch. SAMARAN. París, 1964.
CHAUNU (P.), *Histoire, science sociales,* París, 1964.
CROCE (Benedetto), *Théorie et histoire de l'historiographie,* traducción del italiano, Droz, 1978.
En inglés:
THOMPSON (J.W.) y HOLM (B.J.), *A History of Historical Writing,* 2 vols., Nueva York, 1942.
BARNES (H.E.), *A History of Historical Writing,* 2ª ed; Nueva York, 1963.

I

CHAUNU (Pierre), *La mémoire et le sacré,* París, 1978.
BALANDIER (Georges), *Sens et puissance,* París, 1971.
ZIEGLER (Jean), *Le pouvoir africain,* París, 1979.

II

ROUSSEL (Denis), *Les historiens grecs,* París, PUF, col. "Sup", 1973.
VAN EFFENTERRE (Henri), *L'histoire en Gréce,* París, Colin, col. "U2", 1967.

III

ANDRÉ (J.-M.) y HUS (A.) *L'histoire á Rome,* París, 1974.
LE GALL (J.-A.), "L'histoire á Rome dans l'Antiquité", en *L'Histoire,* por J. ARROUYE et al., París, Bréal, 1980.

IV

GARDNER (Ch.), *Chinese Traditional Historiography,* HARVARD UP, 1961.

Historians of China and Japan, bajo la dir. de W. G. Beasley y E. G. Pulleyblank, Oxford UP. 1961.

Eliseeff (D. y V.), *La civilisation de la Chine classique,* París, 1976.

V

Lacroix (Benoit), *L'historien au Moyen Age,* Montreal-París, 1971.

Le Métier d'historien au Moyen Age, études sur l'historiographie médiévale, bajo la dirección de Bernard Guenée, París, 1978.

"L'historiographie en Occident du ve au xve siécle" *Annales de Bretagne et des pays de l'Ouest,* t., 87, 1980, núm. 2.

La storiografía altomedioevale (Settimane di studio del Centro italiano di studi sull'alto medioevo, t. xvii), 2 vols., Spoleto, 1970.

Guenée (B.), *Histoire et culture historique de l'occident médiéval,* París, 1981.

VI

Gabrieli (Francesco), *L'Islam nella storia, saggi di stotia e storiografia musulmana,* Bari, 1966.

Gabrieli (F.), *Historiens arabes des croisades,* trad, franc., París, 1978.

Sauvaget (J.), *Historiens arabes, pages choisies,* París, 1946.

Wiet (Gaston), *Introduction á la littérature arabe,* París, 1966.

VII

Para el conjunto del periodo siglos xvi – xix.

Furter (Edouard), *Geschichte der neuern Historiographie,* 1911; trad. franc., *Histoire de l'historiofraphie moderne,* 1914. La obra ha sido resumida por:

Lefebvre (Georges), *La naissance de l'historiographie moderne,* Flammarion, 1971.

Langlois (Charles-Victor), *Manuel be bibliographie historique,* t. 2, París, 1904.

Para el Renacimiento:

GUSDORF (Georges), *Les sciences humaines et la pensée occidentale, II: Les origines des sciences de l'homme,* París, Payot, 1967.

FERGUSON (Wallace K.), *La Renaissance dans la pensée historique,* trad. franc., París, Payot, 1950.

HUPPERT (Georges), *L'idée de l'histoire parfaite,* París, Flammarion, 1973.

MONNIER (Philippe), *Le Quattrocento,* nueva ed., París, Parrin, 1924.

CHASTEL (André) y KLEIN (Robert), *"Humanisme, consciense historique et sentiment national", Diogéne,* núm. 44, oct-dic. 1963.

MOMIGLIANO (Arnaldo), *Contributi alla storia degli studi classici,* 2 vols., Roma, 1955.

VIII

GUSDORF (Georges), *Les origines des sciences humaines,* Payot, 1967.

CHAUNU (Pierre), *Les sursis,* Laffont, 1978.

DELEHAYE (H.), *L'Oeuvre des bollandistes,* 2ª ed., Bruselas, 1959.

IX

GOOCH (G.P.), *History and Historians in the Nineteenth Century,* 4ª ed., Boston, 1959.

CARBONELL (Ch.-O.), *Historie, et historiens, une mutation idéologique des historiens francais, 1865-1885,* Privat, 1976.

KEYLOR (W.R.), *Academy and Community,* Harvard UP, 1975.

X

VILAR (Prince), "Histoire marxiste, histoire en construction", en *Faire l'histoire,* bajo la dir. de J. LE GOFF, t. I. Gallimard, 1974.

BOIS (Guy), "Marxisme et histoire nouvelle", en *La*

Nouvelle histoire, bajo la dir. de J. Le Goff, París 1978.

XI

La Nouvelle histoire, bajo la dir. de J. Le Goff, R. Chartier y *J. Revel, París, El. Retz-cepl., 1978.*

Barraclough (Geoffrey), *Tendances actuelles de l'histoire,* Flammarion, col. "Champ", 1980.

Faire l'histoire, bajo la dir. de J. Le Goff y P. Nora, 3 vols., Gallimard, 1974.

Glenisson (Jean), "Une histoire entre deux éruditions; remarques sur quelques pratiques et quelques dogmes de l'historiographie francaise actualle, MS.

Chaunu (Pierre), *Histoire quantitative, histoire sérielle,* A. Colin, 1978.

Heffer (Jean), *La Nouvelle histoire économique; le dossier de la question,* Gallimard, 1977.

Iggers (G.), *New Directions in European Historiography,* Wesleyan up, 1975.

Cedronio (M.) *et al., Storiografia francese di ieri e di oggi.* Nápoles, Guida, 1977.

Allegra (L.) y Torre (A.), *La nascita della storia sociale in Francia,* Turín, Fond. L. Einaudi, 1977.

ÍNDICE

Este libro se terminó de imprimir el día 22 de enero de 1986 en los talleres de Lito Ediciones Olimpia, S. A. Sevilla 109, y se encuadernó en Encuadernación Progreso, S. A. Municipio Libre 188, México 13, D. F.
Se tiraron 5 ,000 ejemplares.

OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN POPULAR

Alegría, Fernando, *Literatura y revolución.*
Azuela, Mariano. *Los de abajo.*
Azuela, Mariano. *Páginas autobiográficas.*
Azuela, Mariano. *Tres novelas.*
Báez, Carmen. *La robapájaros.*
Bakan, D. *Enfermedad, dolor y sacrificio.*
Barnet, Richard J. *Guerra perpetua.*
Barnett, Anthony. *La especie humana.*
Barre, Raymond. *El desarrollo económico.*
Becker, Ernest. *El eclipse de la muerte.*
Becker, Ernest. *La estructura del mal.*
Becker, Ernest. *La lucha contra el mal.*
Benítez, Fernando. *El rey viejo.*
Benítez, Fernando. *El agua envenenada.*
Benítez, Fernando. *Viaje al centro de México.*
Berendt, Joachim Ernst. *El jazz. Su origen y desarrollo.*
Bondi, Hermann. *El origen del universo.*
Broué, Pierre, y Émile Témime. *La revolución y la guerra de España.* (2 vols.)
Burckhardt, Jacob. *Reflexiones sobre la historia universal.*
Cabada, Juan de la. *Pasados por agua.*
Cabada, Juan de la. *La tierra en cuatro tiempos.*
Calvert, Peter. *Análisis de la revolución.*
Campos, Julieta. *Muerte por agua.*
Carballido, Emilio. *La caja vacía.*
Carballido, Emilio. *Teatro.*
Cardoza y Aragón, Luis. *Guatemala. Las líneas de su mano.*
Carpentier, Alejo. *La música en Cuba.*
Casas, Bartolomé de las. *Del único modo de atraer a todos los pueblos a la verdadera religión.*
Caso, Alfonso. *El pueblo del Sol.*
Cassirer, Ernst. *El mito del Estado.*
Cassirer, Ernst. *Antropología filosófica.*
Castaneda, Carlos. *Las enseñanzas de don Juan.*
Castaneda, Carlos. *Una realidad aparte.*
Castaneda, Carlos. *Relatos de poder.*

Castaneda, Carlos. *Viaje a Ixtlán.*
Castellanos, Rosario. *Balún Canán.*
Castellanos, Rosario. *El eterno femenino.*
Castro Leal, Antonio. *El laurel de San Lorenzo.*
Clutterbuck, Richard. *Secuestro y rescate.*
Clutterbuck, Richard. *Guerrilleros y terroristas.*
Cole, G. D. H. *La organización política.*
Croce, Benedetto. *La historia como hazaña de la libertad.*
Crossman, R., y H. Stafford. *Biografía del Estado moderno.*
Dart, Raymond Arthur, y Dennis Craig. *Aventuras con el eslabón perdido.*
Dávila, Amparo. *Tiempo destrozado y Música concreta.*
Davison, E. *¿Cómo surgió Adolfo Hitler?*
Dessau, Adalbert. *La novela de la Revolución Mexicana.*
Díaz Mirón, Salvador. *Antología.*
Djordjevich, Jovan. *Yugoslavia, democracia socialista.*
Dobb, Maurice Herbert. *Introducción a la economía.*
Doren, Mark van. *La profesión de Don Quijote.*
Dubos, René Jules. *El espejismo de la salud.*
Dueñas, Guadalupe. *Tiene la noche un árbol.*
Duvignaud, Jean. *El sacrificio inútil.*
Evans, Richard Isadore. *Diálogo con Erik Erikson.*
Fanon, Frantz. *Los condenados de la tierra.*
Fanon, Frantz. *Por la revolución africana.*
Fernández Moreno, César. *Introducción a la poesía.*
Freyre, Gilberto. *Interpretación del Brasil.*
Friedland, William H., y Carl G. Rosberg. *África socialista.*
Friedlander, J. *Ser indio en Hueyapan.*
Friedmann, Georges. *¿El fin del pueblo judío?*
Fromm, Erich. *El corazón del hombre.*
Fuentes, Carlos. *Las buenas conciencias.*
Fuentes, Carlos. *La muerte de Artemio Cruz.*
Fuentes, Carlos. *La región más transparente.*
Fulbright, J. William. *La arrogancia del poder.*
Furst, Peter T. *Alucinógenos y cultura.*
Galindo, Sergio. *El bordo.*
Gallegos, Rómulo. *Doña Bárbara.*
El golpe de Estado en Chile.
Gómez, Marte R. *Pancho Villa.*

Gorz, André. *Historia y enajenación.*
Halliday, Fred. *Irán, dictadura y desarrollo.*
Harrington, Michael. *La cultura de la pobreza en los Estados Unidos.*
Harrington, Michael. *Socialismo.*
Hellman, Lillian. *Tiempo de canallas.*
Henríquez Ureña, Pedro. *Historia de la cultura en la América Hispánica.*
Horowitz, David. *Anatomía de nuestro tiempo.*
Horowitz, Irving Louis. *Revolución en el Brasil.*
Hughes, Trevor Jones, y D. E. T. Luard. *La China Popular y su economía.*
Hume, David. *Diálogos sobre religión natural.*
Jahn, Janheinz. *Muntú: las culturas neoafricanas.*
Kahler, Erich. *Los alemanes.*
Kant, Emmanuel. *Filosofía de la historia.*
Kissinger, Henry. *Un mundo restaurado.*
Leonard, Irving Albert. *La época barroca en el México colonial.*
León-Portilla, Miguel. *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares.*
El libro de los libros de Chilam Balam.
Lienhardt, Godfrey. *Antropología social.*
MacGowan, Kenneth. *Las edades de oro del teatro.*
Machado de Assis, Joaquín María. *Memorias póstumas de Blas Cubas.*
Magdaleno, Mauricio. *El ardiente verano.*
Mannheim, Karl. *Diagnóstico de nuestro tiempo.*
Markovic, Mihailo. *El Marx contemporáneo.*
Marthe, Robert. *La revolución psicoanalítica.*
Martin, Alfred von. *Sociología del Renacimiento.*
Martínez Estrada, Ezequiel. *Antología.*
Meadows, O. H. *Los límites del crecimiento.*
Medvedev, Z. A. *La ciencia soviética.*
Mehta, Ved Parkash. *La mosca y el frasco.*
Melden, A. I. *Los derechos y las personas.*
Mende, Tibor. *Un mundo posible.*
Mendes, Candido. *Después del populismo.*
Mendoza, Vicente T. *El corrido mexicano.*
Menton, Seymour. *El cuento hispanoamericano.*
Mesarovic, Mihajlo, y Eduard Pestel. *La humanidad en la encrucijada.*
Milton, John. *Areopagítica.*

Milton, D. y N., y Schurmann. *China Popular.* (2 vols.)
Molnar, Thomas. *El modelo desfigurado.*
Mueller, Fernand-Lucien. *La psicología contemporánea.*
Myrdal, Gunnar. *El Estado del futuro.*
Nagel, Thomas. *La mujer en cuestión.*
Nkrumah, K. *Un líder y un pueblo.*
Oltmans, Williams L. *Debate sobre el crecimiento.*
Paz, Octavio. *¿Águila o sol?*
Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad.*
Pellicer, Carlos. *Antología poética.*
Picón Salas, Mariano. *De la Conquista a la Independencia.*
Pizano Salazar, Diego. *Algunos creadores del pensamiento económico contemporáneo.*
Popol Vuh. Las antiguas historias del Quiché.
Pozas Arciniega, Ricardo. *Juan Pérez Jolote.*
Prats González, Carlos. *Una vida por la legalidad.*
Los presocráticos.
Reyes, Alfonso. *Antología. Prosa, teatro, poesía.*
Reynolds, David K. *La psicoterapia de Morita.*
Rivet, Paul. *Los orígenes del hombre americano.*
Rojas González, Francisco. *Cuentos completos.*
Rostand, Jean. *El hombre y la vida.*
Ruitenbeek, Hendrik M. *Psicoanálisis y literatura.*
Rulfo, Juan. *El llano en llamas.*
Rulfo, Juan. *Pedro Páramo.*
Silva Herzog, Jesús. *Breve historia de la Revolución Mexicana.* (2 vols.)
Solórzano, Carlos. *El teatro hispano-americano contemporáneo (antología).* (2 vols.)
Toscano, Salvador. *Cuauhtémoc.*
Trotski, León. *El joven Lenin.*
Usigli, Rodolfo. *Corona de luz.*
Utopías del Renacimiento.
Vico, Giambattista. *Ciencia nueva.*
Wilson, Edward O. *Sobre la naturaleza humana.*
Yáñez, Agustín. *La creación.*
Ziman, John Michael. *El conocimiento público. Un ensayo sobre la dimensión social de la ciencia.*